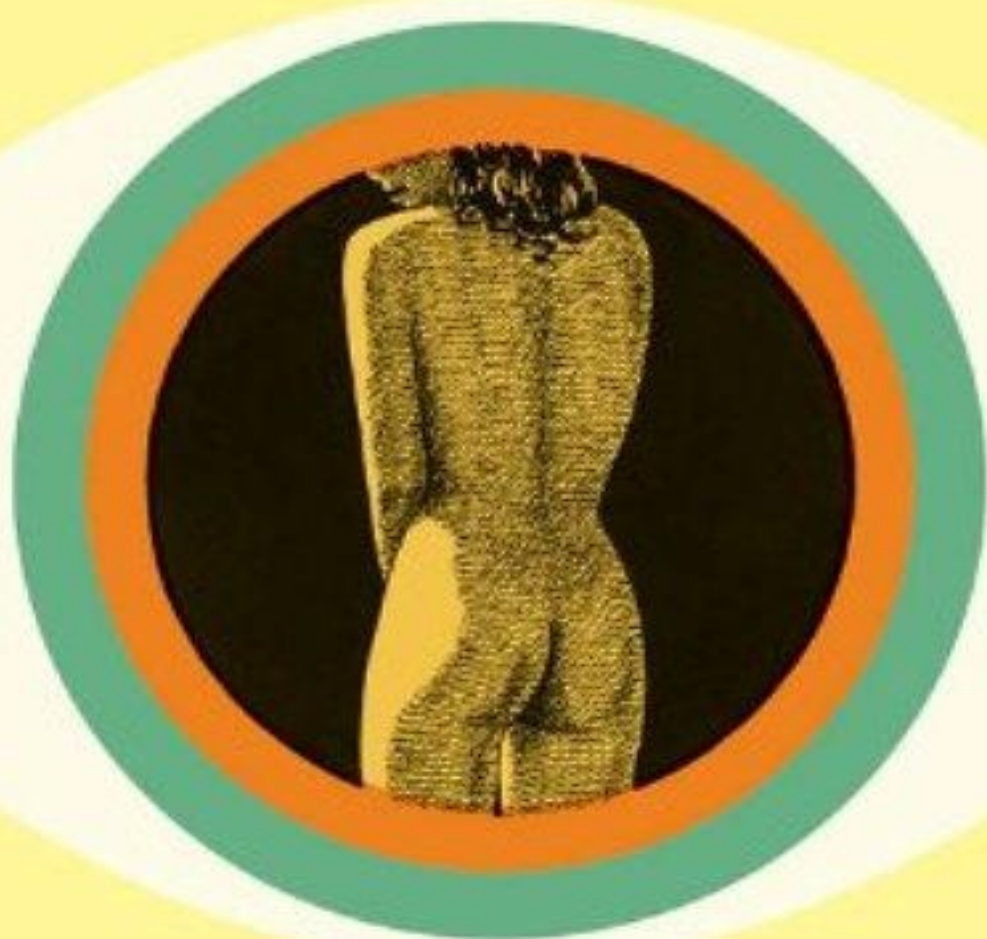


HANIF KUREISHI

Nada de nada



Lectulandia

Waldo, notorio cineasta que conoció la gloria, los premios y el aplauso de crítica y público, permanece ahora postrado en una silla de ruedas por los achaques de su avanzada edad. Sin embargo, su libido sigue incólume, y su mujer, Zee —india casada con un pakistaní y con dos hijas, a la que sedujo durante un rodaje y se trajo a Londres—, accede a sus peticiones de desnudarse ante él y mostrarle sus partes íntimas. El tercer vértice del triángulo en el centro de esta novela lo ocupa Eddie, crítico de cine, admirador de Waldo y ahora amante de Zee ante las narices del viejo director. Este espía a la pareja, documenta sus sospechas y maquina su venganza con la ocasional ayuda de Anita, actriz y amiga, dispuesta a indagar en el turbulento y truculento pasado de Eddie... Kureishi explora en esta novela breve las desdichas de la vejez y la decrepitud física, los sórdidos conflictos matrimoniales y sexuales y los mecanismos secretos de la creatividad artística. Y lo hace dando rienda suelta a su humor canalla y a las pinceladas pornográficas y escatológicas. Resultado: una novela contundente y salvaje, que maneja con ejemplar equilibrio la mezcla de las situaciones descacharrantes con el desgarrador patetismo de los personajes. Carcajadas y desolación como ingredientes de una indagación visceral en las miserias y quimeras de la vida contemporánea, a través de un triángulo amoroso que rebosa lujuria, odio, resentimiento, mezquindades, desenfreno, procacidades y otros excesos. Una tragicomedia negrísima y feroz que no va a dejar a ningún lector indiferente.

Lectulandia

Hanif Kureishi

Nada de nada

ePub r1.0

Titivillus 29-05-2019

Título original: *The Nothing*
Hanif Kureishi, 2018
Traducción: Mauricio Bach

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Kier Kureishi

Uno

Una noche, ya viejo, achacoso, sin una gota de semen y con ningunas ganas de que las cosas vayan a peor, vuelvo a oír esos ruidos.

Estoy seguro de que están haciendo el amor en el dormitorio de Zenab, contiguo al mío.

Me pregunto si me lo estoy imaginando. Pero lo dudo. No son ruidos que haya oído con anterioridad en este apartamento. Vivimos en un piso amplio, con cocina americana. Nunca cierro la puerta por si tengo que llamar a Zee durante la noche.

Permanezco inmóvil y concentrado hasta convencerme de que no estoy delirando ni bajo los efectos de una regresión inducida por el LSD. Oigo susurros, suspiros y después gritos. La voz parece la de ella.

También podría ser la de él. Mi amigo.

Llevo tiempo dispuesto a morir en cualquier momento. La idea de la muerte me ayuda a vivir y me provoca curiosidad. He perdido vista y estoy sordo de un oído, sobre todo cuando hay mucha gente y no logro ver las caras de mis interlocutores. Pero por las mañanas, cuando Zee todavía duerme, permanezco echado y escucho. Hay todo un mundo en el interior de este bloque de viviendas londinense. Oigo el ascensor en el pasillo, las puertas de acero traqueteando al abrirse y cerrarse, retazos de conversaciones en el rellano, televisores, radios. Por las noches oigo a las tías buenas, los borrachos, las sirenas de la policía, las angustiadas llamadas de socorro, la vida secreta de las paredes y el zumbido del vibrador de mi mujer, parecido al de una maquinilla de afeitar.

Por las mañanas oigo los pájaros. En el árbol que hay frente al bloque de apartamentos se han instalado diez periquitos verdes cuyas evoluciones Zee y yo observamos con interés. En los alrededores hay trabajos de construcción en marcha. Esta zona, la de la estación Victoria, está siempre en obras. No viviré lo suficiente para ver su nueva cara. Prefería el Londres decrepito y negro de hollín que poseía cierta aura sublime con su desesperación de posguerra. A los locos los encerraban en manicomios, pero ahora los cuerdos

están peor en sus oficinas. El nuevo mundo parece banal y agotado. Hay demasiado dinero en Londres. Hemos vivido demasiados años.

Yo estaba disfrutando de mi senectud y apagándome tan contento, y ahora sucede esto.

La verdad es siempre sorprendente: cierro los párpados en un esfuerzo por escuchar. Tengo la boca seca. Tengo las caderas destrozadas y las piernas no me responden bien. Con esfuerzo, giro un poco el cuerpo hacia la puerta, arrastrándome por el colchón.

Estiro el brazo para pulsar el interruptor y tiro al suelo la taza de café. Provoca un estruendo, como si alguien hubiese golpeado una bandeja con un martillo.

Permanezco inmóvil.

Zee me considera un marido desconfiado, escéptico, incrédulo y con tendencia a ver el lado sórdido de las cosas; deseo y dolor entremezclados. Es cierto que me gano la vida imaginando cosas y la imaginación es el lugar más peligroso de la tierra.

Pero, a menos que mis vecinos hayan metido últimamente cerdos en su casa —lo cual es poco probable, dado que son árabes—, este nuevo sonido es humano.

Contengo el aliento y contemplo la tenue luz del pasillo. Me llega olor a tabaco. Pienso en cómo —incluso la semana pasada— Zee me peinaba, me arreglaba la barba y me daba un masaje con aceite de coco. Me acariciaba el pecho y las orejas. Me sacaba las cálidas botas Ugg para masajearme las piernas y los pies mientras yo permanecía reclinado con el termómetro en la boca.

Invisibles pero perceptibles, los ruidos no disminuyen. Sigo alerta pese a haberme tomado la pastilla. Zee se ha asegurado de que me la tragaba. Antes se ha mostrado exageradamente amable, sin duda un signo de inquietud, porque desde hace ya algún tiempo se mostraba menos cariñosa. Eddie me ha traído el agua y ha permanecido detrás de ella, sin pasar del marco de la puerta, sonriendo con muda complicidad.

—Buenas noches, Eddie —le he dicho yo—. ¿Cómo vas a volver al Soho? ¿O ya se ha hecho demasiado tarde? ¿Te vas a quedar a dormir en el sofá? Estás invitado, por supuesto.

Los he estado observando. Han puesto buen cuidado en no mirarse mientras yo me mostraba amable con él. Ahora esa actitud cobra sentido.

Eddie ha asentido y ha dicho:

—Gracias, Waldo, eres muy amable, como siempre. Estaré cómodo en el sofá. Nos vemos por la mañana. Que duermas bien, *amigo*^[1].

Yo me he bebido mi doble expreso, como hago siempre antes de dormirme. Adoro el sabor amargo del café en la boca.

Ha sido una velada como cualquier otra. Ahora estoy convencido de oír sus voces entrecruzadas, ligeras, felices, mientras están acostados juntos..., doy por hecho que desnudos.

Después de veinte años de matrimonio —y con una diferencia de edad de veintidós años—, creo que esta es la primera vez que mi devota Zenab me es infiel. De hecho, estoy seguro de que es así. Yo siempre digo: no te creas nunca lo que te cuenten. Pero Zee es honesta. Se quedaría perpleja ante la mera sugerencia de que es deshonesta. Por lo general es muy puritana. Dejando de lado un incidente en su infancia en la India relacionado con un asesinato, creció envuelta en respetabilidad. Podríamos decir que demasiada para su propio bien. No tuvo acceso a suficientes placeres.

Ahora ha encontrado algunos. Está recuperando el tiempo perdido. Nunca es tarde para eso. Continúo oyendo las voces y estoy horrorizado y excitado. Puede que con la edad el deseo sexual decline, pero he aprendido que la libido, como Elvis y los celos, nunca muere. Conozco a copuladores de ochenta y cinco años. ¿Quién ha dicho que se necesita una erección, un cuerpo o un orgasmo para el sexo?

Empiezo a imaginarme qué están haciendo, las posturas que adoptan. ¿Ella se ha arrodillado? ¿Se están besando mientras retoman su pasión? Un cuerpo, una bestia.

Me gusta pensar que lo veo. Siempre he sido una cámara, después de haber rodado más de veinte películas y documentales. Según algunas revistas de cine, un par de ellas figuran en la lista de las cien mejores de la historia. ¿O eran doscientas? Como cineasta, mi existencia ha estado dedicada a ver cosas. Los realizadores somos *voyeurs* que trabajan con exhibicionistas. Y ahora, al final de mi vida, sigo siendo un observador.

Mirar hace que el mundo siga siendo maravilloso. Y el sexo, pese a que estoy inmovilizado, de hecho soy casi un vegetal en una silla de ruedas, puede ser intenso. Recuerdo el olor y el sabor de ella, de mi último y gran amor Zee, aquella de cuyo cuerpo he disfrutado más que de ningún otro. Recuerdo lo desinhibida que ha sido conmigo y los juegos de los que hemos disfrutado.

Ahora ella abre la boca para él. Sus dedos le agarran la polla. Quizá él le tira del cabello, como a ella le gusta.

Trabajando con los sonidos y mi imaginación, visualizo los ángulos y los planos, y creo las únicas películas relevantes que puedo hacer en la actualidad, películas de la mente. Le doy vueltas sin parar a la idea de ser artista. Últimamente he logrado filmar varias películas de cinco minutos, y no están mal, están rodadas con más libertad que muchas de las que hice con anterioridad, nervioso y con mucho dinero en juego. Se las mostraré a mi amiga del alma Anita la próxima vez que se pase por aquí. Ella sabe cómo ser al mismo tiempo alentadora y crítica.

Dicen que el amor cambia a la gente. O la gente se enamora para cambiar cuando se han sentido decepcionados. O cuando están hartos de sí mismos. Algo se ha alterado para siempre. Se producirá una corrección. ¿Quién habría pensado en ello? Varios años de mi vida se han transformado en un instante.

Necesitaré tiempo para reflexionar sobre todo esto. No me sobra el tiempo. Pero al menos dispondré del resto de la noche para pensar en ello. Ya dormiré mañana.

Por la mañana veo que no hay ningún abrigo ni sombrero en el recibidor. Ni ningún efluvio animal que Eddie haya dispersado.

Que yo sepa, ha dormido aquí al menos una decena de veces, tumbado en el sofá. A menudo sigue ahí cuando me despierto. Le gusta quedarse a desayunar y comentar las noticias mientras nos vestimos. Tiene un apetito voraz y la boca grasienta. Le gustan los platos de Zee, sobre todo la tortilla de masala picante. La devora como si llevase tiempo sin comer y no supiese muy bien cuándo podrá volver a hacerlo.

Sospecho que se ahorra el dinero de la comida antes de tomar el autobús hacia el Soho. A veces se lava y se arregla un poco antes de marcharse. Durante los últimos meses nuestro apartamento se ha convertido en su refugio, hace desde aquí sus llamadas telefónicas, quitándose los zapatos y plantando los pies en el sofá mientras escucha a un volumen irritantemente alto la música de jazz que tanto le gusta.

Ahora que las cosas están progresando entre ellos, él se ha marchado temprano. Seguro que no quería verme. O más bien que yo le viese a él. Sin embargo, lo conozco lo suficiente y sé que ha catado el futuro. Volverá a por otro bocado. Y será pronto.

Esta misma noche.

Tengo ganas de ver cómo evoluciona su nuevo frenesí. Está jugando conmigo. Está asumiendo riesgos. Puedo ser feroz cuando se me ofende. Se

ha dejado llevar por la pasión. No piensa. Pero yo sí. De momento, le llevo varios pasos de ventaja.

Dos

La claridad del día.

Zee entra en la habitación, corre las cortinas y me ayuda a sentarme en la silla de ruedas. Hace ya tres años que dejé de caminar y todavía tengo esperanzas de volver a ser el que fui. Puede que esté impedido, pero os aseguro que los ancianos, cuantos más años cumplen, más locos se vuelven.

—¿Has pasado buena noche?

Comprueba si me he orinado en la cama.

—No estoy seguro, cariño. Estaba inconsciente. Grogui.

—Qué suerte, Waldo. Me gusta que pases así la noche.

Me embeleso con el olor de su cabello y de su cuerpo cuando se inclina sobre mí para darme el beso matutino y acariciarme. Me gusta que se abra la parte superior del camisón y me enseñe los pechos, que se lo suba poco a poco y me muestre los pies mientras hace agradables ruiditos femeninos. Es así como abro los ojos ante un nuevo día. Prefiero los dedos de sus pies a cualquier amanecer. Incluso sonrío. A ella le gusta ver cómo danzan mis ojos, los únicos órganos de mi cuerpo que todavía muestran entusiasmo.

Esta mañana ya se ha duchado y vestido. Actúa con eficacia y hasta canturrea mientras me coloca en la silla.

Tengo ganas de preguntarle qué la ha activado tanto.

—¿Estás tomando vitaminas nuevas?

—¿Cómo lo has adivinado?

Con la escasa voz que me queda, la elogio y le alabo lo vital que parece y lo atractiva que está. En la recta final de la cincuentena, testigo de mi decrepitud y sufrimiento, ella ha seguido yendo a la piscina, haciendo pesas y comprándose más ropa que nunca.

Está delgada como un palillo y se ha instalado una cinta para correr en mi estudio, una habitación que ahora apenas uso pero en la que guardo mis cosas más valiosas: diarios, cuadernos con anotaciones, *posters*, *storyboards*, claquetas, libros pornográficos difíciles de encontrar y una fotografía de la madre de Zee con velo en la que parece un fantasma salido de la Edad Media.

Esa mujer me ayudó a entender, cuando nos sentamos a hablar de religión y caridad, que yo era un liberal y un disidente en cualquier parte, incluso en mi propio cuarto de baño.

Tengo allí felicitaciones de cumpleaños de Bowie e Iman, una fotografía en la que aparezco junto a Joe Strummer, otra con Dennis Hopper cuando formamos parte del jurado del Festival de Venecia; otra en la que aparezco con un vestido y maquillado junto a mis transformistas paquistaníes después de terminar *Las reinas de Karachi*. Hay también cartas elogiosas u ofensivas de algunos colegas. Y mis máscaras. En una ocasión me puse la amarilla en el supermercado, azuzado por Zee, y la dentada boca púrpura causó consternación o directamente un tumulto en los pasillos del Waitrose.

Me gusta oír a Zee resollando en su cinta a mi lado mientras yo planeo películas que nunca haré. Desearía, incluso en mi estado, tener entre manos un proyecto final, algo que me llenase de esperanza creativa. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de un artista que se retire? Sentimos más ansias de mantenernos activos a medida que envejecemos.

Mientras Zee consulta su horóscopo y se prepara para ir de tiendas, Maria, la amable criada brasileña, viene a vestirme.

Después del fatigante desayuno, me acomodo para ver las fotografías y el vídeo que he realizado hace poco, preguntándome si puedo hacer algo con este material. Después grabaré mi diario oral, quiero que el mundo sepa lo que estoy haciendo. Mi cabeza siempre bulle de ideas, tengo que dejar salir algo de vapor para evitar que me estalle. Nosotros los artistas somos como los capitalistas, nos apropiamos de todo, robamos vidas.

Antes de salir hacia South Kensington, Zee me agradece los cumplidos.

—¿Comes fuera? —le pregunto.

—Hoy no.

—Espero que esta noche venga Eddie. Me tiene que traer *gulab jamun* y varias películas nuevas. Sabe que me gusta que me sorprendan.

—Seguro que te traerá alguna rareza.

—Espero que sea *Los ojos de las cerraduras son para mirar*.

Estiro el brazo para tocarle la cara. Ella aguarda a que mi trémula mano le roce la piel. Me pregunto si se apartará. Lo hace, pero no de un modo abrupto.

—Es muy agradable para los dos tener compañía por las noches, Zee. Por suerte, Samreen y los niños llegarán dentro de unas semanas y así tendrás una distracción. Tenemos que hablar de su itinerario. —Zee parece mirarme, pero me pregunto si está ausente—. Me preocupa que acabes aburrida de mis quejas y reiteraciones. ¿Lo estás? Por favor, Zee, respóndeme.

—Me desanimé hace unos meses, cuando me desmayé tres veces. Recuerda que me llamaste «esquelética» y «amargada».

—Lo siento.

—Lo curioso es que ahora me siento feliz. ¿No me lo notas?

—No hago otra cosa que pensar en ti, Zeena. Quiero que seas feliz.

—¿En serio? Gracias, Waldo. Lo intentaré.

Escruto su cara; Zee no da ninguna pista sobre su estado de ánimo. Si el demonio interior ha regresado después de tantos años, generando insatisfacción en lugar de euforia, ahora permanece escondido.

Eddie ha sido algo más que un mero conocido y menos que un amigo de verdad durante más de treinta años. Tomábamos una copa o cenábamos, solos o con amigos, dos o tres veces al año. Ha sido un compañero agradable y bullicioso, un bribón, un juerguista y un gorrón, siempre dispuesto a vivir nuevas aventuras. He admirado mucho la excentricidad, incluso la locura..., en los demás. Eddie adora a los famosos y posee una mente muy sucia para los chismes, y yo adoro las historias libidinosas con pollas, coños y culos. Cualquier cosa que implique secretos y debilidades. Hasta hace poco, sin embargo, durante los últimos cinco años lo he visto de manera muy intermitente. Hay muchos como él en Londres que pululan por ahí a punto de irse a pique.

Eddie siempre ha sido evasivo y difuso, cuando no directamente escurridizo en relación con su intimidad. Yo nunca me acabo de creer del todo lo que cuenta. Que yo sepa, sigue trabajando como periodista cinematográfico que acude a pases y conferencias de prensa. Puedo hablarle de cualquier película y él siempre tiene algo interesante que decir sobre ella. Si me apetece ver una comedia, lo cual a menudo es necesario, a él siempre se le ocurre alguna idea brillante. Me gusta ver una película al día, a veces incluso dos.

Alaba a alguien una vez y será tuyo para siempre. Por desgracia me temo que adulé a Eddie por error. Debía de estar yo en una fase positiva. Empezó a visitarme con regularidad hace seis meses. Puede que sea un idiota, pero no es tonto. Se presentó como un autodeclarado experto en mi obra y vino a vernos por una retrospectiva y conferencia sobre ella que le habían encargado organizar en la Filmoteca. Era una buena oportunidad para ambos. Me gustaba la idea de que él se encargase de reivindicar mi figura.

De momento no hay ninguna evidencia de que la retrospectiva vaya a materializarse. Brillante e incompetente, a Eddie le encargaron que localizase mis primeras películas para televisión, un material que fue emitido en una

ocasión y nunca más se ha vuelto a ver. Yo quería que encontrase una película que rodé en los setenta sobre las academias de arte y el pop; otra sobre los maratones de baile en el norte de Inglaterra, otra sobre los *mods* del sur de Londres, y algunos vídeos musicales toscos pero cargados de energía que dirigí a principios de los ochenta. Me encantaría que se pudiesen volver a ver, pero la idea tampoco me obsesiona. Mi cine ha suscitado una gran admiración y ya es demasiado tarde para generar un subidón permanente de mi autoestima. Puede que me esté muriendo, pero hasta la noche pasada me sentía razonablemente feliz y había dejado de lado cualquier necesidad de convertir el mundo en mi espejo. Es un alivio renunciar a toda aspiración.

Intento mantener la cabeza clara, pero a veces estoy un poco disperso. Esta traición, este robo con nocturnidad, esta intromisión de Eddie —si lo que sospecho es cierto, y de momento no estoy del todo seguro; ¿quién, después de todo, quiere saber lo que ellos saben?— me ha desperezado y me ha ayudado a concentrarme.

Debo mantenerme en este estado de lucidez.

Hoy dormiré todo lo que pueda para después conseguir mantenerme despierto. Tengo intención de proseguir con mis indagaciones. Si anoche se lo pasaron bien, hay muchas posibilidades de que la próxima vez se lo pasen el doble de bien. ¿Acaso el deseo erótico no es un ansia siempre en aumento que se retroalimenta? A medida que el placer se multiplique, serán menos discretos. ¿No aspiramos todos a eso? El sufrimiento pierde su carga de horror si la víctima encuentra un modo de disfrutar de él.

Vivo en un pequeño mundo. Me paso días sin salir del apartamento. Tenemos una casa en el campo, pero apenas vamos. Una noche, cuando todavía podía caminar con muletas y me dirigía hacia el jardín para meditar, me caí. Peso mucho. Y con los kilos acumulados tras la ingesta de ostras, pasteles de carne, budines y queso de cabra con pistachos —y rodeado por un lago de Bloody Marys, vino, cerveza negra y brandy volcados a mi alrededor — Zee no logró levantarme. Tuvimos que esperar cuatro horas a que llegase la ambulancia. Pienso a menudo en mi propia muerte y en cómo se producirá. No me entusiasmaba la idea de morir tirado en el suelo, donde se hace difícil hablar. Espero que mis últimas palabras aparezcan en las antologías.

Suena el timbre. Son las ocho.

Por fin llega el ángel exterminador. Empieza la noche. Eddie aparece sonriendo y cargado con un montón de paquetes: películas, queso, chocolate. Y una orquídea para Zee.

—Dame un minuto. Deja que me cambie —dice Zee.

Eddie y yo vemos un partido de fútbol. Sospecho que actúa de un modo condescendiente conmigo. En realidad no le gusta el fútbol, que considera un entretenimiento para bobos. Pero con él es difícil estar seguro de nada. Quiere caer bien.

Tengo los ojos semicerrados, pero después de una hora me despierto y veo a Zee saliendo sin prisas de su dormitorio con su vestido indio de seda. Enseguida están los dos bebiendo, tan felices como yo. Algo se está cocinando. Eddie y Zee se sientan en los sillones colocados uno frente al otro y jueguean con sus móviles como adolescentes.

Me ajusto el fez y doy un sorbo a mi copa de vino, que he dejado sobre un posavasos en la banqueta tapizada con piel de cebra. Se están mandando mensajes de texto. Veo cómo Zee sonríe y menea la cabeza mientras mira el teléfono. Cruza y descruza las piernas hasta que se le cae una pantufla y el pie se detiene como una serpiente en el bosque. Ambos contemplamos ese pie revelador. Sospecho que Eddie querría recoger la zapatilla.

El narcisismo es nuestra religión. El palo de *selfie*, nuestra cruz, y debemos acarrearlo a todas partes. Sin prisas, cojo el mío y lo alzo.

Filmo el pie y otras imágenes. Estoy impaciente, casi mareado por este súbito descenso al voluptuoso masoquismo. El dolor es un placer y el placer duele. Me aseguro de mantenerme muy quieto y en actitud lánguida. Para que ellos no se percaten de nada.

Pido que me acuesten. Me tomo la pastilla, que escupo con disimulo. De todos modos es ineficaz: le haría más efecto una aspirina a un elefante.

Eddie me lleva a mi habitación y me mete en la cama.

Estoy incómodo con las almohadas. Me las arregla y las deja como me gusta. Sus dedos se mueven rápidos y suaves mientras yo murmuro:

—¿Por qué cuando ves a un minusválido en una película sabes de inmediato que lo van a matar? ¿Es porque ya es un desecho?

—Reflexionaré sobre el asunto —me dice, y apaga la luz—. Así después tendré algo que hacer.

Zee no suele venir a darme un beso de buenas noches.

Permanezco echado, preparado para escuchar. Hoy va a ser de una amenidad letal. Mi cerebro puede acabar consumido por llamas de agonía, pero doy por hecho que la amorosa pareja se ha olvidado de mí. Soy cada vez menos importante. Ellos están bajo los focos, mientras que yo me desvanezco. Soy un extra en mi propia película.

Hasta ahora Zee siempre me ha sido fiel. Es la mujer a la que siempre he querido. Dejó su país, a su familia y a su marido por mí. En una ocasión dijo

que me querría aunque yo no tuviera pene. ¿Me lo creí aunque solo fuese un instante? ¿A quién no le gusta una polla?

No hay vitalidad alguna en su vida, y lleva al menos siete años sin sexo. No soy capaz de satisfacerla en ningún sentido. Sospecho que se masturbaba viendo escenas románticas en la tele. Espero que fuesen de Jane Austen. Quizá a Zee le gustase sentir mi lengua en su interior. Todavía puedo moverla un poco. Los días malos, levantar un brazo se parece a la paradoja de Zeno. Imposible desplazarlo: un número infinito de movimientos que jamás logro completar. Puedo sostener un vaso, utilizar el teléfono y hacer girar las ruedas de mi silla, pero a duras penas logro abrocharme los botones del pijama. ¿Qué derecho tengo a mostrarme celoso o restrictivo?

Puedo ser grosero; fui joven en los sesenta. Los setenta fueron incluso más salvajes y, probablemente, más corrompidos. En aquellos estúpidos días en que estaba prohibido prohibir, cuando se vivía a tope y creíamos que los orgasmos lo curaban todo, me lo pasé más que bien, instalado en una comuna en California, con motos y compañeras lesbianas, compartiendo el amor. Aquellas jodiendas mágicas en las que todo lo demás desaparecía.

Yo era un buen polvo: un hombre apuesto, cargado de abalorios, fornido, con la melena negra hasta los hombros y un culo que pagarías por mordisquear. Si has sido atractivo, deseable y carismático, con un buen cuerpo, jamás lo olvidas. La inteligencia y el esfuerzo no compensan la fealdad. Lo único que importa es la belleza, que no se puede comprar, y los guapos son los únicos que tienen derechos. Acabes como acabes, vives toda tu vida como miembro de un club exclusivo. Nunca dejas de sentir pena por los menos afortunados. Por escoria como Eddie.

He aprendido que lo inteligente es andarse con ojo con la normalidad y que la virtud es una quimera. Me he esforzado por no plegarme nunca al hábito cotidiano de la fidelidad o a las prisiones de lo convencional. La ética es una violencia patológica y la bondad un obstáculo. He sido, y espero seguir siendo, un sensualista con debilidad por el marqués de Sade como guía moral. Me mantendré fiel a su credo pese a las tentaciones de la prohibición.

Pero también he comprendido que la transgresión sostiene las leyes que pretende desobedecer. Nada perpetúa más la norma que la divergencia.

Quiero decir: es solo sexo. Y: nunca te lo tomes de un modo personal. Sé tolerante; deja que los demás disfruten. El progreso es la derrota de los tabús. Y sin embargo, por mucho empeño que uno ponga, es imposible desentrañar el sentido del sexo. Las mujeres siguen amando más que los hombres. Y no es

el sexo sino el amor lo que me preocupa. Me he acabado dando cuenta de que soy el tipo de idiota que quiere que lo amen en exclusiva.

No siempre ha sido así. He perdido el norte: falsos ideales de masculinidad —¿de dónde los he sacado, de ver demasiados *westerns*?— que me hicieron creer que tenía que cepillarme a todas las mujeres, incluso a las que no deseaba, y reprochármelo cuando no lo conseguía. El desprecio hacia las mujeres que no me deseaban. Y la idea de que todas las mujeres eran reemplazables, que era muy fácil elegir otra. Y cuando me sentía infeliz, la idea de que el sexo me salvaría.

Sigo teniendo una sensibilidad propia de los años sesenta. Dábamos por hecho que las cosas buenas —la igualdad, el feminismo, el antirracismo, la libertad de las minorías sexuales— se ampliarían. Nos creíamos iluminados. Las cosas buenas serían buenas para todo el mundo. Pero la gente no las quería. Éramos unos elitistas, eso es todo.

Ahora, listo para dormirme, con algunas babas en la barba, permanezco echado y finjo estar agotado e incluso roncar para que se sientan cómodos. Es una buena representación. Trabajé como actor en un par de compañías teatrales alternativas, una holandesa y otra alemana, de lo más salvajes —a menudo en pelotas, a veces bajo los efectos del ácido, oteando a través del telón celestial— al principio de lo que los demás llaman mi «carrera».

He oído algo. ¿Ya han empezado? Me relajo. Estoy receptivo; soy todo oídos, como se suele decir.

Pienso en mis viajes con Zee, la criatura viviente a la que más he amado. La comida, el vino, los paseos por Capri, París, la Villa Borghese, Murree en Pakistán, las siestas a su lado mientras ella leía. Evoco su ternura, sus caricias. Pienso en ella poniéndome un jersey cuando tengo frío y limpiándome el culo.

No tardo en dormirme.

¿Estoy muerto? No, peor: sigo vivo.

Cuando me despierto oigo el canto de los pájaros y todo está negro.

Contemplo la oscuridad. Todo está en silencio, y el silencio es un sonido muy potente. Una noche sin nuevas informaciones, de sueño pesado. Suspiro y hago un esfuerzo por darme la vuelta en la cama.

Por la mañana los pájaros trinan, el ascensor traquetea y Eddie se ha escabullido después de zamparse mis arenques ahumados, mis tostadas y mi café. El mundo ha vuelto a la normalidad. Cerré los ojos y me lo perdí todo. Ya ha pasado. Esta noche no volverá a repetirse.

—Waldo, pareces agobiado y de mal humor. ¿Va todo bien?

—He pasado una mala noche.

—Esperemos que la próxima sea mejor.

Lo será.

Tres

Conecto el audífono. Así de en serio me tomo este asunto. Voy, como se suele decir, a por todas.

Le digo a Zee que quiero escuchar música en la cama. A menudo dejo la radio encendida toda la noche, oír voces me proporciona la tranquilidad de saber que no soy la única persona en este mundo.

Eddie se deja caer a última hora de la tarde, como un marido que vuelve del trabajo. Tiene el detalle de traerme un pequeño obsequio y saludarme cuando llega. Vemos juntos las noticias, él escucha mis opiniones y comete la temeridad de repetirlas como un loro, sobre todo cuando son peculiares. Me pregunto si nota mi irritación y suspicacia. De ser así, hace caso omiso. El poder está cambiando de manos.

Hay un frenesí de actividad mientras Zee se cambia. Después de secarse el pelo —un proceso aparatoso y ruidoso, semejante al aterrizaje de un helicóptero en tu jardín—, emerge del dormitorio con su vestido rosa —casi eléctrico—, medias de color carne y zapatos de tacón. Tiene un amigo gay dueño de una tienda en la que se compra la mayor parte de la ropa. Siempre viste bien y le gusta que se la elogie; el deleite de una mujer que sabe que la contemplan.

Pongo la película de la que hemos hablado. Pero ella me dice:

—Nos vemos después, Waldo.

—Sí, nos vemos —repite como un eco Eddie. Coge el abrigo y se pone la bufanda—. Vamos a cenar algo ligero. No tardaremos.

Pues qué bien. Se han ido.

Oteo desde la ventana y espío con los prismáticos cómo se alejan calle abajo. ¿Ella lo toma del brazo cuando giran por la esquina?

Si fuera un perro, ladraría sin parar. Me han abandonado con el psicótico busto parlante de la televisión.

El sentido común es siempre ilusorio y disfruto de mi imaginación de mago, pensando en el guión mientras permanezco aquí sentado metiéndome *kulfi* de mango en el gaznate. Interpreto todos los papeles e imito los acentos.

Sé en qué restaurante cercano están cenando. Carlo, el dueño romano, es un buen amigo. En la entrada tiene colgada una foto en la que aparezco yo con Carlo, entre otras dos en las que posa con Michael Winner y Sean Connery.

—¿Dónde está el maestro esta noche, señora?

—Me temo, Carlo, que Waldo no se encuentra muy bien. Está cada vez más achacoso. Los pensamientos que le rondan por la cabeza son cada vez más irreales. Cree que está en Venecia.

—¿En el Danieli?

Oigo tintinear las pulseras de Zee cuando hace el gesto de tocarse el cabello.

—¿Dónde sino tomando el desayuno en la terraza? Es su lugar favorito del mundo. No soporto la idea de perderlo. Por favor, no me hagas hablar de ello porque acabaré llorando. Permíteme presentarte a nuestro querido amigo Eddie. Es íntimo de Waldo.

—Soy director de documentales, comisario de exposiciones, periodista y coleccionista —dice Eddie.

—Y también conferenciante —añade Zee.

—Buenas noches, señor. Bienvenido. ¿Una copa de *prosecco*? ¿Champán? Ahora mismo llamo a Pietro para que les cante los platos del día. Creo que le sorprenderá la lasaña, señora. Sé que le encantan las almendras.

—Siempre me sorprendes, Carlo.

Ahí lo tenemos, la vida consiste en compartir la mesa de la cena con una mujer a la que deseas: servilletas elegantes, mantequilla conservada en hielo, cubertería elegante, melón, lubina con puré de patata, sorbete de frambuesa o pudín de verano, expreso doble... y amor.

Si Pietro o Carlo los descubren cogiéndose de la mano en la mesa, me sentiré avergonzado y con ganas de asesinar a alguien.

Demasiado nervioso para ponerme a ver una película o un partido, me desplazo con la silla hasta la otra punta de la sala de estar. Una vez junto a la ventana, descorro la cortina para iniciar la vigilancia desde el nido de águilas de mi califato. Pegando los ojos inyectados en sangre a los prismáticos, puedo ver el otro lado de la calle. Me siento aquí como un moscón posado en un parabrisas que contempla lugares fantásticos durante el viaje. Pese a la vastedad de mi soledad, resulta ameno estar aquí arriba observando a gente que ve la televisión y a niños concentrados en sus pantallas. Como siempre con mi *lassi* de yogur con vodka junto a mí, grabo los pensamientos que murmuro y espeto en el móvil. Amplío mi realidad verbalizándola.

Desde esta atalaya de sabiduría, tomo fotos y grabo en vídeo a desconocidos. Ruedo vislumbres de felicidad y nubes que parecen un colchón de plumas. Cualquier cosa que parezca escasamente prometedora.

No puedo decir que ahora que estoy casi paralizado y medio muerto la vida sea menos interesante. Los vecinos en las cajas iluminadas de sus apartamentos resultan cautivadores. Las cenas con invitados son más fascinantes que las guerras y proporcionan siempre una ocasión para los primeros planos. Pero no hay sexo. El sexo ha quedado atrás, en todos los sentidos.

Es sorprendente lo mucho que la gente te dejará ver y lo poco que aprecian el hecho de que pueden entrar y salir cuando lo deseen.

La pareja que está cenando en el apartamento de enfrente parece paralizada, con los tenedores suspendidos en el aire. Doy un golpecito a mi reloj; debe de haberse bloqueado cuando me ha subido la presión arterial. ¿Cuánto pueden comer Eddie y Zee? Mi mujer y mi amigo llevan fuera mucho rato. Deben de estar intimando. No tardará en llegar la hora mágica. Preparándose para una noche de amor y con un deseo inagotable por delante, el pene de Eddie debe de estar ya tensionándose ante la expectativa.

Espero que la comida y el vino sean caros. ¿Para qué necesito el dinero? Para mí es irrelevante y quiero que lo gasten y lo disfruten sin preocuparse. Que todo siga el curso previsto.

Horas más tarde oigo la llave en la cerradura. Por fin han vuelto.

Eddie ve las noticias mientras Zee se mete en su dormitorio. Me gusta que una mujer disfrute de sí misma. Zee es Tauro y creo que para los Tauro el cuerpo es un templo. Ella reverencia —pero también detesta— su propio cuerpo, tal como suelen hacer las mujeres. En el pasado adoraba el mío.

Mientras se acerca a comprobar cómo estoy, finjo estar medio dormido. Lleva puesto el salto de cama. Olisqueo perfume reciente en sus muñecas y cuello. No puedo resistirlo. Mientras ella se mueve junto a mí, alzo el cuello para echar un vistazo a la lencería. Me quedo embelesado: veo tirantes y aretes.

Tengo en mucha estima sus zapatillas de tacón con plumas rojas. Me gusta contemplar a una mujer que parece haber pisado un pájaro exótico. Soy de ese tipo de hombres. Pero este calzado no se lo ha puesto para mí.

—No tardo nada —le dice a Eddie.

No va a tardar nada.

Todo el mundo resulta inescrutable. Debo preguntarme a mí mismo si todavía la quiero. Claro que sí. El amor no se cierra como un grifo cuando

uno quiere. Cuanto más difícil es el amor, más es amor. ¿No es así? Qué duro es admitir lo mucho que uno necesita a otra persona. En cuanto lo haces, ya te has metido en un lío. Estas sospechas me están desquiciando. El gran combate de todo hombre es no parecer idiota.

Con ella sentí por primera vez deseos de estar casado con la persona con la que me había casado. Aprendimos a conocernos. A ella le gustaba que me sentase sobre su cara, incluso hasta que ya no podía respirar; le gustaba chuparme la polla largo rato. La primera vez que lo hice, disfruté tímidamente de que le diese un beso negro y le metiese el dedo por el culo mientras enumeraba las cualidades de su belleza en voz baja. Para adorar el sexo, debes asumir la repulsión.

Qué banal, chocante y alentador resulta —hablando del absurdo de la existencia— despertarse y darse cuenta de que tu amante se ha convertido en una extraña que ama a un extraño.

Debo recuperarla. Me gusta y necesito una mujer que los demás hombres me envidien. Hoy en día una mujer sigue siendo el máximo lujo, un diamante, un Rolls-Royce, un Leonardo en la sala de estar.

Si mis sospechas se confirman, me moveré como una serpiente entre las piedras. Mirad cómo me cargo al ladrón. Primero lo condenaré a la demencia, la ceguera y la impotencia entre otras cosas.

Después le orinaré en la boca y me limpiaré el culo con su cabeza.

Cuatro

Eddie es uno de esos personajes del Soho que aparecen en los pases de prensa, en las sesiones inaugurales de los festivales y en las cenas. Le halaga ser incluido en todos los saraos, y es el primero en lanzarse sobre la bebida y la comida. Elegante, educado y cortés, intentará encandilarte incluso mientras te da la espalda y es capaz de coquetear con los ojos cerrados. Por lo que me han dicho, en su juventud era bastante guapo. Un chico vulnerable con gafas gruesas, labios rosados y el culo de un querubín, ansioso por agradar. Un imán para los pedófilos, según los rumores.

Este colegial ya crecido con su cabello cada vez más escaso, su reluciente cráneo y su reloj barato, acostumbra a sudar por la ansiedad y a oler a alcohol, cuando no directamente a *pubs*. Como parte de un guión previsible, de camino hacia aquí le ha ocurrido un desastre del que forman parte su cartera, un tren, un cambio de pantalones y tal vez una mujer —o dos—. Me desagrade la gente fea cuando no me produce lástima. Siempre están en desventaja cuando se trata de privilegios. Si Eddie fuese apuesto, no tendríamos este problema.

Sin embargo, ha rodado tres documentales, ha publicado un par de libros, escribe en varias revistas de cine, imparte conferencias y ha dado clases en algún lado. Todo esto ya me parecen ofensas más serias. Creo que incluso puede haber cantado en bares vestido con una americana blanca, algo también imperdonable. Dicen que su francés es impecable y posee una voz vaporosa, mezcla de acento pijo de colegio privado y sordidez de vestuario.

Zee está alegremente ebria, con la mirada turbia. Pero me trae el café, me lava y me cambia, y se pone a contarme cosas sobre Carlo, los platos del día, quién había en el restaurante y lo arreglados que iban.

Pero está con la cabeza en otra parte. Lo veo. La imagino diciendo: A Dadda, como me llama, no le importa. La veo preocupada. Está empezando a enamorarse. Todo le parece nuevo y cargado de connotaciones.

Permanezco echado, inmóvil; adormilado pero no del todo. Escucho. Apago la radio y sintonizo otra frecuencia. Mi audífono es una maravilla. El

mundo suena de un modo inusualmente alto. Soy capaz de oír a gente cenando en París, pasando páginas en Estocolmo, haciendo el amor en Roma y cantando en Madrid.

Hoy, mientras aguardo, soy un aparato de radio con el receptor abierto.

Recuerdo cómo disfrutaba Zee comentando historias de los periódicos sobre mujeres mayores que se liaban con chicos jóvenes o «yogurines» en países del Tercer Mundo; hombres pobres y desesperados que las engañaban después de casarse con ellas. «¿Cómo se meten en algo así?», se preguntaba. Esto tendré que restregárselo por la cara a su debido tiempo.

Han atenuado las luces. Se oye música lenta, sospecho que están bailando. ¿Lo hacen pegados, apretando los dedos sobre la ropa del otro? No pueden esperar. La tentación es divina.

Ya ha empezado. Sí, creo que lo oigo todo. Visualizo las formas, color y consistencia del cuerpo de Zee. Sueño que su boca es mía.

Se trasladan al dormitorio. Me concentro. Pero oigo menos. La situación se prolonga y el volumen va en aumento. Resulta que Eddie es una pequeña bestia calenturienta que se está follando a mi mujer. Puede que sea pobre en lo económico, pero es rico en goce, algo envidiable a su edad. Debe de ser el motivo por el que las mujeres se derriten pese a sus pintas y su carácter. Es perfecto: toda mujer quiere a un hombre al que poder salvar.

He sido un hombre que se ha esforzado por ser generoso y comprensivo. Sé que el amor es bueno para todo el mundo. Eros es el motor que hace y rehace, reviviendo la pasión por la vida. La convertí en una viuda en el mismo momento en que me casé con ella.

Le dije: «Cuando fallezca, espero que encuentres a un hombre rico con un pene atractivo para que cuide de ti», dando por hecho que cuando yo muriese ella se cortaría las muñecas con una botella rota después de haber enloquecido y haberse arrancado todo el cabello.

Sé que tendrá una vida después de mi desaparición y ¿cómo podría yo ser tan cruel como para desear que llevase más luto por mí del necesario? Y no es que no haya derramado lágrimas ante su amor moribundo. «Eres el único hombre al que he deseado, el hombre que me hace sentir completa».

¿Y acaso no sabía yo cuando conocí a Zee y a su marido mientras filmaba en Bombay que, después de numerosas esposas, amantes, relaciones y desencuentros, ella era el final de toda esa búsqueda? Ella era mi destino, el lugar adonde yo me había dirigido siempre. Según mi versión de la jugada, nunca fui feliz con ninguna mujer hasta que la conocí a ella. Ella llenó mi vida, se convirtió en mi madre, mi amante, mi hermana y mi amiga.

Zee trabajó en la película cortando y cosiendo piezas del vestuario. A nadie le pareció una buena idea que abandonase a su decente esposo por un salvaje que empezaba a tener un desafortunado parecido con el viejo Elvis.

Después del primer mes, ella misma me cortó la melena y me obligó a bañarme a diario. Por las noches me controlaba el dinero y me volvía del revés los bolsillos para quitarme la cocaína —que jamás había visto hasta entonces—, pese a que yo juraba que la había dejado. ¿Quién ha dicho que el placer te hace feliz? Las drogas me han proporcionado una falsa valentía, pero me impidieron tomar ciertos riesgos. Hay que superar los excesos; no se puede engañar a la realidad.

Yo era o bien Stajánov o bien Oblómov. Me había convertido en una persona huraña y avergonzada, y estaba convencido de que los demás podían ver cómo había fracasado en mis intentos de ser feliz, pese a todos mis logros. Laborioso y decadente, estaba machacado, despedazado, destrozado y hundido. Como mucha gente, necesitaba follar a diario, con quien fuese. Estaba demasiado vivo; era incapaz de sobrellevar mi propia energía.

Zee conocía la verdad y le gustaba mi olor y mi sabor, las formas y curvas de mi cuerpo, mi masculinidad. Ahuyentaba a camellos, mujeres, putas, gorriones y liantes, a los zánganos y desconocidos que se instalaban en casa durante semanas. Me ayudó a pasar el mono y me agarraba la mano. Me prohibió comer helado, y dejé la Guinness por el vino. Disfrutar es difícil. Ella me transformó en alguien menos estúpido; aprendí a sentir placer sin perder los papeles. Me ayudó a reconocer y preservar mi talento. Por fin me convertí en un hedonista inteligente.

El trabajo es siempre una distracción de lo realmente importante, y yo estaba enamorado. En el campo teníamos animales. Dábamos paseos, nos quedábamos acostados en la cama y organizábamos veladas musicales en las que hacíamos turnos para poner discos. A ella le gustaban las canciones de los musicales y la bossa nova, pero aprendió a disfrutar de Curtis Mayfield. Bailábamos juntos.

Yo temía que la felicidad me arruinase como artista. Perder la agudeza, la furia, la agresividad y la acidez. Tendría cosas mejores que hacer que entretener al público. He visto cómo les sucedía a otros. Pero convivir con Zee ha sido un experimento que debía afrontar. Yo había estado sobreprotegido. Me había mantenido al margen de otras experiencias más profundas, más perturbadoras y excitantes. Quería comprobar, por fin, lo cerca que podía llegar a estar de una mujer. Lo cerca que podía llegar a estar de otro ser humano, mientras seguíamos siendo dos individuos diferenciados.

Quería dejar atrás mi yo y convertirme en alguien por completo dependiente. Quería que ella me transformase.

Y otra cosa. Era curioso: desde el principio Zee me pidió que no pasase las noches a su lado. ¿No me encontraba atractivo? ¿Acaso yo roncaba, sudaba o maldecía más de la cuenta?

A ella siempre la acompañaba un demonio interior. Una tía había practicado magia negra con ella.

Como entusiasta de lo oculto, insistí en ver las maniobras de esa criatura sobrenatural. Eran horas negras. Nunca había visto a nadie sufrir tamañas pesadillas. Zee gritaba y a menudo me daba patadas y puñetazos. Vociferaba que se moría. Más bien parecía que la estuvieran matando. Yo nunca la dejaba sola. Se sentía reconfortada y menos avergonzada. Jamás he aborrecido nada de ella, y siempre se lo recuerdo.

Zee y yo nos casamos para demostrar nuestra seriedad. Yo aspiraba a ser marido, pero tuve que convertirme también en padrastro. Me hice cargo de sus hijas gemelas, que podían ser problemáticas y se ponían del lado de su sumiso padre. Las habían educado para ser respetuosas, pero yo había secuestrado a su madre, que no había opuesto ninguna resistencia, y a ellas, que lo habían aceptado a regañadientes. Aprendí a base de palos lo catastrófico que puede resultar ejercer el papel de padrastro: las elevadas dosis de odio y humillaciones que te ves obligado a tragarte. Esas niñas, que no eran mías, sino hijas de un hombre decente, resultaban más difíciles de manejar que cualquier película que yo hubiera rodado. En ocasiones su crueldad era insoportable. Siempre que podíamos las mandábamos con su padre. Yo acabé en terapia cuando descubrí que deseaba que desaparecieran de mi vida. Llegué a creer que estaba incluso dispuesto a abandonar a su madre cuando esas niñas me convertían en un ogro que no soportaba ser.

Recibí buenos consejos y sobreviví. El logro de amar a una mujer significaba para mí más que cualquier otra cosa.

Al final enviamos a las niñas a universidades americanas que pagué yo. Una de ellas pasó por rehabilitación y varias crisis. Ahora las dos están bien. Jasmine trabaja en el sector hotelero. Samreen me recordaba a mí mismo: una adolescente indolente, desaliñada y de lengua viperina, que no quería seguir estudiando, se convirtió en vegana y en una zorra, y se largó de un montón de colegios caros. La tuve que ir a buscar a la comisaría en dos ocasiones. Casi la perdimos. Al final de la veintena se centró al tomar la repentina decisión de convertirse en médico. Hincó los codos y estudió. Se ha convertido en una ginecóloga muy concienciada, que trabaja con mujeres pobres en Los

Ángeles. Al final hemos llegado a apreciarnos mutuamente. Las dos chicas han adoptado mi apellido y saben hacerme reír. Me siento orgulloso de ser el cabeza de familia.

Durante los últimos diez años me he ido deteriorando y me he debilitado. La cocaína me ha dejado el corazón machacado. Me han practicado una angioplastia. Y también padezco la mayoría de las enfermedades: diabetes, cáncer de próstata, una úlcera, una incipiente esclerosis múltiple, estreñimiento, diarrea, y solo tengo una cadera en condiciones, toso, tengo fobias, adicciones, obsesiones y soy hipocondríaco. Por lo demás, estoy en forma. Zee me cuida. Es un acto de responsabilidad y de amor por su parte.

Al menos así ha sido hasta ahora: oigo continuos murmullos y risas hasta que por fin se hace un silencio casi completo.

Eddie la está derritiendo. No tardarán en hacer varias cosas por primera vez, compartir confidencias, canciones y besos, intercambiar joyas, descubrir lo que le gusta y lo que le desagrada al otro, convertirse en una pareja, en parte esencial el uno del otro.

Percibo algo de todo eso, pero no lo suficiente. Voy a necesitar un mejor modo de enterarme de estas minucias.

Y entonces, si la traición resulta ser cierta, se puede contar conmigo: haré alguna estupidez.

Cinco

Todavía me despierto como un joven, hasta que empiezo a moverme. Sin embargo, decido tomar decisiones. Habrá movimiento. Algo tiene que suceder. No me voy a rendir. Deberíamos salir. Eso podría cambiar las cosas.

Me desagrada el campo, desprecio las zonas residenciales suburbanas; vivir en la ciudad es toda una prueba. Habito un pequeño mundo. Imposible perderse. Hace poco Zee y yo hicimos un agradable viaje de un día a West Kensington: la carretera de Talgarth es nuestra Ruta 66. Decidimos probar los placeres de Acton, un lugar que a mí me resulta tan exótico como Liberia. Graham Greene se lo habría pasado bomba.

La próxima semana tenemos dos eventos sociales programados y después viajes al extranjero. Zee y yo lo hemos hablado. Allí estaremos. Aquí uno se siente demasiado encerrado. Necesitamos más vida social.

Envejecer no es para nenazas. Pese a mi discapacidad, Zee y yo seguimos yendo de juerga. Supone un esfuerzo; yo lo hago por ella, porque me gusta verla contenta. A ella le gustan las fiestas y las inauguraciones. Con cierta ingenuidad, le parecen *glamourosas* y recibe con entusiasmo las invitaciones que nos siguen llegando a diario. Ella se encarga de responder, pide un coche con chófer para desplazarnos hasta el evento y comprueba los servicios de que dispone el lugar. La enfermera me lava y me viste, y yo me propulso a duras penas en mi carro de fuego. Los viejos amigos se acercan a saludarme, inclinándose para oír mis malas noticias y darme las suyas.

Durante la comida Zee deja una «cartulina» —un sobre rígido— en una esquina de la mesa.

—Podría ser una oportunidad.

—Debemos ir, Zee. Llevo tiempo muy inactivo.

—El mes pasado —dice ella— llegaron invitaciones a tres funerales de amigos íntimos tuyos y a dos misas conmemorativas. Y un aviso para acudir a un lecho de muerte.

—Te he tenido muy abandonada. Los moribundos somos egocéntricos. Vayamos...

—Creo que Eddie debería ayudarnos —dice ella.

—¿Eddie Warburten?

—Es más amable de lo que crees.

—¿En qué sentido?

—Te reventó ese grano en la nuca que yo no soportaba tocar y se tomó dos días libres para acompañarte al médico y al hospital. Es mejor que cualquier asistente y nunca se queja. Hasta te ha ayudado en la ducha.

Tiene razón. No pasa a menudo que un crítico de cine te acaricie las pelotas. Yo estaba desnudo, sentado en una banqueta, mientras él frotaba mi arruinado cuerpo con una manopla. Lo compadezco por tener que tocarme, pero a él no parecía incomodarlo. Soy demasiado inteligente para sentir vergüenza, pero él tampoco me dio ningún motivo para sentirme incómodo. Me vistió y me metió en la cama: un trabajo extenuante.

—Eddie tiene mucha mano con las pajaritas. No puedes llevar todo el día esta camiseta raída de Frank Zappa. Estos pantalones cortos llenos de lamparones hay que tirarlos a la basura. El pasamontañas hace que los vecinos crean que eres un terrorista. Ya sabes que adoro tus cabellos plateados, Waldo. Deberías mostrarlos.

—En cualquier caso, te encanta su compañía. Te oigo reír o más bien toser con esa marihuana que te trae. Fuiste tú, no yo, quien lo invitó a venir. Le animaste con sus proyectos y le pediste que se quedase a pasar la noche.

Hasta yo me aburro de mí mismo. Para ella es fundamental darse un respiro y olvidarme un rato.

—Consideremos esta posibilidad —digo—. La mayoría de mis amigos y colegas están muertos, y muchos de mis amigos desaparecieron en cuanto dejé de ser un artista en activo y ya no podían sacarme nada. Pero ¿por qué no llamamos a Anita, si está libre? Todos soñarán con desnudarla en cuanto la vean aparecer.

—¿Y alguien me mirará a mí? Su presencia minaría mi autoestima. ¿No la has visto ya bastante? ¿No está todo el día llamando?

Zee decide llevarse a Eddie de compras. Quedará presentable con la ropa adecuada o debidamente «afilado».

—¿Como un cuchillo?

Es un trabajo complicado. La renovación de esa piltrafa lleva varias tardes. Admito que hay mucho que hacer.

Han estado recorriendo Londres en taxis.

Eddie por fin está listo. Abrimos una botella. Él nos enseña un bonito traje que le queda bien, a diferencia de la mayor parte de la ropa que lleva. Vemos una gabardina nueva, varias americanas y una bolsa de cuero que se cuelga en bandolera sobre el esmirriado pecho. Me fijo en el cabello, que le ha cortado mi peluquero macedonio. Le brilla como el ala de un pájaro; negro azabache por primera y espero que última vez.

Cuando por fin bajo la mirada me percató —y el susto es de los que te revuelven las tripas— de que lleva mis mocasines italianos de piel de cocodrilo. Hasta al cocodrilo se le subirían los colores.

—Bien, ¿verdad?

Zee está orgullosa de él, de este cómico hombre nuevo con dentadura nueva y un aire ligeramente incómodo, o directamente avergonzado. Un joven flautista al que su madre le ha pegado en la frente el título.

—Eddie, ¿esos zapatos no son míos?

—Waldo, tú no te los vas a volver a poner en la vida —me dice Zee—, y a él le van como un guante. Iban camino de la tienda de segunda mano con todo lo demás que ya no te pones nunca.

—No hay que tirar nada —añade Eddie—. Así nos hemos ahorrado dinero.

Me sorprendería no estar financiando la renovación del vestuario de este tío. Nada indica que él haya hecho contribución alguna. Me desconcierta que se deje tratar de este modo tan condescendiente. ¿Dónde está su orgullo?

Se muestra desinhibido mientras se contempla en el espejo desde varios ángulos. Intenta entretenerme con varias historias calumniosas sobre películas, directores y actores.

Zee se ha comprado un chal argelino y varios bonitos vestidos para «animarse», además de algunos muebles y alfombras. Debo admitirlo: la casa parece menos decrepita. La hemos descuidado mucho. Hay muchos cajones rotos, la nevera no funciona bien, el lavabo se ha convertido en un peligro. Procuro no bajar la vista, porque la alfombra está llena de manchas y podría haber algún bicho muerto por algún lado.

Zee y Eddie han renacido, acudimos a cenas, galas y fiestas. Sin que nadie lo proponga, él siempre nos acompaña.

—Por si acaso —dice siempre Zee.

Cuando vas en silla de ruedas, la gente literalmente te mira por encima del hombro. Eddie resulta útil cuando salimos, siempre detrás de mí, empujando la silla, sonriendo, manteniendo a distancia a los idiotas cuando es necesario.

Reconoce las caras y me susurra al oído unas palabras cuando se me acerca un viejo amigo cuyo nombre y profesión he olvidado.

Hacemos un viaje de un par de días a España, donde, agobiadísimo por el calor y pertrechado con mi caftán anaranjado y mi sombrero flexible, me veo sumergido en un océano de tópicos y recibo un premio a mi carrera, lo cual siempre es un anticlímax, aunque supuestamente distinga mi maestría. Zee me saca con la silla de ruedas al estrado y yo sonrío, saludo y dejo escapar unas lagrimitas mientras ella da las gracias en mi nombre; incluso a mi edad, desprecio esa pleitesía.

Unos días después se produce lo que solo puedo describir como el gran acontecimiento. Mi definitiva vuelta al ruedo entre vótores. Vamos a Cannes. En el pasado, como presidente del jurado, dispuse de mi propio coche con chófer y dos motoristas de escolta con luces intermitentes. Me abría paso entre multitudes y fotógrafos como un emperador.

Mientras mi silla avanza hacia el escenario entre mujeres de labios infiltrados con colágeno, *playboys* y una nebulosa de *glamour* continental, recibo una ovación del público puesto en pie. Eddie es de gran ayuda —hay que empujar, tirar y trasladarme de un lado a otro— y camina detrás de nosotros todo el rato. Como es mi acompañante, nadie puede desdeñarlo, ignorarlo o desatender sus peticiones. Tienen que darle la mano, sentarse a su lado en las comidas, escuchar las largas exposiciones de sus proyectos y recibir la petición de invertir en ellos. Aparece en las fotografías, ofreciéndome un pañuelo para que me seque las lágrimas. Lloro con la misma facilidad con que otros eyaculan. Eso causa buena impresión.

Tras el innecesario alboroto a mi alrededor, la pareja me aparca en el hotel con unas cuantas películas malas y ponen rumbo a varias fiestas pertrechados con mis invitaciones. ¡Hasta me llega la noticia de que en una de ellas recibieron a Eddie confundiéndolo conmigo! Los dos chismorrean, bailan y se lo pasan bomba hasta que se les desintegran los pies y deciden pasear por la orilla del mar para relajar sus ardientes plantas.

Zee regresa a nuestra *suite* en el Carlton por la mañana temprano. Yo estoy medio dormido, pero le pregunto:

—¿Dónde estabas?

—Perdona la tardanza, querido. Me he enterado de algo. De chismes. Ha llevado su tiempo. Aunque por supuesto no te lo voy a contar. No te mereces que te lo cuente. Esta vez no.

—Sabes que me lo acabarás contando, cariño. Pero de todos modos me encanta que me provoques.

Cuando regresamos a Londres elucubro largo y tendido y dicto una entrada de mi diario grabado. Me muestro cada vez más decidido, porque Eddie da demasiadas cosas por sentadas. Voy a zanjar el tema con él y empezaré mi *yihad*. Mi mujer... y ahora mi hospitalidad. Mi mundo se ha tambaleado un poco. Todo en él va mal.

Durante toda mi vida laboral he tenido que bregar con productores, publicistas, estrellas y chiflados. Con algunos logré entenderme, a otros los abofeteé. Unos pocos al final acabaron mordiendo la lona.

Eddie y yo vamos a tener una conversación. Esperaré a que Zee salga de compras y él se quede a solas conmigo. Y le cantaré las cuarenta.

Una tarde llega el momento. Estoy sentado en mi silla, con mis patéticas manos agarrotadas, contemplando cómo él me ordena los DVD. Sé que ha llegado el momento de actuar.

Es asombroso cómo se concentra en las tareas sin hacerme ni caso, como si no hubiera estado lameteándole la panocha delante de mis narices y encima calzado con mis zapatos. Incluso se permite silbar —veo cómo frunce los labios—, lo cual para mí es un claro signo de que algo va mal. Por desgracia, la perversión tiene sus límites para los que somos normales. Me ha llevado toda una vida convertirme en alguien tan desinhibido como soy ahora. Y aun así sigo pensando que ojalá estuviese más predispuesto a lo raro.

—Bueno, Eddie... —Cada uno de sus movimientos se ha convertido en un flagelo para mí. Él se vuelve—. Dime una cosa...

—¿Sí? Disculpa, Waldo, ¿te sirvo una copa? ¿Sabes dónde están tus vasos?

—Ni idea.

—Tranquilo, querido amigo. ¿Necesitas que te lleve al lavabo?

—No. Pero gracias por el ofrecimiento.

Si posee una mente, está en otra parte. Le pido que ponga «*Helter Skelter*» e insisto en que lo oigamos entero dos veces por mis altavoces sesenteros. Me hierva la sangre. Respiro hondo hasta que noto que el mayor de mis reproches ya no me causa dolor alguno.

—Es la canción favorita de Anita —le explico.

—¿Va a venir por aquí?

—¿Te gustaría conocerla? Puedo organizar un encuentro.

—Por favor, Waldo, ya sabes que me quedaría embelesado. Pero siempre has evitado que la vea. Te gusta jugar conmigo.

—Eddie —le digo—, pasas aquí, en mi apartamento, un montón de tiempo, pero te has convertido en un desconocido. Hace mucho que no hablamos. ¿Ahora estás casado?

—En estos momentos no.

—¿Tienes una amante?

—He estado hundido, Waldo —me explica—, las cosas se me han complicado mucho, colega. Ahí fuera todo es muy complicado. Tú eres conocido y admirado, un maestro. Por debajo de este nivel hacen falta muchos tejemanejes para conseguir unos cientos de libras aquí y allá. Si tienes suerte...

—Recuérdame cuántos hijos tienes.

—Hasta eso se me olvida. Cinco. Dos todavía van al colegio y uno a la universidad. Una es discapacitada. No madurará. Necesita cuidados constantes. Es desolador y me ha perturbado toda la vida.

—Lo siento.

—Recordarás que son de tres madres distintas y todas me exigen la manutención, que pague los colegios y más cosas, y yo no puedo asumir tanto gasto.

—Pero Eddie, ¿no es tu obligación? Todos tenemos que luchar por mantenernos en pie. Puedes verlo en mí, el esfuerzo que hago a diario por mantener la dignidad.

—En ti es indiscutible, maestro. Ya sabes que le doy vueltas a un montón de ideas. Pero no puedo convertirme en millonario de la noche a la mañana. Sin embargo...

Parece nervioso.

Se inclina hacia mí. Como favor y a modo de lección me habla del nuevo Baal: la precariedad, la falta de trabajo, de ayudas sociales y de pensiones. Dice que hemos creado un mundo de billonarios y pobres. Sentencia que el dinero es el demonio y que la élite financiera utiliza la deuda para controlar a la población. El canibalismo del capitalismo, la vacuidad de la democracia y la alienación, la mercantilización y estupidez del hiperneoliberalismo; el virus del dinero y el modo en que los pobres se rompen las pelotas para salvar a la clase financiera. Me explica todo esto por mi bien.

—Vislumbro tu futuro —le interrumpo—. La transgresión es la nueva norma, e iniciativa la nueva palabra para referirse a engañar a los demás. Políticos, artistas y abogados, la gente más respetable llena las prisiones. Eddie, ¿puedo sugerirte que tú también optes por el crimen, aunque sea el crimen desorganizado? ¿Cómo puedes permitirte no hacerlo?

—Muy gracioso, Waldo. No me sorprende que la reina se mostrase encantada de colgarte del pecho esa insignia de comendador de la Orden del Imperio Británico. Lo que me sorprende es que no te nombrasen caballero. De joven realizas tus mejores trabajos y después pasas a formar parte de la clase dirigente, ¿eh?

»Tú, tus amigos y coetáneos sois la gente más talentosa que tenemos por aquí —continúa—. Pero sería un disparate creer que todo el mundo es como tú. ¿No eras de izquierdas? ¿Maoísta? ¿No te plantaste ante las puertas de una fábrica a las cinco de la madrugada para vender periódicos revolucionarios con varios actores activistas?

Alzo un dedo para indicarle que se calle.

—Eddie, no me veas como otra cosa que un hombre del pueblo que adora la exclusividad. Un esnob con don de gentes. Le he pedido a Zee que entierre lo que queda de mi cuerpo en una tumba modesta pero luciendo varios diamantes. ¿Dónde estás viviendo ahora?

—Sigo en una pequeña y desvencijada habitación con una cama individual en el Soho. El lavabo está al final del pasillo y tiene la ventana rota. El casero es un salvaje que entra cuando le da la gana y coge lo que le apetece. Por suerte un amigo me está ayudando a encontrar otro sitio. Si dispusiese de mil libras para dejar como fianza, ya lo tendría solucionado.

Los seres humanos tienen dos o hasta tres caras. Pero si algo sé, tal como enseña cualquier novela policíaca, es que lo que quieren más que nada en el mundo es dinero. En este sentido son completamente fiables.

—Me tientas, Eddie —le digo.

—Me marcharía.

—Necesito verte asentado. De lo contrario, me sentiría inquieto.

Me mira.

—¿Qué dices? Te devolvería el dinero.

—No te me pongas condescendiente.

—Nunca osaría hacerlo.

—Pídele las mil libras a Zee —le digo—. Igual que la reina, yo nunca llevo dinero encima. Y no lo olvides, Eddie, si necesitas hablar de algo, acude a mí. Soy todo oídos.

Cuando Zee regresa, Eddie se lanza tras ella sin perder un segundo. Se meten en la cocina. No tardo en ver cómo ella saca el dinero.

Sin embargo, no puedo parar de reírme. Pretendía diseccionar a Eddie y ofrecérselo de alimento a los cerdos. Pero he acabado prestándole al

embaucador su sustento. Milton habla en *El paraíso perdido* de un «motor infernal». Eddie es ese motor, rugiendo en mi sala de estar.

Sé que no me conviene reírme. Podría cagarme encima o sufrir un ataque al corazón. Qué vulnerable he llegado a ser; ¡cómo ha liado Eddie a este viejo zorro apelando a su conciencia! Pese a mis esfuerzos de elevación nietszscheana, este cabrón me ha derretido como a un helado bajo un soplete.

Puede que sea gilipollas —está claro que poseo insensatez natural más que suficiente—, pero he comprado una felicidad temporal. Este bufón que es un servidor les ha dado una alegría a los dos.

Zee parece encantada mientras Eddie se guarda el fajo en el bolsillo, sonriendo —aunque no demasiado ante mi absurda generosidad.

Zee cree que por fin he entrado en razón. Todo va tal como ella quiere.

Y entonces sucede algo raro.

Seis

¿Os imagináis qué? En cuanto Eddie tiene en sus manos la pasta, desaparece. Pasa un día, después otro y otro más. Zee espera; incluso yo espero. Ella no para de dirigir la mirada hacia la puerta y hacia su teléfono. Se pasea de un lado a otro; coge algún objeto, lo mira y lo vuelve a dejar. Sin embargo, ese capullo no aparece.

La frenética embriaguez de amor obliga a Zee a salir. Como Dios, yo lo veo todo. En otras palabras, sigo sus movimientos con mi móvil. Vuelve a casa empapada y agotada, después de buscarlo por lugares en los que estoy seguro de que él no ha estado: *pubs*, clubs y antros del Soho, y en las oficinas de varias revistas de cine.

Me despierto creyendo que ella me ama y de pronto recuerdo que no es así.

Zee no viene a verme por la mañana y mucho menos me da un beso. Padece ataques de pánico, insomnio, palpitaciones «atenazantes» y tiene que hacerse un electrocardiograma. Podría perfectamente morirse antes que yo; a menudo se muestra convencida de que será así. Aquejada de una migraña de una intensidad severa e impulso suicida, se mete en la cama, vomita y gimotea. Me las apaño para llevarle una palangana y sostenerla ante ella con mis débiles brazos temblorosos mientras contemplo su cabello negro y lo beso cuando puedo. Como su soledad y nerviosismo me relajan, permanezco sentado junto a ella, dormitando.

Solo cuando me relajo logro hacerme una idea de la presión que puede representar vivir con un desconocido que le chupa los pezones a tu mujer y le mordisquea alrededor de ese precioso anillo, las areolas.

—¿Se ha ido Eddie para siempre?

—No lo sé.

—Querida —le digo—, esta es la primera vez en mucho tiempo que estamos los dos solos. Si me funcionasen las piernas, las estiraría. Si me respondiesen los brazos, me quitaría la camisa y me golpearía el pecho. ¿Puedo pedirte un favor? Un simple olisqueo, cariño. ¿Te desnudas para mí?

Partiendo de los preceptos de modestia e incluso severidad que practicaba como musulmana, bajo mi tutela Zee se convirtió en un ser sexual. La habían toqueteado su padrastro y un tío. Jamás había experimentado un orgasmo, ni siquiera masturbándose. Su marido jamás le acarició el coño, jamás se lo lamió ni le mostró la polla. Ella intentó reducir su sexualidad a la banalidad o incluso a la ridiculez, tal como alguna gente consigue hacer. «¿Por qué es tan importante?», me decía. «La mayoría de las personas tienen escasa o nula vida sexual. O incluso amorosa. ¿No podemos olvidarnos de todo esto?».

La humillación del deseo. Fumamos hierba juntos e hicimos cosas que no habíamos hecho nunca. El sexo es como el arte: si sabes lo que te traes entre manos, no sabes lo que estás haciendo. Nos llevó un año construir entre los dos el tipo de sexo que nos satisfacía. Al final encontramos el amor y la pasión en el mismo sitio: en el Santo Grial del amor, el uno en el otro.

A veces, mientras descanso, ella se echa a mi lado y me permite mirarla. Ahora, reclinado en mi silla favorita, decido comprobar qué está dispuesta a ofrecerme.

Normalmente acepta bajarse las bragas y abrir las piernas para mostrarme sus rosados labios. No es reacia a masturbarse, lo cual siempre me levanta el ánimo. A veces me acerca el pie cubierto por la media a la boca y me permite chupárselo mientras me manoseo la polla.

Le gusta que la miren y la admiren. Casi cada día va a nadar por la mañana y hace setenta largos. Sigue teniendo el culo firme. Cuando tenía ocasión de lametearle el ojete, o el halo, tal como yo lo llamo, y me adentraba en él, la presión que era capaz de ejercer casi me seccionaba la punta de la lengua.

—Ahora no, Waldo.

—Por favor, bésame en la frente.

Ella niega con la cabeza.

—Igual que tú, yo tampoco estoy bien.

—Te doy asco. ¿No podemos hablar?

—¿De qué, Waldo?

Tiene los ojos enrojecidos.

—¿Estás segura de que Eddie te conviene?

—¿Qué quieres decir? ¿No quieres que pueda contar con alguien que me dé conversación? ¿Que me escuche? ¿Que me lleve aquí y allá? Te estás volviendo cada vez más arisco —me dice—. Quieres que me sienta sola. Eres viejo, muy viejo, Waldo, y yo quiero tener una vida. ¿No eres capaz de reconocer que has sido demasiado duro con él?

—¿Lo he sido?

—Tienes una mirada fulminante. Le interrogaste. Le lanzabas las mismas miradas que solías utilizar con los actores. Algunos te odiaban...

—Gracias a mí esos mierdas hicieron algunos de sus mejores trabajos. Un buen cachete es ideal para estimular a una marioneta. Ya sabes qué tipo de hombre es Eddie.

—Según tú, ¿qué tipo de hombre es?

—Me imagino que se ha largado con una mujer a un hotel de Brighton con el dinero del marido. Jamás se ha ganado la vida por sus propios medios.

—¿Cómo puedes saber lo que es ganarse la vida, todo el día aquí sentado en tu silla, con tu vieja camiseta desteñida, fisgando las casas de los vecinos con los prismáticos?

—Conozco su reputación.

—¿Qué reputación?

—De oportunista. El tipo de hombre al que llamábamos «un mierda». Alguien que llega pronto a un restaurante para pedir bebidas que después carga a la cuenta de otro. Alguien que, como diría mi madre, sería capaz de sacarte la leche del té.

—Eso es muy injusto.

—No estamos redactando un artículo para la *Enciclopedia Británica*. Estamos chismorreando. Cuando follábamos y nos corríamos, nos gustaba hablar así. ¿Por qué de pronto te muestras tan remilgada?

—Te burlas de él y lo maltratas. Le pides que te busque cosas que necesitas y si no te las consigue le regañas.

—Es un tío blanco de mediana edad, de clase alta y que ha estudiado en colegios de pago. Sus padres daban latigazos a los nativos de ultramar mientras promocionaban los valores occidentales. Ha tenido más oportunidades que nadie en este planeta. De modo que es un completo idiota.

—Le sucedió algo horrible —explica Zee—, que lo dejó aturdido y al final le arruinó la vida...

Se calla.

—Zee, has perdido la capacidad de mantener conversaciones íntimas conmigo —le digo—. Creo que siento más cerca a Anita.

—Por favor, no me vengas con esas. La próxima vez que aparezca por aquí para contarnos qué famoso director o actor trató de seducirla, avísame para que me largue. —Y añade—: ¿Tienes la más remota idea de lo que sucedió en ese famoso colegio en el que estudió Eddie?

—Ah. Entonces es cierto. ¿En serio? En cuanto me lo cuentes, reflexionaré sobre ello.

—No se lo ha contado a nadie, excepto a mí y a un amigo. Tú te aprovecharías de eso. Sabes que lo harías.

—Zee, no podrás evitar contármelo. Una vez dijiste que yo podía lograr que hicieses o dijese lo que quisiera. Y sabes que puedo cancelar nuestras cuentas bancarias conjuntas.

—Serías capaz de matarme de hambre, ¿verdad, cerdo? No te atreverías. Saqué la lengua, como un lagarto ante el vuelo de una mosca.

—Suelta lo que sabes o ponme una toallita en la frente.

—Eres un retorcido.

—¿No es eso lo que te gusta de mí?

—Ya no sé lo que me gusta de ti. —Se sienta frente a mí y no sonrío—. Waldo, sabes muy bien qué hacen los británicos con sus hijos, se los sacan de encima y los mandan bien lejos. Ese colegio era frío y recóndito, estaba en el norte de Inglaterra. Y mientras tanto sus padres, como personajes de Somerset Maugham, tomaban gintonics en Hong Kong.

»Eddie sentía veneración por su profesor de lengua, Bow; apuesto, carismático y anárquico, así lo describía Eddie. Un hombre al que quería complacer por encima de todo. Ya sabes cómo es...

»Tal como dices, Eddie formaba parte de la futura clase dirigente británica. Tenía trece años y estaba permanentemente aterrorizado. Durante el día los alumnos recibían azotes por pequeñas faltas. Pero lo peor llegaba por la noche.

»Eddie era listo y guapo, pero torpe e inepto en deporte. Un día Bow le señaló. Le tocaba ir al despacho de Bow.

»Esperó el momento desde que se levantó, contando los minutos que faltaban. Había rezado para que lo eligiese después de sonreír a Bow, el profesor al que todos consideraban un *connoisseur*, que parecía libre y diferente de los demás. Eddie se apresuró por los gélidos pasillos, embutido en su húmedo abrigo. Ya no se sentía como alguien ignorado y dejado de lado.

»Bow le anunció que le pondría un nombre especial. Lo hacía con sus favoritos. Eddie casi estalló del orgullo que sintió. El nombre que le puso fue Conejito.

—Conejito.

—Ni se te ocurra comentárselo. Y no pongas esa sonrisa de superioridad.

»Bow iluminó la habitación con velas colocadas en botellas de vino. Estaba decorada con alfombras, libros, reproducciones de cuadros expresionistas y cosas por el estilo. Y una máscara mortuoria de Keats, ¿te lo puedes imaginar?

Cerré los ojos.

—Lo estás haciendo muy bien. Lo veo todo en 3D.

—Bow descorchó una botella de vino, le ofreció a Eddie un cigarrillo liado con tabaco Balkan Sobranie y le puso sus discos favoritos: creo que era la banda sonora de *Ascensor para el cadalso*. Ya la conoces. Y Dizzy...

—Dizzy Gillespie.

—Y Nina Simone. Eddie estaba impresionado por ese elegante *dandy*, que todavía llevaba un pañuelo de cuello sesentero, botines y melena de *hippie*. Bow le regaló a Eddie un ejemplar de *Dorian Gray*, lo achuchó y le besó. Eddie se mostró sumiso. Ya sabes, había ido allí encantado. Al final, bueno..., se la chupó. No lo había hecho nunca antes. Que Dios me perdone, pero que me dé fuerzas para decirlo...

—Por favor.

—Le obligó a desnudarse y a ofrecer el culo. El tipo facilitó la jugada con margarina. Waldo, tienes la mente más sucia de todas las personas a las que he conocido. No te describiré ningún detalle más de la violación. Aunque no hace falta decir que resultó dolorosa. Pese a sentir arcadas por el olor a semen y tener que hacer una visita a la enfermera, que no dijo nada pero le aplicó yodo, Eddie se mostró encantado de hacer todo lo que Bow le pidió. Regresó al día siguiente. Y al otro. Los encuentros se prolongaron durante mucho tiempo. Bow tenía un baúl con disfraces. A Eddie le gustaba posar para él vestido de Peter Pan.

»Pero Bow prefería a Eddie disfrazado de Liza Minnelli en *Cabaret*. Le proporcionó al chaval zapatos de tacón, una peluca, pestañas postizas y ropa interior. Le pedía que le cantase “Tomorrow Belongs to Me” con su bonita voz. Bow contemplaba a Eddie con tal admiración y deseo que él se sentía más deseado que nunca en toda su vida.

»Bow llevó a Eddie a ver un partido de críquet en el Lord's. Hubo amorosos viajes de estudio a Florencia y Venecia. Por primera vez los otros chicos se fijaban en Eddie. Bow le pasaba a menudo el brazo por encima de los hombros. El Padrino lo protegía. Sin embargo, de vez en cuando Bow invitaba a otros chicos a sus aposentos e incluso a disfrazarse y posar para fotografiarse.

»El pequeño Eddie lloraba. Se sentía celoso. Quería ser amado de forma exclusiva. Atacó a uno de esos chicos en el vestuario con un destornillador. Estaba hipnotizado.

»Empezó a ofrecerse a los chicos mayores. En Londres se acostó con desconocidos, hombres maduros que se le insinuaban en las estaciones de metro y ferrocarril. Había aprendido a descubrir el deseo en los ojos de cualquier extraño. Le ofrecían dinero, alcohol, drogas. Participó en orgías con gente importante vestido con su uniforme escolar...

—¿Por qué?

—Le aterraba pasar desapercibido. ¿Tú no decías que la gente se pasa la vida entera deseando sentirse admirada por sus cualidades ocultas? Pues mira y escucha, Waldo, y aprende una lección. Hay un montón de cosas que no sabes de Eddie.

Nos miramos. Yo pregunto:

—¿Cuánto tiempo duró eso?

—Cuatro años con Bow.

—¿Por qué te lo contó?

—En Cannes teníamos la playa, la luna, todo tipo de atenciones. Con nosotros él se sentía en la cima del mundo. «Aquí es donde siempre he querido estar, con Waldo y contigo, las dos personas a las que más quiero en el mundo», me dijo. Les envió fotos a sus hijos. «Es el mayor privilegio que he tenido en toda mi vida». Pero no lograba disfrutar ni de eso ni de nada, porque desde hacía años no se quitaba ciertos pensamientos de la cabeza. Se derrumbó. Yo ya le había contado lo que me había sucedido a mí. De modo que al final me habló de lo suyo.

—¿Lo sabe alguna mujer más?

—No lo ha mencionado jamás. Pensaba que lo haría aborrecible. La única persona a la que se lo había contado era su mejor amigo, el que tiene varios clubs en Londres. Y después me lo contó a mí.

—Eres alguien especial para él, Zee. ¿Sabes por qué?

—Por favor, Waldo. Te pido que no digas ni pío de todo esto. Anita no debe saberlo. Si no...

—¿Si no?

—Ya lo sabes.

—Zee, no tienes por qué amenazarme —le digo—. Solo dime una cosa, ¿después de lo sucedido volvió a ver a ese hombre?

—Eddie se encontró con Bow en Londres cuando empezaba a trabajar como periodista. Bow no paraba de decirle que él, Eddie, era su mejor

creación, que era listo y encantador, que nunca se había topado con otro chico con su potencial. Era por completo una creación y un producto de Bow...

»Dos años después, Eddie le escribió una carta a Bow, que entonces vivía en Bristol. Se vieron varias veces.

»El pasado empeora de aspecto cuanto más de cerca lo miras. Eddie había empezado a acudir a terapia. Bow le insistió en que le había amado y había creído en él. En cuanto al sexo, había sido una “diversión” o un “tonto”. No una violación.

»Eddie acusó al profesor de ensuciar todo lo que tenía, de humillarlo cuando debería haber cuidado de él. De haberle hecho daño cuando era vulnerable y estaba lejos de sus padres. Eddie dijo que él no había significado “nada” para Bow. Cuando después se entregaba a otros hombres, sentía que no valía nada. Incluso ahora, muchas veces, siente que no vale nada.

»Eddie volvió a Bristol con su amigo. Creo que se llama Gibbo. Habían hablado mucho sobre ese asunto. Gibbo era del parecer de que la venganza era la mejor terapia. Y presionó a ese tipo.

—¿Para que hiciese qué?

—Para que compensase a Eddie.

—¿Quieres decir que le diese dinero?

—Si no Eddie montaría un escándalo. Le echaría encima a la prensa, a la policía, le arruinaría la vida, incluso podría acabar en prisión...

—¿Y ese tío cedió?

—Eddie y Gibbo fueron a su apartamento. Eddie le pidió dinero, Gibbo le amenazó. Es una especie de gangster, con un punto de matón. Y llevaba una porra. Gibbo le arreó y lo humilló...

—A un tipo que es culpable se le puede hacer cualquier cosa.

—Salieron de allí con dinero, un cuadro y un collar de la madre de Bow. Todo valioso. Pero Gibbo dijo que no era suficiente. Y volvieron.

—¿Qué sucedió?

Zee duda unos instantes.

—Bow se desmoronó. Balbuceó sobre su dedicación al voluntariado. No fue agradable. Se golpeó contra la pared. Empezó a sangrar. Quería abrirse la cabeza a golpes. Gibbo pensó que echarle una mano era un acto de caridad.

»Bow salió huyendo. Vieron cómo se largaba. Y lo siguieron hasta el puente colgante de Clifton.

—¿Saltó?

—Vieron el cadáver. Volvieron, cogieron algunas cosas más, borraron las huellas y vendieron lo que se habían llevado. Eddie acudió a su funeral y

después se dirigió a una estación de tren, donde lo encontraron acuchillado, aullando y hecho un asco.

—Eddie mató a Bow.

—Primero ese hombre lo mató a él. Al salir de aquel colegio, Eddie estaba desequilibrado, era incapaz de sacarse de la cabeza esa voz diabólica. Todavía oye los alaridos de Bow mientras caía al vacío. Eddie necesitaba justicia.

—Necesitaba dinero.

—Ambas cosas se convirtieron en una sola.

—No lo son.

—No soporto que te las des de listo, Waldo.

Zee había estado jugando con las cuentas de su collar de jade, retorciendo las manos.

—¿Tú te lo crees?

—Ojalá no te lo hubiera contado. Insisto, Waldo, por favor...

—Un monstruo es alguien a quien han convertido en monstruo.

—Oh, cierra el pico. Disfrutas demasiado con estas cosas. Cállate o te haré callar yo.

—¿No te preocupa tu reputación? Antes te preocupaba, Zee. ¿Qué va a pensar de ti la gente, después de frecuentar a ese tío?

—¿La gente? ¿Qué gente?

La respiración de Zee es superficial y acelerada. El collar de jade se rompe y las cuentas se desparraman por el suelo como si fueran granizo. En lugar de inclinarse para recogerlas por miedo a pisotearlas, agarra un cojín. Se me acerca. Me lo planta en la cara. Y lo aplasta contra mí con sus brazos de nadadora.

Trato de respirar, pataleo, intento golpearla con los puños.

Es como subir por una escalera de espaldas. Hasta que de pronto la presión cesa. Durante un buen rato me siento como si estuviese bajo el agua, ahogándome.

Cuando recupero la conciencia, la veo acuchillada en el suelo, respirando de forma entrecortada y mirándome.

Me pregunto qué le ha pasado por la cabeza y qué tipo de locura es esta.

—¿Por qué me has hecho esto, Waldo? Tú..., con tu actitud irracional. Lo has provocado tú. Incluso le ofreciste dinero a Eddie para que desapareciese...

—¿Lo hice?

—Es repugnante que hayas hecho eso a mis espaldas. Me obligaste a darle dinero.

—Me suplicó que se lo prestara para pagar el alquiler.

—Se ha ido por tu culpa.

—Volverá en cuanto se ponga calenturiento y le entre hambre.

—Dios mío, eres capaz de hacer que una mujer pierda los papeles...

Trata de agarrarme el brazo. Le tiendo la mano. Pretende ofrecerme consuelo. Pero no, está tirando de mí. Me está levantando de la silla. Voy a terminar en el suelo.

—Vamos, viejo..., ¡ven y agárrame si me deseas!

Todo se detiene. Se ha llevado el índice a los labios.

—No..., ¡silencio! Deja de jadear como un perro. —Nos quedamos en silencio—. Hay alguien junto a la puerta.

—Sí, me temo que ya oigo el timbre.

—¡Waldo, silencio! —Esperamos—. Sí, es verdad. Hay alguien ahí. Alguien quiere vernos.

Siete

Eddie ha regresado después de cuatro días. Con un ligero bronceado, según me percato. El tiempo en Brighton puede ser muy variable. Sonríe incómodo y se balancea apoyando su peso alternativamente en uno y otro pie.

Suspira.

—Lo siento, he estado ocupado con los niños.

—¿Por qué no nos has avisado?

—Estábamos a punto de llamar a la policía —le digo.

—¿Por qué? Nunca hagáis eso. Perdí el teléfono. Después lo volví a encontrar. ¡Y vosotros me habéis echado de menos! Me alegro de estar de vuelta en casa.

Necesitan hablar a solas y me aparcen en una esquina de la habitación, donde paso el rato dibujando, jugando con imágenes en mi iPad y escuchando música con los auriculares. Soy como un viejo mono metido en una jaula suspendida en el aire en una esquina, que ni siquiera puede escupir a los invitados.

No tardan en acostarme en la cama. Eddie se va a quedar esta noche. Oigo las pisadas apresuradas de Zee.

Me dirijo a la cámara que he colocado en un ángulo de mi dormitorio, la cámara que grabará mi muerte. Desconecto el audífono y me tomo un par de pastillas. Sin embargo, oigo la voz afligida de Zee en plena noche, gritando en panyabí. Él la tranquiliza y ella no tarda en callarse.

Por la mañana Zee le prepara el desayuno a Eddie antes de que salga para acudir a una reunión con ropa nueva y mis zapatos.

Mientras espera su regreso, Zee coloca flores frescas. A la gente la conoces de verdad cuando la ves disfrutar. Hoy para ella el mundo es una manzana a la que le quiere pegar un mordisco. Hay música, un poco de baile y mucho jaleo en los armarios. Saca su ropa, reorganiza los vestidos, dobla los jerséis, desecha piezas de lencería. Saca sus zapatos «suntuosos» y lleva

algunos a la tienda de ropa de segunda mano. Cambia de sitio algunas fotografías.

Cuando vuelve Eddie, ella le da la bienvenida. Se sientan muy juntos. Yo escucho. Oigo que tienen un plan. Les resulta tan estimulante como una anfetamina.

Zee empieza a hacer las maletas. Lágrimas de éxtasis se deslizan por las paredes de la rutina. Así es como vivirán cuando yo haya muerto.

Mis muy trabajadas habilidades —la mirada, la posición de la cabeza, los suspiros, el silencio— no funcionan. He sido barrido del mapa. No puedo permanecer en mi madriguera como un animal, temeroso de mí mismo.

Me dirijo al dormitorio de Zee con la silla de ruedas y me planto ante ella, recordándole que sigo aquí.

—¿Os vais a París? Zee, por favor, respóndeme.

—En el próximo tren.

—¿Sin mí?

—No hay tiempo para organizar el viaje contigo.

—¿Dónde os vais a alojar?

—En el Ritz.

—Allí es donde celebramos nuestro aniversario.

—Es perfecto.

—¿Cómo os lo vais a pagar?

—Cállate.

—¿Y te vas con él después de lo que hemos comentado sobre su carácter?

—Los celos son algo despreciable. ¿No me has dicho siempre esto? Estamos desarrollando una idea de negocio. ¿No te gusta que sea una mujer independiente? Eddie tiene algunos contactos que invertirán en nuestra idea. Habla un francés perfecto; nunca grita. La gente cree en él. Y oirás hablar de nuestro proyecto.

—¿Cuándo?

—Cuando dejes de mirarme como me estás mirando —dice ella—. Siento escalofríos cuando me clavabas los ojos.

—Miraré hacia otro lado.

—Tenemos prisa. Por favor, apártate antes de que te arrolle. —Permanezco ahí sentado, con la cabeza ardiéndome como un cigarrillo encendido—. Vas a explotar, Waldo. Y te lo estás haciendo todo tú.

Se pone las enormes gafas a lo Greta Garbo antes de calzarse los zapatos de tacón alto.

—¿Qué diría tu madre, Zee?

—Ni se te ocurra ir por ahí, Waldo.

—Deberíamos hablar de esto.

—Ahora no. No intentes retenerme.

Se marcha con Eddie.

—Qué pareja más encantadora —dice la enfermera, que entra cuando ellos salen—. ¿Él es su hijo?

Ni siquiera me río. Aparto la mirada y le pido a la enfermera que se calle y que me ayude a calmar mi dolorido corazón con una tetera de lapsang y una jarra de agua caliente al lado.

No me gusta que me dejen solo mucho tiempo peleándome con mi peligroso ego. Resulto más compasivo cuando Zee —mi amiga, aliada y colega— está aquí para escucharme. Los pensamientos que no se verbalizan pueden convertirse en monstruosos, como heavy metal taladrándote la cabeza. El mundo puede parecer un lugar muy extraño cuando no hay palabras para describirlo. Pero existe la música. Está Muddy Waters. Nada resulta más consolador que un blues. Muddy sabe por lo que estoy pasando. Él las ha visto de todos los colores.

Descubro que Zee ha sacado un buen fajo de billetes de la cuenta que compartimos. Solo yo metía dinero en ella: ganancias de mis derechos de autor y a veces de conferencias, apariciones públicas o clases en la escuela de cine. No solo me han abandonado, estoy pagándoles la estancia en el Ritz a ese par de tortolitos, y lo único que puedo esperar de Zee es que me traiga un cenicero.

Yo era un anciano sereno que caminaba por el nirvana del altiplano del olvido. Ahora me despierto deseando amor, echando humo, visualizando la boca de Zee acercándose a la polla de Eddie, una y otra vez. Me he convertido en un padre contrariado en lugar de ser un amante o un amigo. No soporto que Zee no esté pensando en mí.

Necesito hablar. Necesito consejo. Necesito a la caballería.

Telefoneo a Anita. Anita es mi otra chica.

Anita adora los secretos y los chismes. Ella sabrá cómo actuar. Me dará buenas ideas. Cuando oiga todo esto, se pondrá como una moto.

Ocho

Anita no es una mujer a la que un hombre pueda mirar mucho tiempo sin desear meterle el pene en la boca. Devoro con los ojos su cabello, sus pómulos, sus delicadas manos. Cierro los ojos y disfruto de su voz mientras me lee.

Hace meses que Anita Bassett me viene a ver al menos una vez cada quince días. Empezó leyéndome textos clásicos. Como es una estrella del cine y el teatro, su voz es una caricia divina.

Anita ha actuado en tres de mis películas. Logré dar con el mejor modo de filmarla, haciéndola aparecer ingeniosa, pícara, fascinante. Anita ocupa ella sola toda la pantalla: sabe cómo meterse al público en el bolsillo. Como director, lo único que tenía que hacer era colocar la cámara y sentarte. Dicen que sus mejores actuaciones son las de mis películas.

Hace trabajo de voluntariado con niños; les lee, les da de comer y aparece en programas de televisión; pasa las vacaciones en su casita cerca de Amalfi, en la cima de un acantilado, aprendiendo italiano. Cuando está en Londres viene a verme con un gran ramo de mis flores favoritas: cardos.

Hay gente que paga por oírla hablar. A mí nada me hace caer dormido más rápido, de modo que llegamos a un nuevo acuerdo. Me trae marihuana. Y cuando se sienta en mi sofá, con el cabello recogido en una coleta, con las deliciosas rodillas dobladas, me lee mis novelas policíacas favoritas, las que me gustaban de niño. Como lector, ya estoy harto de la literatura. Lo único que pido es diversión.

Su amabilidad me hace olvidar un rato mi rabia. Logro sosegar me hasta que mis ojos se posan en las cosas de Eddie, que ha dejado amontonadas detrás del borde del otro sofá, en el extremo opuesto de la sala.

La voz de Anita se ha detenido. Me observa.

—¿Sucede algo, Waldo? ¿Te aburro? ¿Quieres que te cante una canción? ¿Quieres que menee el culo para ti?

—Eres la única persona que me queda. Confío en ti por completo.

Anita baja el libro.

—¿Y Zee?

—Esto le concierne a ella. ¿Me dirás la verdad sin callarte nada? ¿Qué tipo de persona es Eddie, ese amigo mío que me visita a todas horas? Tengo dudas sobre mi capacidad de juicio equitativo. La realidad puede resultar inestable. Ahora ha empezado a curvarse y retorcerse...

—¿En serio?

—Eddie Warburten, un *flâneur* educado en un colegio privado, una especie de gigoló. Hace poco se ha instalado aquí, con nosotros. Le hace el amor a Zee...

—¿Aquí?

—En el apartamento. En el dormitorio de ella. Si les da un calentón, incluso en la sala de estar.

—¿Y tú lo permites? Waldo..., ¿en serio? Pero si tú eres..., si puedes ser alguien muy... bestia.

—Gracias.

—¿Qué está sucediendo?

—Zee se ha dejado seducir por él. Siempre ha sido muy dada a fantasear. Es relativamente joven. Y él le ofrece esperanza y una polla. Zee se pondrá hecha una furia si los separo. Insiste en que él viaje con nosotros. A mí me dejan aparcado mientras ellos recorren los lugares de interés abrazados. Es como si Zee hubiese soltado una rata enorme en mi propia casa.

Lejos de la simpatía e indignación que esperaba despertar en ella, Anita me mira con un extraño escepticismo.

—Waldo, te estás comportando como un idiota. Zee te adora desde el momento en que os conocisteis. No eres una persona fácil, créeme. Amigo mío, piénsatelo bien antes de acusarla.

—¿Soy un viejo confundido?

—Tu mente parece un estruendoso túnel de viento. Querido, tú mismo me lo has dicho. Bebamos algo y olvidémonos de todo esto. ¿Tinto o blanco?

—Una vez Eddie y yo estábamos sentados con una anciana —le cuento—. La mujer tal vez fuese octogenaria. Él le tomó la mano y se puso a acariciársela con ambas manos mientras la miraba a los ojos. Se la ganó para siempre. Fue emocionante y efectivo. Después les cuenta a esas mujeres que sufrió abusos sexuales. Eso es un afrodisíaco, nena. Las vuelve tan locas que le entregan todo su dinero. Es lo que ha hecho con Zee.

—¿Tienes alguna prueba, Waldo? —Vuelvo a mirarla—. Piensa en la cantidad de medicinas que te tomas y en los efectos que tienen.

Le cuento la historia. Me concede el crédito suficiente como para escucharme con atención.

—Pero, Waldo, no tienes ninguna prueba clara.

Me empiezo a desquiciar.

—Te lo he explicado todo. ¿Me estás diciendo que yo resulto ridículo y él es un santo?

—Necesitamos algo más para ir hacia delante.

—¿No te crees la cruda verdad?

—No te tortures, Waldo. Sería horrible lanzar este tipo de acusaciones sobre Zee. Por otro lado, ¿no necesita cualquier mujer un poco de placer? —Me planta un beso y se dispone a marcharse—. No te comportes como un amargado. —Ya en la puerta, se detiene y se vuelve—. Puedo hacer una cosa. Puedo hacer que investiguen a Eddie. No llevará mucho tiempo.

—¿Cómo?

—Pondré a mi ayudante a husmear. Le pediré que redacte un informe. Y después ya decidiremos si le lanzamos una fetua a este tío. Después de todo, un santo no es más que alguien a quien no se ha investigado lo suficiente.

—Una cosa más. ¿Me podrás hacer un favor?

—Pídeme lo que quieras.

—Por favor, trae aquí eso. Esas cosas de allí. —Le señalo las pertenencias de Eddie.

—¿Estás seguro?

—Has dicho «lo que quieras».

—Soy demasiado buena.

—Entonces, acércamelas.

—Ya me encargo yo, Waldo.

Coge las bolsas de viaje, las vuelca y tira lo que contienen al suelo. Yo asiento. Va seleccionando los objetos y me los muestra.

Hay ropa sucia, zapatos y artículos de aseo personal. Memorias USB y cables. Condones y un anillo para el pene. Un tubo de lubricante. Un vibrador. Dos móviles, una cámara, dos relojes caros. Unos gemelos caros. El manuscrito de una novela. Bragas, una cajetilla de cerillas de un restaurante sofisticado y tres cartas encabezadas por un «Querido papá» de «F» —su hija Francesca, supongo— que no me resisto a leer.

—Sigue buscando. Fisga a fondo.

—Qué asco.

—Mete la mano en las bolsas de viaje, por favor. Ya te pagaré una manicura.

En el bolsillo interior de una de las bolsas encuentra un diario que es un caótico amasijo de hojas sueltas agrupadas con una goma.

—Ábrelo, por favor.

Al hacerlo caen tarjetas de visita, recortes de prensa y fotografías de niños. Un fajo de billetes de veinte que debe sumar unas trescientas libras. Y algo que leo enseguida: dos artículos de periódicos locales sobre el suicido de Bow.

Anita está mirando una foto. Se protege los ojos del exceso de luz y dice:

—Waldo, me pregunto si es..., bueno..., alguien que conoces.

Estiro el brazo para cogerla. Ella no la suelta. Después me la tiende: es un *selfie* impreso. Una mujer mayor de rodillas, con medias y zapatos de tacón alto, con sendos dildos en el culo y en el coño.

—Lo siento, Waldo. Estos zapatos...

—Últimamente se pasa horas en su habitación, con la puerta cerrada.

—Esto es muy violento —dice Anita. Y añade—: Hay más. ¿Puedes soportar verlas?

Las fotografías con el móvil. Cuando se trata de sexo, no existe la justicia. Ahora todos somos pornógrafos.

—Se ha vuelto loca —digo—. Por favor, ¿puedes leerme el diario?

—Me siento incómoda. Esto se está volviendo repugnante.

Me lee el diario de Eddie. No es precisamente Samuel Pepys. Citas, paseos, esbozos de perfiles, ideas para artículos y documentales, anotaciones para mi obituario en las que se muestra elogioso, pero olvida dos de mis mejores películas. No tardo en pillar a qué juega. Nada incriminatorio sobre Zee.

Anita respeta mi silencio durante un rato. Una buena amiga puede hacerlo. Ella podría estar en lo cierto: la locura puede arrasar todo lo bueno en un instante.

Se me ocurre una idea.

—¿Puedo pedirte otro favor? Fotografía estas páginas para que pueda leerlas y releerlas con tranquilidad.

Me dirige una mueca de desaprobación. Pero saca el móvil y lo hace. Me manda el material por *email* para que yo lo pueda leer después en mi iPad mientras simulo estar muerto.

Oigo la puerta de abajo cerrarse de un portazo. El ascensor rechina.

—Anita, son ellos.

Tengo el diario en el regazo. Presa del pánico, lo tiro. Las cosas de Eddie están desparramadas por el suelo. Anita, moviéndose con rapidez, lo recoge

todo y lo mete en las bolsas lo mejor que puede. Después corre al lavabo para lavarse las manos.

Una de las fotografías sigue en el suelo boca abajo. Me acerco con la silla, pero por mucho que estire el brazo no logro cogerla. Intento lanzarla debajo del sofá de una patada y casi me caigo de la silla. Se me ocurre esconderla tirando un cojín encima, pero ya no hay tiempo.

Eddie y Zee entran.

—Hola —les saludo—. ¿Qué tal por París? Tengo una visita. Adivinad quién es. Sal y di hola. Tomemos un té. Descorchemos una botella de champán. Pidamos una tarta.

Nueve

—¿Ves lo que hago por ti, Eddie? —digo.

De pronto Eddie abre los brazos, se muestra entusiasmado al ver a Anita avanzando hacia él. Los ojos le centellean.

—Eres mi Marilyn.

—Dubi dubi du.

Anita besa a Eddie y a Zee. Empieza a maniobrar ante Eddie, envolviéndolo con sus palabras. Yo les saco fotografías juntos.

—Quiero saberlo todo —le dice Anita—. Cuéntamelo todo sobre ti. —Es un tema que a él le encanta. Anita añade—: Tengo que irme enseguida a un ensayo, pero vamos, adelante.

Le tiende la mano y lo invita a acompañarla a la cocina para servirse un brandy.

Él la sigue apresurado y casi tropieza.

—No tardaremos. —Se detiene, recoge del suelo la fotografía y la mira—. Es una foto de mi hija Francesca. —Nos escruta—. ¿Qué hacía en el suelo?

—Se te debe de haber caído.

—Seguro que no.

Eddie vuelve a mirarnos, guarda la foto con el resto de sus cosas y Anita cierra la puerta.

Se hace el silencio. Zee y yo hemos sido excluidos. Pero estamos juntos. Se acucilla a mi lado por primera vez desde hace semanas. La miro mientras se lía un cigarrillo, coloca el filtro, lame el papel, lo enciende y se lo fuma.

—¿De qué crees que estarán hablando? ¿Por qué ella le ha hablado de este modo?

—Seguro que Eddie le está recitando la lista completa de la gente famosa a la que ha conocido. Lleva más de veinticinco años viéndola actuar en el teatro. *La duquesa de Malfi* interpretada por Anita vestida de cuero y pieles le ayudó a convertirse en el hombre que es.

—Por el amor de Dios, Waldo, ella no va a querer escuchar eso. Estas actrices de cine reciben piropos a todas horas.

—Tal vez Anita vea en él lo que tú ves.

—¿El qué?

—La gente aburrida siempre acaba siendo popular —sentencio—. Nunca hacen nada inesperado. Pero él posee cierto ímpetu. Cierta entusiasmo. Pasión. ¿Qué más? Déjame pensar. Es un gran tema.

Zee se sirve una generosa copa de vino.

—No seas ridículo. ¿Cómo es que Anita aparece por aquí cada vez que yo me marcho?

—Bueno, ya sabes que no me gusta estar solo. Su belleza me levanta el ánimo.

—Pero ¿qué hacen los dos ahí metidos? —insiste Zee.

—Se lo podemos preguntar después a Eddie. Si se queda aquí. ¿Esta noche podemos estar a solas, querida, o él va a pasar la velada con nosotros?

—La va a pasar.

—¿Qué tal en París? ¿Fuisteis a la avenue Montaigne, los jóvenes fueron agradables? ¿Ha sido productivo?

—Ya te lo contaré en otro momento.

—¿Me pones una copa?

—Claro.

—¿Hay aceitunas?

—Compré el otro día.

—¿Mis favoritas?

—Tus favoritas.

—No te has olvidado de mí.

—Es imposible hacerlo, Waldo.

—Dame un beso.

Me abofetea.

—Ay. ¿Por qué lo has hecho? Me has partido el labio. Vas a tener que besarme para compensarme, querida.

—Te lo tienes merecido. Te serviré una copa de vino. Enseguida dejará de dolerte.

Ser golpeado. Ser amado. ¿Cuál es la diferencia? Sonrío y la contemplo. Me encanta mirarla, cómo se mueve y hace cosas.

—Anita no va a seducirlo, Zee. Esta chica tiene clase.

—Ha tonteado con muchos hombres, pero ninguno parece haberla convencido. ¿Por qué?

Me encojo de hombros y respondo:

—Pone el listón muy alto.

—Pero sigue teniendo «eso».

—¿El qué, Zee? ¿Encanto?

—Capacidad de seducción y un punto de masoquismo.

—Tú también sigues teniéndolo, Zee. Aunque lo estás perdiendo.

—¿Cómo?

—Últimamente vas acelerada. El encanto requiere parsimonia. Se toma su tiempo. Implica languidez y seguridad en uno mismo. Lo tienen artistas y deportistas como Zidane, Miles Davis, Garbo, y la gente que más me gusta. Ellos poseen este don. La lentitud. La infinitud.

Me deja la copa al lado y lía otro cigarrillo. Se contempla en el espejo, girando la cabeza de un lado a otro.

—Mira, este horrible espejo me detesta. ¿Por qué hemos de tener espejos por todas partes?

»La traes aquí y ni siquiera me adviertes de que viene. Una de las mujeres más bellas del mundo. Enseguida se ve si una mujer está en forma por la piel.

»¿Te has fijado en que nunca lleva zapatos baratos, ni siquiera con tejanos? Jamás sale sin ese bolso de Prada. El otro día, en la exposición, no llevaba sujetador. ¿Quién se atrevería a ir así a su edad? Está siempre impecable. Me deja la moral por los suelos. Tú tenías razón...

—¿Sobre qué?

Zee levanta la cara.

—Sabes que lo único que importa es el mito. Cómo ven las cosas los demás. Mírame a mí. Soy menuda. Y soy india. La nariz me brilla. ¿Cómo has podido tratarme así?

—Anita es mi audiolibro. Eso es todo. Ya sabes que tú me excitas...

—Tócame el cabello reseco.

—Deja que te lo unte con aceite de coco.

—Mira lo pálidas que tengo las manos. He de quitarme estas varices de las piernas. Tengo artritis en las rodillas. Cuando el otro día fuimos a la cena de los Bafta, me sentí la mujer más mayor de la fiesta. Ni una sola persona me miró. ¿Antes no encandilaba a los hombres?

—Sobre todo a mí.

—Me perseguían, pero yo no les hacía caso. Era una mojigata, pero entonces a eso lo llamaba feminismo.

—Que la gente se mantenga siempre guapa solo pasa en las películas —sentencio.

—¿Todas las mujeres comparten mi angustia? —se pregunta Zee—. ¿Acabar convirtiéndome en mi madre?

—No la calumnies, Zee. Tu Bibi era una mujer fascinante que podía mirarse a sí misma sin ningún miedo. La recuerdo rezando. Verla me conmovió, Zee. En una ocasión me permitió unirme a ella. Se empeñó en que me convirtiese. Me dijo que en Occidente todo era un desastre. Y que tú deberías haber regresado a Pakistán.

—¿Eso pretendía? Es absurdo.

—Hemos dejado que nuestra relación perdiese su naturalidad y su valor. Nos hemos convertido en esclavos...

—¿De qué?

—De las pasiones fugaces. De las fantasías sexuales. Del dinero. Para ella Londres era demasiado acelerada. Decía que aquí podías envejecer en un día.

Zee guarda silencio. Se pasea arriba y abajo.

—¿Cómo podías escuchar todo eso? Debo admitir que tenías mucha paciencia. Eras amable con las niñas y eras amable con ella. Mamá ya era vieja a los cuarenta, y demasiado devota —asegura—. Me ayudaste a desvincularme de ella. Imagínate que mañana descubriese que padezco cáncer. Todo cambiaría en un instante. Quiero operarme la nariz. ¿Me lo pagarás?

—Si me lo pides como debe ser. —Doy un sorbo al whisky—. Estaba pensando en aprovechar para ponerme yo un pene nuevo.

Se sienta y se sostiene la cabeza con ambas manos.

—Anita no tiene novio, ¿verdad que no? ¿No me dijiste tú que nunca había encontrado al amor de su vida?

—Rompió con uno de mis escritorzuelos. Un cabronazo al que le exprimí el talento. Según ella ningún hombre se atreve a pedirle una cita, excepto los jovencitos.

—Ya sé lo que les dices a las mujeres, Waldo. Les dices que son demasiado inteligentes para la mayoría de los hombres.

—Es aguda, es pícara. Es carnal. Lamenta muchas cosas..., no haber formado una familia. Lo que busca en los hombres es recibir un castigo.

Zee se pasea por la habitación.

—Corre peligro. Tú eres taimado: la has traído aquí a propósito. ¿No le hablas de mí? ¿Qué le cuentas?

—Le digo que me haces infeliz.

—¿Eso le dices? ¿Tiene ella idea de lo que significa cuidar de alguien día y noche durante años? Déjale intentarlo. ¿Tiene un marido que moja la cama? Sé cómo funciona tu cabeza, por eso tengo que abofetearte. ¿Por qué tardan tanto?

—Porque él le está contando su vida. Que era un productor famoso. Que lo perdió todo por culpa de otro. Que va a volver por la puerta grande. Que va a invertir en la próxima película que rueda ella. Que...

Zee se tapa las orejas.

—¡Cállate!

Cuando Anita se marcha, Zee se lleva a Eddie a su dormitorio. Oigo la conversación; se pelean. De pronto bajan la voz. Ella se la mama. Él no es un tío que malgaste una erección. A su edad no lo puedes hacer, eso lo tengo clarísimo. Su semen es mejor que el champán burbujeante.

Salen de la habitación para limpiarse el paladar con un buen Chablis. Trato de cruzar la mirada con Eddie, pero él me evita.

Por la noche Zee está ansiosa. Quiere hablar conmigo. La idea del negocio no es mala. Lo pondrán en marcha juntos. Lo llama «su bebé». Eddie le inspira. Ella quiere más.

Nuestro destino es sentirnos siempre privados de algo. El mundo que yo le ofrezco es demasiado pequeño. Y ella tiene ganas de empezar algo nuevo. ¿No conozco yo ese estado de ánimo? ¿Qué puedo yo, un anciano, ofrecerle en estos momentos a una mujer?

Me fijo en que ha reaparecido con el cabello suelto, la falda ceñida y un perfume nuevo. Lleva una pulsera en el tobillo y una chaqueta de cuero. Me gustaría verla desnuda, solo con la chaqueta de cuero y tal vez unos tacones de aguja. Por supuesto con los labios pintados. No es el mejor momento para proponerle una pose como la que estoy imaginando.

Estoy echado en la cama, mirando los *selfies* que mi mujer le mandó a su amante. Después le envió un mensaje a Anita: «¿Alguna novedad?». E insisto: «No me entero de nada. ¿Qué está sucediendo?».

No hay respuesta.

Diez

Al día siguiente Anita no contesta. Ni al siguiente. Pasan cuatro días. Estoy preocupado. Le mando un mensaje de texto. No recibo respuesta. ¿Se ha marchado de la ciudad? ¿Está ocupadísima?

La situación hace mella en mi confianza, pero no la pierdo del todo. Con el iPad en el regazo estudio las fotos del diario de Eddie. Me impacta lo poco que gana y lo mucho que acude al médico. Cuando hace el amor marca el día con una muesca. Me gusta la gente organizada. Si tuviera un futuro por delante, yo también actuaría así.

Miro. Hace años que no me veo los pies. Contemplo mi reflejo en el espejo. Le pedí a la asistenta que lo moviese. Si lo gira un poco de modo que los dos espejos queden confrontados, puedo permanecer echado en la cama y ver el escenario de mi teatro —la sala de estar— incluso mientras grabo. Hay muchas películas en las que aparecen *voyeurs* y yo soy perfecto para el papel, poseo la paciencia de James Stewart. Me viene ahora a la cabeza que muchas otras películas incorporan a nuestro otro vecino, el asesino en serie.

A la mañana siguiente, mientras Zee utiliza la cinta de correr, me percato al recorrer la casa con la silla de ruedas de nuevas alteraciones. Eddie se está adueñando de mi despacho. Ha colocado mis archivadores y el premio que gané en Sundance en un estante del pasillo, detrás de los abrigos. Ha guardado mis cuadernos de notas y los *storyboards* en cajas. Y ha desplazado mis cuadernos de esbozos y el grabado de Peter Blake.

Una vez completada la reorganización, se sienta y se pone a trabajar con su móvil y ordenador, con sus DVD y libros cerca, agitando con entusiasmo su cola de rata.

Cada vez toman menos precauciones. Los últimos días he dejado mi iPad en el aparador, con la cámara encendida. Ellos ni se percatan de que está ahí y entran y salen de cuadro, hablando mientras yo doy una cabezada.

Después, tumbado en la cama, reviso el material grabado.

Oigo la voz de Zee:

—Waldo ya nunca entra aquí... Nunca usa estas cosas... No volverá a hacerlo... Pero lo mantiene todo en su sitio... Es como vivir en un museo... Está demasiado borracho para darse cuenta... ¿Te has fijado en cómo monopoliza el vodka? Tenemos que hacerlo... ¿Para qué necesita tanto espacio? Ya apenas se acuerda de las películas que ha rodado. No estoy segura de cómo anda de fuerzas en estos momentos...

—Es verdad que el pobre está en baja forma. Si fuera un perro, ya lo habrían sacrificado. El otro día me dijo: «Quizá necesite un billete solo de ida a Suiza...».

—Hazme caso, Eddie, querido. Si ya apenas puede respirar.

Llega el profesor de yoga. Zee y Eddie meditan juntos, practicando la «respiración con el estómago». El vacío no se consigue sin esfuerzo. Si ver a Eddie hacer el «perro hacia abajo» es ya un placer excelso, resulta un extra impagable oírles hablar de la naturaleza de la felicidad cósmica. Esta por lo visto se encuentra más en el instante que en el materialismo. Zee informa a Eddie de que usa demasiado la parte izquierda del cerebro. Hay una parte de él paralizada por algún trauma. Zee quiere que el profesor le ayude con eso. Juntos pueden devolver a la vida esa parte de él. Resultará beneficioso para todos, le acelerará la pérdida de grasa, le incrementará la fortaleza mental y le ayudará a pensar con más claridad.

Cuando Zee no está enfrascada en su búsqueda de la vacuidad, se sienta al lado de Eddie en el sofá con su nuevo ordenador. También le ha comprado a Eddie un MacBook Pro nuevo. Traen de Harrod's salmón, vodka, pastelitos salados, filetes, vino y champán. Montan un picnic con mantas de damasco en la sala. No nos privamos de nada. Por la tarde tienen sesión de masaje. Eddie le dice a Zee que nunca había estado tan relajado. Ninguna mujer ha hecho tanto por él.

Mis noches están vacías. No puedo ni masturbarme.

Eddie la lleva al teatro y a la ópera. Les dejan pasar entre bastidores y él le presenta a los actores en sus camerinos. Cenar después de la función con un buen vino. Él conoce los mejores restaurantes y hace las reservas con la tarjeta de crédito de Zee.

Gastar dinero no representa ningún esfuerzo para él. Van al V&A a comer. Después de tiendas por South Kensington. El apartamento se llena de cortinas, alfombras, cojines, ropa de cama. Zee ha empezado a comprar grabados. Son caros: varios miles de libras cada uno. No da crédito a que hayamos vivido con tanta austeridad cuando otros son tan ostentosos. Y Eddie es uno de los hombres más estupendos que el dinero puede comprar.

Mientras Zee se cambia, habla con él, que espera en la sala de estar. Oculto tras las cortinas carmesí, yo permanezco inmóvil en la terraza, observando a los vecinos.

Cuando Zee se excita, alza la voz. Si conecto el audífono y me echo hacia atrás, logro escuchar la conversación.

—Ha sido duro, Eddie, cariño. Sírreme una copa de vino blanco, por favor. Hasta hace poco apenas he salido ya sabes por culpa de quién, y ya sabes lo charlatana que soy.

—Tienes amigas. Siempre almuerzas con gente agradable con la que puedes chismorrear.

—Viejas aburridas con sus cánceres, que no paran de hablar de enfermedades, funerales y testamentos, y ninguna de ellas mantiene todos los órganos originales. Siempre hay alguien muriéndose y ninguna de ellas me entusiasma. Hasta que apareciste tú, Eddie, mi vida estaba vacía.

—Yo estaba convencido de que serías demasiado esnob para interesarte por mí.

—¿Por qué? Waldo lleva diez años enfermo. Hubo una época, cuando se rompió el brazo en una caída, en que le cocinaba, le cortaba la comida y se la daba antes de acostarlo.

»Nunca le ha gustado estar solo. Se deprime, se pone triste y se vuelve cruel. Es un perverso, lo normal le aburre. Yo me negué a orinarle encima, pero entonces me pidió que le escupiese. Eso me gustó.

—Lo entiendo. Yo lo hago siempre que puedo.

—Waldo me enseñó a dejar atrás los prejuicios. Me decía: «En lo que se refiere al sexo, asegúrate de hacer siempre algo nuevo». Soy incapaz de satisfacer su lujuria. No puedes amar a alguien toda la vida, ¿verdad que no? ¿Tú lo has hecho?

—No.

—Antes de conocerte, siempre soñaba con lo mismo —continúa Zee—, que alguien me cogía la mano. Una noche te vi mirándome las manos. Te acercaste y me las tomaste. Fue bonito, pero me quedó la duda de si te habrían parecido demasiado pálidas y con las venas muy marcadas. Yo ya era demasiado mayor para el amor. Eso ya ha pasado.

—Pero me mandaste un mensaje.

—¡Lo hice! Tuve que armarme del coraje de Boudica. Me sentía avergonzada y nerviosa. Sentí el impulso de tirar el teléfono.

—Lo siento, Zee, pero nunca te vi de ese modo. Me pareciste muy lanzada con respecto a los hombres. ¿Qué fue lo que dijiste? Que si te

deseaba, podías ser mía.

—Nunca había besado a un hombre hasta que Waldo me besó. Titubeé durante días. Cambié de opinión una y otra vez. Temía que me rechazases. Estaba muy nerviosa. Me sentí tan aliviada cuando me enviaste esa foto de tus labios haciendo el gesto de un beso que rompí a llorar.

»Y ahora sé sincero conmigo, Eddie. ¿Alguna vez le has sido fiel a una mujer?

Se produce un silencio.

—Hasta ahora no.

—¿Por qué no? ¿La infidelidad es una convicción o un instinto?

—El sexo es la única actividad que me permite evitar la ansiedad y olvidarme de mí mismo. Durante un rato encuentro el sosiego y no tengo la cabeza llena de odio y estruendo. Todo se equilibra. —Y añade—: Cariño, ¿qué quieres?

—Yo quería vivir en Estados Unidos. Se lo supliqué a Waldo, para poder estar cerca de las chicas y de nuestra nieta. Pero él se empeñó en que ellas no querían tenernos cerca de forma permanente. Sus maridos se hubieran sublevado. Aquí todo se hizo rutinario, soporífero. Morirse cuesta lo suyo y lleva mucho tiempo.

—Me dijiste que él es fascinante.

—Antes era un remolino. Pero a los cincuenta me convertí en su cuidadora. Quería que él disfrutase de una última década maravillosa. Pero quedé atrapada. Sentada al lado de ese pene en silla de ruedas...

—Por favor...

—... mirando por la ventana. Empecé a temblar. Como si sufriese espasmos. Mi psicólogo dijo que era claustrofobia. Y también empecé a engordar...

»Mis amigas decían que tenía suerte de haber podido largarme de la India. Pakistán, de donde era el marido que me habían buscado, hubiera sido todavía peor. Waldo me sacó de allí. Fue todo un detalle por su parte. Me salvó. Tengo que amarlo por ese gesto.

—¿Y lo amas?

—Le estoy agradecida. Aquí lo tengo todo. Cómo voy a quejarme... Oh, Eddie, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Sí, sí.

—Waldo se negaba a que yo trabajase. Me quería a su lado. Repasábamos juntos sus guiones, el vestuario, el montaje, la música. Me pedía mi opinión sobre todo e incluso asentía y me miraba pensativo, y cambiaba cosas si yo se

lo sugería. Ahora nunca me muestra sus fotografías o las pequeñas películas que rueda.

—¿Y a ti te gustaría verlas?

—Claro que sí. Y además él prefiere que sea Anita quien le lea. ¿Te parezco aburrida, Eddie?

—En absoluto.

Zee le besa.

—Espero que ya estés menos agobiado y más tranquilo desde que nos hemos dado los masajes y hemos saldado la deuda con ese cabrón de casero. No doy crédito a que empujase contra la pared a alguien tan encantador como tú y te amenazase en ese sórdido pasillo. Déjame besarte otra vez.

Me mantengo atento durante la pausa.

—Estaba desesperado —dice él—, pero ya he zanjado mis deudas. Admití mis culpas. Falsifiqué un papel y le causé un problema.

—Eso ya forma parte del pasado. Conmigo a tu lado, no tendrás que volver a hacer nada semejante. ¿Cuánto tiempo tuviste que vivir allí?

—Tres, no, cuatro años.

—A mí no se habría atrevido a tocarme. Le habría pegado una patada en los huevos. Y todo eso por unos pocos miles de libras.

—¿Sabes que tengo otras deudas?

—¿No te prometí que lo solucionaríamos todo a su debido tiempo? —Se ríe—. ¿Vas a dejar a las otras mujeres por mí? ¿A tus «damas de compañía»?

—Cariño, en estos momentos no tengo ninguna.

—Te sorprenderá, Eddie, pero puedo ser muy fiera. Un día te contaré la historia de mi familia. Sostenme en tus fuertes brazos, cariño.

Sigo ahí sentado, helado, tratando de recordar dónde estoy hasta que acaban con sus abrazos y caricias, y vienen a buscarme.

En ese momento veo un mensaje de texto de Anita.

Once

Me he resfriado y estoy envuelto en varias mantas como si fuese un sofá roto. Pero por fin ha vuelto Anita.

Me trae noticias del fabuloso fabulador. Tenemos que hablar. Va directa al grano. Ha organizado un picnic. Un chófer nos llevará a la Serpentine, que de joven era uno de mis lugares favoritos para haraganear y hacer el tonto.

Hace un día estupendo y el parque está lleno de gente. El estanque resplandece. Me encanta ver a la gente en bicicleta, en monopatín o tumbada al sol. Así es Londres: tranquila, amante del relax. Me gusta que Anita empuje mi silla. La visión del agua me tranquiliza. Anita viste unos tejanos recortados con sandalias doradas, camiseta blanca, unas enormes gafas de sol y un sombrero. Aun así la reconocen y ella nunca olvida sonreír con simpatía mientras mantiene la cabeza gacha.

Espero que podamos dar un último paseo por el estanque con uno de los patines.

Anita encuentra un lugar sombreado y nos sentamos para comer sándwiches de salmón ahumado y beber champán.

—Disculpa que haya tardado tanto. —Se la ve seria y concentrada—. Es que he descubierto un montón de cosas, me he quedado sorprendida.

—¿Ahora me crees?

—Mis chicos y sus esclavos han estado muy ocupados. Trabajando a tope, Waldo. He esperado hasta ver qué averiguábamos. Si era cierto lo que me decías.

Me vuelvo hacia ella todo lo que puedo. Echo un vistazo a su cara. La verdad no es profunda. Ni siquiera está oculta. Simplemente es insoportable. «Hay que temerlo todo de las mujeres», nos advierte Stendhal. Hace mucho que sé que Eddie era capaz de tomarse libertades. Forma parte de su naturaleza, un perro tiene que mear contra los árboles.

—Anita, lánzame al agua. Observa cómo me hundo y mantenme la cabeza hundida si pataleo. No quiero oír nada más. Amo a Zee. No puedo evitarlo. Es

un poco ingenua y no sé si voy a poder protegerla de este hombre. Ni si ella quiere que lo haga.

Le explico que, según la información que he sacado del diario, hay en estos momentos al menos dos mujeres, junto con varias más del pasado, que todavía muestran interés por él. He encontrado el nombre de diez mujeres en su lista de «mantengo contacto». El amor es un trabajo agotador. Eddie es generoso con su tiempo. Les da a esas mujeres mucho de sí mismo. No me extraña que nunca terminase, o siquiera empezase, su historia «definitiva» del cine inglés de la posguerra, que no es algo que alguien pueda dejar listo en un fin de semana.

Le comento todo esto a Anita. Ella asiente, impresionada. Llega su turno. Por su lado, según me explica, su gente ha trabajado mucho y de manera meticulosa, y trae consigo un portapapeles. El informe es de varias páginas. E incorpora fotografías.

Empieza:

—Lo que dices confirma el resultado de nuestras investigaciones. La más significativa es una viuda llamada Patricia Howard. Se ha sometido a una mastectomía y lleva cinco años sola. Le gusta sentirse amada. Es ardiente y rica, pero tiene tres hijos ya adultos que sospechan de Eddie y protegen a su madre.

»Él, como sabes, es persistente. Sigue poniendo todo su empeño, habla con ella todos los días y por ella es capaz de tragarse una ópera de Wagner entera. Incluso le lee novelas y le ofrece consejos.

—Eso sí que es compromiso.

—Desde luego que sí. Eddie confía en que ella le prestará dinero para poder financiar una película dirigida por él. Se ha acostado con ella, pero no puede dar pasos hacia una relación más estable. Y no estoy segura de que se atreva a hacerlo en algún momento, porque teme a los hijos.

—Continúa.

—Hay otra, Sarah Adler, de veintiocho años. Es artista, está como una cabra y es el polvo favorito de Eddie.

Cojo el portapapeles y echo un vistazo a una foto de la chica sacada de Facebook.

—En esta están juntos en la inauguración de una exposición de ella.

—Cuando él nos dijo que había estado en Brighton —apostillo.

—La chica tiene un cuerpazo, con unos pechos preciosos que le gusta que le pellizquen. Lleva una cadena preciosa que le cuelga entre las tetas. Cuando ella habla él la escucha, lo cual es poco habitual en los hombres. Ella es muy

dependiente y una vez al mes amenaza con suicidarse. Se la chupa mejor de lo que se lo ha hecho nadie jamás.

—Espero que mi mujer no llegue a oír esto.

—Sarah es la mujer con la que Eddie desapareció. Le prometió ayudarla con la exposición y ella le tomó la palabra. Pero ese día por lo visto estaba nervioso. Caminaba arrastrando los pies y emitía sonidos guturales, lo cual inquietó a los dueños de la galería...

»Hemos localizado a otra mujer que también tuvo un percance con él. Le había hecho un préstamo por una cantidad considerable para que él pudiese empezar a preparar un documental sobre ti.

—Creo que un documental sobre Eddie sería más interesante.

—La mujer llegó a plantarse ante tu casa. Quería que Eddie le devolviese el dinero. Como no lo consiguió, le faltó tiempo para proporcionarnos información confidencial. Espera a oírlo. Si quieres saber más acerca de sus virtudes...

—Soy todo oídos.

—Eddie es conocido por ser un maestro del arte del cunnilingus. Es el Jacques Cousteau de la inmersión en coños. Puede mantenerse ahí abajo durante horas sin respirar. Parece ser que le contagió ladillas a esa mujer.

—¿Cuál es su técnica con las mujeres?

—Trafica con el futuro. Y con las esperanzas. Las halaga diciéndoles lo guapas e inteligentes que son. Les promete que vivirán juntos en Nueva York o Río. Que pondrán en marcha un negocio. Que comerán comida deliciosa, mantendrán conversaciones deliciosas y harán deliciosamente el amor durante el resto de sus vidas.

—¿La gente se deja engañar con tanta facilidad?

—La gente huye de la verdad como del Ébola. No hace falta que te lo explique.

—Sí, y como en todas las películas protagonizadas por detectives o periodistas de investigación, solo sabemos la verdad cuando ya es demasiado tarde —le digo—. Sé que a las mujeres les gusta que las seduzcan con zalamerías. ¿No es lo que Otelo hace con Desdémona? A Eddie le envidio la labia, Anita. Detesto haberme quedado impotente, incluso para odiar.

—Waldo, harías bien en recuperar tu magia.

—¿Es urgente?

—Por sugerencia de su amigo del alma Gibbo, Eddie se está escondiendo en tu casa. Creo que te va a exprimir. Eddie necesita pegar un buen sablazo, Waldo. Ha estado en bancarrota dos veces. No tiene ni tarjeta de crédito ni

talonario de cheques. Hemos descubierto que debe dinero en todas partes. Al gobierno en forma de impuestos, a sus esposas, una de las cuales tiene cáncer y no puede trabajar. Sus hijos son complicados.

—¿Qué sabes de ellos?

—Una hija minusválida. El hijo mayor es psicótico, aunque de todos modos está fuera de juego. Lo tienen internado.

»Otro hijo vive en Italia. A la que Eddie quiere más es a su hija quinceañera. Pero es una chica complicada, por decirlo suavemente. Se pasa el día pidiéndole dinero. ¿Quieres saber más?

—Por favor.

—Los años acumulados con toda esta pesadumbre han hecho descarrilar todavía más a Eddie. Incluso los capullos aspiran a ser buenos padres. Se gastó un dineral en médicos, psiquiatras y terapeutas de todo tipo para sus hijos y para él mismo. No hay matasanos en el mundo capaz de apaciguar el estruendo de su cabeza. O resistirse a su dinero. Le han manoseado más que a Linda Lovelace.

»Eddie lleva años pidiendo dinero prestado. Les debe dinero a sus amigos, a los bancos, a los caseros y a los productores de cine. Ha sufrido la persecución de secretarios judiciales. No tiene nada a su nombre. Pero si quieren pillarte, si están decididos a hacerlo, son capaces de arrancarle el alma si hace falta.

Por lo que a mí respecta, necesitamos menos acción y más toques lacrimógenos.

—A estas alturas de mi vida, ¿no merece uno un poco de tranquilidad? Desde luego, si lo que Zee quiere es un hombre destrozado, ¿qué tengo yo de malo?

—No llores. —Anita me toma la mano—. Ella quiere ver cómo te manejas con eso. Quiere que la rescates de sus garras. Quizá tus exigencias han perdido fuerza. ¿Para qué sirve un marido?

—¿Perdón?

Anita me dice casi gritando:

—Para proteger a una mujer de sí misma. Convirtamos los celos en tu acicate.

—Lo serán, Anita.

Empuja la silla de ruedas alrededor del estanque. Nos detenemos para pedir un café. Nos mantenemos en silencio, solo roto por el chirrido de las ruedas. Yo, como de costumbre, hablo para mis adentros.

Pero ella se inclina hacia mí y me pregunta:

—¿Qué has dicho, Waldo? ¿Estás murmurando?

—Decía que al menos ella tiene a alguien.

—¿Zee? ¿Qué quieres decir?

—Ella no ha permanecido pasiva. Ha agarrado lo que deseaba.

—¿Y eso te produce admiración?

Al final de su ensayo *El motivo de la elección del cofre* Freud nos dice: «El anciano se afana en vano por recibir el amor de una mujer tal como lo recibió primero de su madre». Pero conozco a varios viejos en estados diversos de decadencia y descomposición —inevitablemente los peores individuos, aquellos que se comportaron peor con las mujeres— que han encontrado a angélicas jovencitas que los acompañan hasta la puerta de la oscuridad. Santas, útiles, cariñosas: a estas guardianas del falo les da igual. Les agrada. El gusto carece de valor.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Ojalá —suspira Anita—. Ha pasado ya demasiado tiempo. Hay hombres que se interesan por mí, pero todos tienen veinticinco años. He salido con algunos varias veces. Pero ninguno tiene «eso». Estoy dispuesta a dejarlo correr, Waldo. ¿Quién me va a soportar?

—No me gusta oírte decir eso, nena. ¿Estás currándotelo?

—Ahora mismo te estoy ayudando a ti, Waldo. Me preocupa lo que vayas a hacer con esta información sobre Eddie. Júrame que serás prudente. Que la utilizarás con moderación. No querrás hacer volar por los aires a Zee. Ni tampoco saltar por los aires tú.

—Anita, lo que tengo claro es que Zee está perdida en una fantasía. El éxtasis sexual solo dura unas semanas. No tardará en darse cuenta de cómo es Eddie en realidad. No podrá ignorarlo. Cuento los minutos que faltan, y tú y yo vamos a acelerar el proceso. Me has dado lo que buscaba para hacerlo.

¿Quién iba a decir que la jubilación sería tan apocalíptica?

Estoy débil y soy infeliz, pero no me he rendido. Planeo mi próximo movimiento.

Con o sin dinamita, va a ser algo directo y radical, eso seguro. Si Zee no está lista para dejar de lado el amor, yo haré que lo esté.

No quiero que sea feliz. Solo quiero que esté a mi lado. ¿Es pedir demasiado?

Doce

—¿Crees que no tiene otra mujer? ¿Que no está con Patricia Howard?

—¿Quién?

—Ella. No desvíes la mirada.

—Esto es un asalto en toda regla. Es cruel. ¿Tengo que ver esto?

—Sería una buena idea.

—¿Por qué?

—Te ayudará.

—Me lo estás plantando en la cara. Apártate.

—Por favor.

Estamos solos. Me he preparado para esta situación. Le estoy enseñando una foto de Patricia que tengo en el iPad. Pat estaba casada con un actor muy conocido que en una ocasión trabajó para mí.

Zee coge el iPad. Escruto su rostro mientras mira la foto. Pese a los peligros, estoy decidido, como mensajero de la verdad, a quitarle el velo de la ignorancia a mi mujer. Una fuerte dosis de realidad conducirá a una renovación de nuestro amor. Regresará a mis brazos. Y todo volverá a la normalidad.

—Es guapa, ¿no te parece? —le digo—. Eddie suele buscar mujeres menos atractivas. Son más agradecidas, según me explicó una vez.

»Patricia le ha “echado una mano”, gemelos, relojes, un ordenador, teléfonos, entradas para Wimbledon entre otras cosas. Su marido era un actor de teatro muy conocido.

—¿Y?

—Patricia estaba en una posición que le permitía presentarle a Eddie gente útil. Le prestó dinero para «sacarle del apuro». Él no se lo ha devuelto. A ella eso no le sorprendió y, de todos modos, él la escucha poniendo toda la atención, ¿y cuántas mujeres logran encontrar a alguien que las escuche? Él le lanza peticiones con sutileza. Sabe cómo hacerlo. Alguien que carece de integridad es digno de admiración. A mí desde luego me la produce. Pero aun así...

Zee se está arrancando los pelos, uno a uno. Coge un cojín y lo agarra con fuerza. Se lo aplasta contra la cara para comprobar cuánto aguanta. Acaba con la cara enrojecida y cogiendo aire con fuerza.

Satisfecha con su experimento se acerca a mí.

—Es evidente que cualquier hombre inteligente y deseable tiene líos. Es lo que tiene el encanto. Es algo natural. ¿Tú no hacías lo mismo? Me han llegado rumores de todo tipo sobre tus andanzas.

—No.

—¿No?

Me mira como si estuviese calculando, como si intentase adivinar mis medidas. Se mordisquee el labio. Y acto seguido aplasta el cojín contra mi cara y lo sostiene ahí. Esta vez se alarga más que nunca. Intento liberarme dándole patadas, pero me acaban doliendo las piernas. Ella no se aparta. Me mira y continúa apretando. Esto no es ninguna broma.

De pronto se detiene y pregunta:

—¿Algo más?

Tiemblo de forma incontrolada. Y jadeo:

—Espera.

—Sigue, Waldo. Lanza toda tu bilis. Vamos a ver si soy capaz de soportarlo.

Me siento como si hubiera corrido una larga distancia. Recupero el aliento. Su mirada es despiadada. Espera.

—¿No ves que él no forma parte de nuestra realidad, Zee? Encontrará a otra mujer, se enamorará en cinco minutos y al día siguiente se la llevará a Praga para intentar comprar un castillo... con el dinero de ella.

—¿A quién no le gusta la espontaneidad?

—Es un psicópata, Zee. Solo los locos son libres. Pero escúchame...

—¿Quién no está loco? Acepto que ha cometido algunos errores.

—¿Errores? Hay otra chica. La escultora. —Las amantes soportan unas servidumbres que los esclavos se negarían a cumplir. Pero puede que esto la haga tambalearse—. ¿Quieres que te lo cuente?

—¿No te vas a morir nunca? No dejas de atormentarme.

—Con la verdad.

—Dudo que lo sea.

—Mira esta —le digo—. Sarah y Eddie en la inauguración de la galería de ella.

»Y mira lo desvergonzada y voluptuosa que es ella y lo largas que tiene las piernas, Zee. Le gusta que él le azote los pechos, que se los estire y se los

pince. Le suplica que sea vicioso. ¿Tú puedes hacer eso por él? Me preocupa que seas demasiado cariñosa para Eddie. Esa chica desvergonzada le hace ir más lejos de lo que ha ido con ninguna mujer antes. Ella es la mujer con la que se fue cuando desapareció con nuestro dinero y tú saliste en su busca.

Zee se tapa la cara con las manos.

—Dios mío, Waldo, creía que con la edad te habías apaciguado.

—Zee, ¿me puedes traer un vaso de agua?

—Ni esto es el Ritz ni yo soy tu sirvienta.

—Te aliviará saber que está pisando terreno pantanoso con la desvergonzada.

—¿Por qué?

—El padre de ella se ha enterado de la relación. Le va a arrancar las pelotas a Eddie a menos que desaparezca. Eres su mejor esperanza. Por eso sigue apareciendo una y otra vez por aquí.

—Ya veo.

—Espero que no lo hayas tocado. Siento que tengas que mantenerte célibe. Pero te lo advierto, Eddie se prostituía. Tú misma me lo contaste. No conoce límites. Está infestado de enfermedades venéreas.

Zee se queda boquiabierta.

—¿Cómo sabes eso?

—Tengo mis contactos.

—¿Dónde?

—Lo único que puedo decirte es que estamos en peligro. Debemos sacarlo de aquí y volver a nuestra vida anterior. —Me detengo—. Pero ahora no me apetece hablar de esto, Zee. Ya he hablado bastante. Estoy cansado y tengo la garganta seca.

Zee va a buscar un vaso de agua y me la echa encima. Vuelve a aplastarme la cara con el cojín. Está a punto de estallarme el pecho. La cabeza, sin riego sanguíneo, me da vueltas.

De pronto lo deja correr. Y va a preparar un té para los dos.

Llora.

—Mira lo que me has hecho, Waldo. Eres un cabrón por contarme estas historias.

—Qué taza de té más maravillosa, Zee.

Se frota la frente.

—Waldo, no me encuentro bien.

—¿Qué pasa? Dímelo, cariño.

—Oh, no lo sé, Waldo. La cabeza está a punto de estallarme. Todo esto es demasiado.

Se lía y se fuma un cigarrillo, y yo la contemplo.

—Oh Dios, oh Dios, oh Dios, Waldo.

—Necesitas descansar, cariño —le digo—. Matarme te ha dejado agotada.

Trece

Enferma y enfurruñada, parece el escenario del estallido de una bomba. Fatiga, dolores de cabeza, vómitos, la piel bajo los ojos violácea. Cuando está así duerme con el abrigo puesto y ni come ni bebe. Se niega a mirarnos. O se ha tomado uno o dos valiums o la ha tomado con nosotros. Probablemente ambas cosas.

Eddie acaba de entrar, mira primero a Zee y después a mí con insistencia. No logra dilucidar qué ha cambiado. Venía convencido de que iban a ir al Wolseley a comer ostras y de que después le esperaba una noche de amor.

Camina por la habitación arrastrando los pies y moviendo las manos. Si no las está usando para acariciar a mi mujer, no sabe qué hacer con ellas.

Zee tiene claro lo que quiere esta noche. Se mete en su dormitorio con una botella de vino en la mano y cierra la puerta. Desde su perspectiva, asunto zanjado. La compadezco, lanzada a la devoradora maquinaria del deseo e incapaz de escapar. Después de haberle presentado mi informe sobre Eddie, va a necesitar varios días de duelo y arrepentimiento antes de volver a sentirse fuerte.

No solo he logrado un éxito en toda regla en este frente, sino que además ahora puedo humillar a Eddie. Le ayudará aprender de sus errores.

—¿Le pasa algo? —pregunta él.

—Eddie, ha recibido una noticia terrible que le ha provocado una migraña. Esta noche no va a salir.

—Waldo, ¿te apetece beber algo?

—Debe de haber una botella abierta. ¿Me podrías preparar algo para comer?

—¿Qué te apetece?

—Hay salmón en la nevera. Prepáramelo con los espárragos que han sobrado. Y ponme un poco de mayonesa al lado, por favor.

—Por supuesto.

—Y un poco de mostaza.

Me lo trae y lo deja en mi bandeja.

—¿Tú no vas a comer? ¿Puedes poner una película? ¿Qué te parece *Calígula*? ¿Es cierto que ahogó al emperador Tiberio con varias almohadas?

—¿Quién sabe? —Y añade—: Llueve a cántaros, pero como Zee no quiere salir esta noche, voy a dar una vuelta y a tomar una copa.

—¿Vas a quedar con alguna vieja amistad?

—Sí.

—¿De qué edad?

—¿Perdón?

—¿Alguien que yo conozca? ¿Puedo pedirte un favor antes de que te marches?

En lo que a asuntos técnicos se refiere, Eddie es competente. Quiero que me ayude a pasar un archivo de la grabadora que uso a veces al iPad, donde la puedo montar mejor. Es una grabación de los orgasmos de Zee y sus susurros a Eddie. Un técnico de sonido que trabajó en varias de mis películas tuvo la amabilidad de venir a casa y ayudarme a colocar unos cuantos micrófonos.

Tengo más material en el móvil —vídeos cortos y fotografías— que sé transferir yo mismo para empalmarlo. Tengo los dedos torpes, pero mi equipo dispone de reconocimiento de voz. Es como si le dices órdenes al montador en la sala de montaje.

He montado juntas varias conversaciones para construir una mínima trama narrativa que funciona bien. Hay una parte de la grabación que me gusta especialmente y que he escuchado un montón de veces, como si fuese un single de los Beatles. En ella Eddie comenta:

—Soy un paranoico. Todo el mundo lo dice. Pero sigo pensando que nos escucha. ¿Qué haremos cuando se entere?

—Creo que ya lo sabes, Eddie. Hasta entonces, disfrutemos. De todos modos, está tan embebido de sí mismo que no ve más allá de su nariz de entrometido —dice Zee—. No puede hacer nada. Soy propietaria de la mitad de todo. Pronto, cuando todo se aclare, tal como hablamos, seré propietaria de todo. Y nos largaremos de esta deprimente casa. ¿Dónde te gustaría vivir?

—Debo decir que esta zona la encuentro de capa caída. Siempre que vengo me deprime un poco.

—Sé de lo que hablas..., todos esos rusos, árabes y mujeres cubiertas. Incluso las niñas. Yo nunca haría eso en Londres, ni dejaría que mis hijas lo hiciesen.

—Somos como extranjeros en nuestra propia ciudad.

—No quiero que seas extranjero en ningún sitio. He estado viendo en varias inmobiliarias una casa adecuada para nosotros, con un estudio de

paredes de madera donde pueda sentarme en una *chaise longue* y contemplarte mientras escribes tu libro.

—¿Y habitaciones para que se puedan instalar mis hijos? Todavía no los has conocido.

—Oh, Eddie...

—¿Sí, cariño?

—Eso no se me da muy bien.

—¿El qué? Sé que podemos llegar a ser una familia, Zee. Mis hijos y los tuyos. Te aseguro que adorarás a mis hijos...

—Al menos a los que no están encerrados.

—Quiero invitar aquí a mi hija la próxima semana —le dice.

—Por favor, Eddie.

—Zee, se ha echado agua hirviendo por los brazos y en el colegio dicen que es incontrolable. Necesita apoyo. Aquí podría utilizar el estudio. Sería una habitación tranquila para ella. Tú tienes hijas, sabes cómo le afecta a uno lo que les pasa. Hay que buscar ayuda para ella.

—Hazlo, Eddie...

—Mi angelito adora las películas de Anita. ¿Crees que Anita vendría para conocer a mi hija? Me dio su número de teléfono, puedo mandarle un mensaje esta misma noche.

—¿Mandarle un mensaje? Eddie, te lo ruego, ¿de qué estás hablando?

—¿No ves que Francesca lo ha pasado mal conmigo? Tiene la sensación de que le he fallado. Anita podría convertirse en su mentora.

—No la metas en esto. A Waldo le va a indignar. No le gusta que se utilice a Anita. Y en cuanto a tu hija, si viene, después acabarán viniendo tus otros hijos. ¿Dónde va a estar el límite? Esto nos podría sobrepasar y yo acabaría escondiéndome en mi habitación. Waldo no lo soportaría. Tiene una actitud muy protectora hacia mí.

Eddie me mira mientras yo rebobino la conversación con mis auriculares Bose con reducción de ruido puestos. ¿Qué es lo que hace un director de cine? Atraemos a los espectadores hacia una trampa de placer permitiéndoles ser testigos de crímenes. El crimen y el amor son los únicos temas. Proporcionamos pasión y crueldad. A cambio el público nos proporciona dinero y fama. Es un trabajo honesto. Es magia.

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza a Eddie.

—Bien. Tiene buena calidad.

—¿Qué estás escuchando?

—¿Cómo dices?

—Me ha parecido oír mi voz. ¿Ese que aparecía en la pantalla no era yo?

—Sí. Tienes más madera de personaje que yo. Estoy trabajando en algo que te interesará. Un nuevo tipo de película. Un «orgasmo auditivo». La titularé *Las puertas del cielo*.

—Despierta, Waldo, ¿ese título no lo han utilizado ya?

Le enfoco con la cámara del móvil y pulso el grabador de vídeo.

—Entonces lo sustituiré por *Mil y un secretos*. —Se está poniendo nervioso, pero no puede marcharse sin más—. ¿Sigues viendo a Patricia? A Pat Howard. Estaba casada con un amigo. Me han dicho que la conocías.

—La veo de vez en cuando.

—La voy a invitar a cenar la semana que viene. Quiero reactivar mi vida social. Creo que Zee le caerá simpática. ¿Hablas de intimidades con Patricia?

Eddie mira a la cámara.

—¿De intimidades?

—¿Te cuenta a quién ama? ¿Si tiene novio?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿No te has acostado con ella? Circulan rumores. Te conozco, Eddie. Hemos intercambiado confidencias en el pasado. Y Zee y yo hablamos. Ella adora mi voz. Dice que podría haber triunfado en la radio, como Bob Dylan.

—También circulan rumores sobre ti, querido amigo.

—Espero que sean calumniosos.

—¿No te acostaste con Anita?

—Ah.

—Lo he oído decir.

—Es demasiado guapa para mí, Eddie. ¿No me crees?

—Son muchos los que no lo hacen, Waldo. La gente dice que esa relación sigue viva. Zee tiene sus sospechas. Las actrices confían en los directores.

Mientras se vuelve sonriendo, digo:

—Eres un hombre culto, Eddie. ¿Tus padres eran personas sofisticadas?

¿Tu curiosidad viene de ahí?

Eddie resopla.

—Waldo, mis padres eran unos ignorantes como solo pueden serlo los *torios* ingleses de clase media alta. Una combinación de estupidez, narcisismo y hedonismo.

—Pero eres una persona que ha recibido una educación.

—En el internado tuve un profesor... Él me proporcionó material depravado de contrabando. Dostoievski, Baudelaire, Henry Miller, Godard, Billie Holiday..., incluso vino.

—Sé que te gusta contar con la protección de un hombre de más edad. ¿Cómo se llamaba? ¿No escribiste algo sobre él? *El profesor que me forjó*. ¿No era ese el título? ¿Cómo te forjó?

Consulta su reloj.

—Por favor, Waldo, será mejor que me marche.

—Hay un billete de veinte en la mesa.

Lo mira. Lo cubre con la mano. Lo coge.

—Gracias, Waldo.

—¿Cómo se llamaba ese profesor?

—Bow.

—¿Sigues viéndolo?

—Está muerto.

—¿Cómo murió? —Eddie menea la cabeza—. Sonríe a la cámara.

—¿Por qué haces esto?

—Estimulas mi creatividad. Es terrible tener que jubilarse. Así es como debe de sentirse Pelé.

—Waldo —dice—. Estoy preocupado por Zee. ¿Estás seguro de que está bien? ¿No deberíamos llamar a un médico?

—Estaré atento a cómo evoluciona esta noche.

—¿Qué es lo que le ha provocado esta reacción? ¿Le ronda algo por la cabeza?

—¿Como qué?

—No lo sé...

—¿Puedo ser sincero contigo, Eddie? Es cierto. Hemos estado hablando de ti. Nos preocupas y nos consideramos unos padres para ti. No quería preocuparte, pero hemos estado haciendo algunas averiguaciones. He tomado la iniciativa. He utilizado mis contactos. Voy a conseguirte un puesto de profesor. Siempre digo que hay pocas personas que hablen sobre cine tan bien o con tanta asiduidad como tú.

—Muchas gracias, Waldo.

—Te agradezco que cuides de Zee por mí, Eddie. Eres un buen amigo. No contamos con nadie más como tú en nuestras vidas.

—De verdad que no es nada.

—Si tienes tiempo, por favor, ven un momento mañana para recoger tus cosas. A última hora de la tarde. Bien tarde, y trae naranjas para la exprimidora y un poco de ese pan que me encanta, la chapata. Si tuvieras tiempo, ¿podrías pasar por la Algerian Coffee Store de Old Crompton Street y traerme mi dinamita habitual? Por eso te he dado el billete.

—De acuerdo.

—Y, mientras tanto, dame tiempo para recuperar a Zee. No te preocupes. Yo cuidaré de ella. Pasaremos la noche juntos.

—¿En serio?

—Nuestro matrimonio es la cosa de la que me siento más orgulloso. —Le tiendo el puño para chocarlo con el suyo—. Buen rollo, Eddie.

—Buen rollo, Waldo.

Mientras silbo «Tomorrow Belongs to Me», él mete el neceser en su mochila y sale apresuradamente hacia la noche. Ha captado el mensaje y ha optado por largarse de una vez por todas. O al menos eso creo.

Catorce

Estamos disfrutando del *brunch*. Al menos ella disfruta. Huevos revueltos con salmón ahumado. Tostada al lado; café, zumo de naranja recién exprimido y melón espolvoreado con jengibre.

Me anima verla comer. Era una de las mujeres más delgadas de nuestro círculo, que se alimentaba solo de citas —tal vez una, o a veces dos al día—, yogures y semen. Algunas mujeres la envidiaban, lo que es buena señal. Pero su peso me preocupaba.

Estoy hambriento y ella lo sabe. Toda mujer desea ser obsequiosa con un hombre, eso lo tengo comprobado. Pero solo con un hombre cada vez.

—No toques esa tostada, ser malvado y cruel. Seguro que tienes hambre. Quizá después te permita comer una galleta de almendras. ¿Te arrepientes de lo que has hecho?

—Zee, no seas sádica. Te has vuelto desagradable.

—Tú también. Lo has humillado. Es la gota que colma el vaso. Siento escalofríos solo de pensarlo.

Me está castigando porque yo he machacado a Eddie y he hecho que se largase de aquí y se sumergiese en esta ciudad mugrienta y despiadada. Por lo que parece caminó un buen rato; se sentó; dio un traspie y se tambaleó. Contempló las calles iluminadas. Vio pasar a los que trabajan toda la noche; a los que madrugan para ir al trabajo; a las trabajadoras sexuales, los ladronzuelos, los chiflados que gesticulan para sí mismos. Telefonó a varios amigos, pero no encontró a ninguno dispuesto a acogerlo. Les avisaba con demasiada precipitación. Se durmió en un banco. Y ya os lo imagináis: le robaron la cartera.

Ahora viene hacia aquí como un perro hambriento, con mala cara, caminando o incluso renqueando.

—Si me preparas unos huevos, te contaré algo importante.

Zee me muestra el dorso de la mano.

—Has ido demasiado lejos y voy a tener que tomar medidas. ¿Estabas delirando? Prometiste encontrarle un trabajo y después le dijiste que me

llamase madre. —Prepara los huevos. Me acaricia el pelo y me seca las babas —. Bueno, ¿de qué se trata? —Doy cuenta de los huevos mientras ella espera —. No me hagas esto. Dímelo.

—Sigue mis instrucciones. Acércate a la ventana. —Me obedece. Yo permanezco detrás de ella—. Mira, hay un hombre ahí plantado. Que nos observa. Está buscando a Eddie. Te libras de un parásito y antes de que te des cuenta ya tienes a otro encima clavándote el aguijón.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Más o menos una hora.

Le ofrezco los prismáticos. El de la calle es un tipo cincuentón, con la cabeza rapada, gafas de montura negra y un traje barato, un tipo casi tan ancho como alto.

—Pura malevolencia.

Zee lo observa con atención.

—¿Cómo sabes que busca a Eddie?

—No lo sé.

—Por una vez podrías estar en lo cierto. —Y añade—: Voy a bajar para encararme con él. Quizá le pegue una bofetada.

—Tu temeridad es estimulante. Pero no lo hagas.

—Podría hacerle daño a Eddie.

—No lo hará. No en plena calle. ¿Eddie debe dinero?

—¿Y qué? No es un crimen. ¿Quién no debe dinero?

—Yo no debo nada.

—Podríamos ayudarle como haríamos con cualquier amigo. Así ese hombre se largaría.

Estamos los dos pegados a la ventana. La agarro del brazo.

—Ahí viene —anuncia—. El que gira por la esquina es Eddie. Ese hombre lo ha visto. Eddie sonrío, pero se lo ve nervioso. Nunca lo he visto así. Está reculando...

—Demasiado tarde. Lo va a pillar.

—¿Qué hacemos?

El desconocido se acerca a Eddie.

—Gracias a Dios Eddie trae mi chapata —le digo a Zee.

El tipo habla con Eddie. Eddie asiente y alza la vista hacia nuestro apartamento. No se percibe hostilidad entre ambos. Por desgracia el desconocido no le toca un pelo a Eddie, más allá de posar la mano sobre su hombro.

—Se limita a hacer su trabajo. Debe de ser un cobrador de morosos. No le ha amenazado. Pero saben dónde localizarlo. Zee, tenemos que echar a Eddie de aquí.

—Mientras esté con nosotros, estará seguro. No se atreverán a tocarlo.

—Hay gente que anda detrás de él con malas intenciones. Secretarios de los juzgados. Caseros. Es probable que también la policía. Podría ser un criminal. Nos pone en una situación vulnerable.

—Te traigo tu pan —anuncia Eddie unos minutos después.

—¿Cómo has entrado?

—Fácil. —Alza una llave y sonríe.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la dio Zee, para evitarte molestias.

—¿Y el café?

—No, Waldo. Lo siento. Tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza —se disculpa Eddie—. Me he olvidado del café.

—¿Te has topado con algún conocido?

—No, no.

Desprende un olor agrio. Va desaliñado. Espero que no se tire un pedo en nuestro nuevo sofá. Es un John Lewis, con una funda de Biba.

—¿Qué tipo de preocupaciones? —le pregunto.

—¿Qué va a ser? —interviene Zee—. Temas de dinero. ¿Es solo dinero, Eddie?

Él asiente.

—La codicia.

—¿Por qué la gente monta estos números por unas libras? —dice Zee—. El capitalismo usa a las personas y después las escupe.

—¿Qué has dicho?

—Digo lo que pienso. En este apartamento hay libertad de expresión.

—¿Desde cuándo eres marxista, Zee?

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Solo la gente rica, con la cuenta saneada —interviene Eddie—, puede permitirse atacar a los demás por su llamado materialismo. Es una cómoda posición de privilegio desde la que opinar. El resto de los mortales tenemos que preocuparnos por ganarnos la vida. A mí esta actitud me parece de una hipocresía repugnante.

—Desde luego que sí —apostilla Zee. Y añade—: Siéntate, Eddie. Descansa. Deja que te traiga una manta y una almohada. Debes de estar destrozado.

Eddie se saca los zapatos y se echa. Los cojines los compramos en The Conran Shop. Pagamos un pastón por ellos, como por todo lo que compras allí. Pero adoro cualquier cosa tapizada con piel sintética.

—¿Cuánto debes? —le pregunto a Eddie.

—Unos cuarenta.

—Cuarenta mil.

—Sí.

—Dios mío.

—Y varias mensualidades del colegio. Y otras cosas. A los profesionales de la felicidad: médicos, psiquiatras, terapeutas...

—¿Quién era ese hombre? —le pregunto—. El que te esperaba en la calle. Eddie se sostiene la cabeza con las manos.

—No es nada importante. Pero, Waldo, no he dormido. Estoy destrozado. No puedo continuar así...

—Eddie, ¿lo conocías? ¿Cómo se llama?

—¿Desde cuándo te has convertido en Maigret, Waldo? —interviene Zee—. Eddie, date un baño y relájate. En estos momentos todo el mundo está demasiado sobreexcitado. Waldo, es la hora de tu siesta. Vamos, vieja tortuga, vamos a ponerte a salvo.

¿Ponerme a salvo? De camino a la cama me acerco a la ventana. El tipo fornido alza la mirada y me ve. Saca una fotografía. Salgo al balcón, me incorporo todo lo que puedo y le hago una peineta. Yo también le saco una fotografía a él. El tío desaparece.

Zee me conduce al dormitorio y me ayuda a echarme en la cama.

Me gusta la oscuridad y el silencio. Es una buena ocasión para dictar una entrada de mi diario. Tengo un montón de cosas que decir.

Quince

Estoy trabajando en mi estudio, mirando las fotografías y el material que he grabado, tratando de montarlo del modo más incoherente posible, experimentando con música.

Estoy rodeado por las cosas de Eddie: sus periódicos y libros. La foto de su hija que se le cayó a Anita me observa.

A mis espaldas, Eddie se pasa la mañana dormitando en el sofá. Se despierta cuando Zee le trae un café. Tienen prisa por salir. Como veo que ella le ayuda a ponerse una corbata, supongo que van al banco. Los bolsillos de este indeseable abultarán, junto con la varita mágica en la parte delantera de sus pantalones.

Consultan una web de entrevistas con gente famosa. Eddie usará sus contactos. Zee me apretará a mí para sacarme los míos; estos últimos días se está mostrando muy amable. Quieren empezar con Anita, que es una parlanchina entusiasta, pero nunca ha dejado del todo atrás su infancia; será un buen golpe de efecto. ¿Quién quiere el trabajo del artista cuando pueden disfrutarlo explicado y expurgado de sus complicaciones y artificios?

Zee se marcha con Eddie. Yo me dirijo al balcón y observo cómo salen del edificio. Se acercan al tipo plantado al otro lado de la calle. Ha vuelto.

Zee siempre ha sido firme y resuelta. Cuando estaba a punto de marcharme de la India, yo pasaba por una etapa autodestructiva. Solo y deprimido. Llegué a pensar en dejarlo todo y suicidarme. Aunque por lo general mi filosofía ha sido siempre positiva. Actuar, hacer que las cosas sucedan. Aplastar las coordenadas y ver adónde van a parar los añicos. Franquear el paso a la locura y asegurarse de ser un peligro para uno mismo y para los demás. Pensar demasiado te acaba convirtiendo en ese idiota de Hamlet.

O en el marido de Zee, un afable médico de naturaleza bondadosa que me había asesorado en una de mis películas. Para entonces ella y yo ya éramos amantes. Una noche Zee me había llevado en coche hasta mi hotel a través de Bombay. Me enseñó los pendientes y me dijo que se los había puesto por mí.

Me pidió subir a la habitación. Me dijo de forma muy directa que yo olía a soledad. Yo quise rebatírselo. Pero tenía razón.

No mucho después, le dije: «Zeena, ya no tengo ningún motivo para seguir aquí. Ven conmigo. Tráete a las niñas. Si no, lo nuestro se habrá acabado y ambos lo lamentaremos. Dar el paso puede ser un error que merece la pena cometer».

Ella estaba a punto de mudarse a Islamabad —la ciudad más aburrida del mundo— con un marido que sentía devoción por su madre. Zee me contó lo mucho que le horrorizaba la perspectiva. La suegra era como una losa y la hostigaba de forma constante. Pero aun así Zee quería cuidar de ella. Le pregunté por qué y me lo contó. Palidecí, pero no me desalentó. Me hizo verla de un modo diferente. El padre de Zee estaba recluido en un psiquiátrico después de haber estrangulado a su propia madre hasta matarla, una tentación comprensible que la mayoría de nosotros resistimos.

La locura no es hereditaria. De otro modo ¿quién no estaría tocado por ella? Ven conmigo, le propongo, soy un hombre que mira hacia el futuro, alguien que sabe que sufrimos más cuando tratamos de evitar el sufrimiento.

Hice las maletas y me fui al aeropuerto. Y allí estaba ella, con sus dos encantadoras hijas cogidas de las manos. Se acercó a mí y jamás volvió la vista atrás. La admiraré siempre por esta decisión. Su pavor era que las niñas acabasen convertidas en inglesas de pura cepa, borrachas, desvergonzadas, vulgares y despelotadas. La mayor va a venir a vernos pronto y aprovechará para visitar Londres con sus dos hijos. Será un estímulo para Zee y debería distraerla de otras cosas.

Me muevo con la silla hasta la ventana y contemplo cómo se alejan del bloque. Observo con suma atención la escena de su diálogo con el tipo de la calle. No logro desentrañar nada. El tipo se aleja y se mete en su coche.

Veo una película y le mando un mensaje de texto a mi estrella. Le mando varias fotografías de los vecinos en sus cocinas. Para mi sorpresa, Anita no está ocupada. Me dice que viene de camino. Tiene que contarme algo sin demora. Espero que sea jugoso. Estoy impaciente.

Cuando llega, estoy en el estudio, moviéndome de un lado a otro con la silla como Ironside colocado con ácido, cambiando de sitio las cosas de Eddie.

—Ayúdame, cariño. Esto es muy difícil para mí.

—Ya me estaba preocupando. Me alegro de verte activo. ¿Qué haces?

—Estoy en pleno día positivo —le digo—. Por favor, abre la ventana.

—¿Necesitas aire, Waldo? Pensaba que para ti una corriente era como una amputación. ¿Qué está pasando aquí?

—Vamos a tirar las cosas de Eddie. Me están empezando a poner enfermo. Estos días me siento débil. Ayúdame, estoy sin aliento.

—¿Qué quieres que haga?

—¿No te habías apuntado a boxeo? Tira sus cosas por la ventana, cariño.

—¿Estás seguro? —pregunta—. Waldo, Zee te va a odiar si lo haces.

—A la larga me lo agradecerá.

Anita es reticente pero fácil de convencer. Guardamos las cosas de Eddie en cajas y volvemos a colocar las mías. Señalo un gran póster enmarcado que anunciaba una de mis conferencias.

—Anita, por favor, quiero esta foto mía ahí arriba. Estoy utilizando a Mao como inspiración. «Desecha las ilusiones. Prepárate para luchar». Estoy de vuelta, nena. No te percatas de que te has quedado atascado hasta que empiezas a moverte.

—Sabias palabras.

—Cuélgalo ahí, por favor. Necesito ocupar el centro del escenario.

Le quitamos el polvo y ella clava los clavos que lo sostendrán en la pared. Le ayudo a aguantarlo.

—Anita, hay un tipo siniestro que nos ha estado espiando.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—Waldo, escucha. Ayer por la noche estaba en casa ensayando un papel y recibo un texto de él..., de Eddie. Me dice que no está con Zee. Me explica que ella no se encuentra bien y se ha metido en la cama. Así que él se ha ido a un club en busca de compañía. The Six. Me dice: «Pásate para tomar una copa». Yo estoy sola en mi dormitorio y no me encuentro bien.

»Las noches resultan opresivas. Ya sé que dicen que Dios creó a los maricas para las mujeres como yo. A partir de cierta edad, no hay mucha gente a la que te apetezca escuchar.

—¿Qué te gustaría?

—Alguien a quien se lo pudiera contar todo. Leo, me fumo un porro, me estiro, medito..., y al final no puedo resistirlo. Me metí en un taxi y fui a The Six. ¿Te decepciono?

—Todavía no lo sé.

—Me encuentro allí con Eddie. Pienso que quizá pueda averiguar algo.

»El club es un sótano estrecho de techo bajo con unas cuantas sillas y mesas, un pequeño escenario y una cocina. Eddie lleva esa chaqueta blanca

que le va grande. Mira...

Aquí lo tenemos, en la pantalla del teléfono de Anita, desgarbado pero con mirada sincera y el cabello peinado hacia atrás.

—Canta tres canciones, incluida esta, «*Come Rain or Come Shine*». No lo hace tan mal. Tiene un punto desgarrador... Cuando acaba se coloca detrás de la barra y sirve a los clientes.

»Yo estoy sentada en una mesa con un tío, Gibney. Es el dueño del club y tiene otros bares y restaurantes. Incluso conmigo, Gibbo se comporta como uno de esos tíos siempre pendientes del entorno, no para de mirar por encima de tu hombro por si localiza a alguien que pueda serle más útil.

»Resulta que esta chica —me muestra una fotografía— es Francesca. La hija de Eddie. ¿La ves?, se oculta la cara con el cabello, pero como puedes ver lleva tatuajes, *piercings* y demás, y está contemplando el triste espectáculo de su padre.

Me percaté de que lleva el antebrazo vendado, cerca de la muñeca. Supongo que es el motivo por el que Zee no quería ir al club, si es que Eddie la había invitado. Detrás de la joven con cicatrices descubro al hombre que Anita ha empezado a describirme: Gibbo.

—Gibney es un viejo amigo de Eddie en el Soho. Se conocen desde hace años. Al principio Eddie ayudó a Gibney. Cuando abrió el club invitó a todos sus contactos famosillos y se corrió la voz. Eddie incluso cocina en el local.

»Me he enterado, sobre todo gracias a la chica, de que Eddie no se cansa de involucrar a Gibney en sus desgracias. Pero como le acaba pasando con todos sus conocidos, ha agotado la paciencia de su amigo.

»Gibney pagó médicos para sus hijos, le ayudó con sus esposas, apagando fuegos con llamadas de teléfono y demás. Muchas veces le suelta dinero. Otras no.

»Gibney se enteró de que habías humillado y echado a Eddie de tu casa. Resulta que Eddie no está tan establecido en tu apartamento como Gibbo creía.

—Una lástima.

—Ha apoyado a Eddie para que se recomponga. La desesperación e ineptitud de Eddie hace ya algún tiempo que le preocupa... La hija, Francesca, está muy tocada. Telefonea a Gibbo y se le pone a llorar. Gibney no es precisamente un intelectual.

—Qué bendición.

—Es el típico tío duro de Chelsea de la vieja escuela, ya cincuentón. No uno de esos hombres modernos que van por ahí perfumados y luciendo

músculos de plástico.

—Me viene a la cabeza Tony Curtis en *Chantaje en Broadway*.

—Hecho. —Ha terminado de llenar las cajas—. Me he tomado ciertas molestias por ti. He logrado encajar algunas piezas del *puzzle*.

Vamos a la mesa de la cocina. Anita descorcha una botella.

—Gibney está aconsejando a Eddie, por eso te ha estado observando.

—Ah.

—Tiene un plan. Sabe que Eddie no tiene adónde ir y se está escorando hacia lo delictivo. Hace un año Eddie estaba tan desesperado por pagar el alquiler que falsificó una firma en un cheque. Salió airoso después de confesarle lo que había hecho a Gibney, que pagó al tipo con su propio dinero. Quería evitar que Eddie acabase en la cárcel...

—¿Por qué?

—Son amigos. —Se encoge de hombros—. Eddie le dijo a Gibney que estaba pensando en convertirse en *coach* personal.

—Qué mejor opción para un manipulador psicótico.

—Pero Gibney maquinó la brillante idea de que dado que Eddie es tan habilidoso con las mujeres...

—Por favor, querida, lo he visto trabajar. Su semen resplandece en mi mejor alfombra, si no directamente en mi esposa.

—... lo que tenía que hacer era encontrar a alguna mujer rica vulnerable, de las que hay a montones en Londres.

»Eddie debía enrollarse con una de esas desgraciadas, sentar la cabeza y colaborar con Gibney. Así Eddie podría mantener a su familia y compartir la abundancia...

—¿La abundancia?

—Las casas, claro está. Y tierras. Pinturas. Pensiones y demás... Lo compartiría con su viejo amigo, asesor y *sponsor*, Gibney.

—¿Y quién es la presa?

—Eddie le ha enseñado fotos de este apartamento. Venderán tu residencia en el campo, esta casa y tus archivos. Eddie y Zee se comprarán un nuevo apartamento y les quedará dinero para el negocio que quieren montar y las inversiones que Gibney y Eddie tienen en mente en cuanto dispongan de dinero.

—¿De modo que les ofrecemos mi vida a cambio de que Eddie el Rápido pueda pasar el resto de la suya cubierto de oro? Perfecto. Solo tienen que esperar a que yo me muera.

—Eres muy optimista.

—Ahora lo entiendo. ¿Por qué no van a querer acelerar el proceso? Estoy vivito y coleando, pese a los esfuerzos de Eddie.

—Eddie se parece a ti. ¿No te has dado cuenta?

—¿A mí?

—A como eras. A como sigues siendo a veces. Evasivo, astuto. Es como si te estuvieses tendiendo una trampa a ti mismo.

Por suerte nos interrumpen. Zee ha vuelto a casa.

Va con prisas, entra en tromba, se detiene y apoya las manos en las caderas al ver las cajas y la fotografía del presidente Mao.

—Zee, estoy reorganizando...

—Waldo, por favor, explícame qué es esto. ¿Son las cosas de Eddie lo que has guardado en las cajas? Anita, ¿tú le estás ayudando?

—Puedo explicártelo —dice Anita, tal como hace la gente cuando no puede hacerlo.

—Lo hemos preparado para que Eddie se lo pueda llevar —digo—. Seguro que ya ha encontrado algún sitio en el que instalarse. Recuerda que no le presté la pasta..., se la ofrecí de corazón. Ya tiene dinero para pagar un alquiler.

—Es nuestro invitado. Puede quedarse hasta que esté listo para marcharse. ¿Es que no puedo invitar a mis amigos a esta casa?

—Le han ofrecido un trabajo gracias a mí.

—Sí, muchas gracias. En Trivandrum, India, dando clases sobre las películas de Clint Eastwood.

—Un trabajo fantástico, Zee. Si no educamos a los jóvenes, ¿dónde acabaremos?

Zee no le quita ojo a Anita.

—¿Has vuelto a revolver las cosas de Eddie? ¿Quién te ha dado permiso para comportarte de este modo en mi casa? ¿Acaso yo haría algo así en la tuya? ¿Crees que eres tan famosa que puedes permitirte hacer lo que te dé la gana?

Anita mueve los labios y al final logra articular:

—Lo siento, Zee. Pero Waldo está nervioso. Deberíamos preocuparnos por él. Es frágil...

—Eres una mujer despreciable, cuchicheando con mi marido a mis espaldas.

—Estás siendo mezquina, Zee.

—Pues espera a que la abofetee.

—Ella te abofeteará a ti.

—Que lo intente. —Zee se da una palmadita en la mejilla—. ¿Qué tal aquí?

Anita se sienta y mira a Zee, que añade:

—Anita, deshaz estas cajas. Si Eddie se marcha, yo me voy con él.

—No seas ridícula, Zee —le digo.

Dirigiéndose a mí, ella responde:

—¿Y tú te fías de Anita? Está saliendo con el mejor amigo de Eddie, Gibney. Estuvieron bebiendo tequila y bailando. Ella le enseñó a bailar el Funky Chicken. Se puso a cantarle una canción. Anita fue directa a por él. Él se la folló y la invitó a desayunar. Eddie dice que la vio desayunar la ración de dos personas. Sin duda, Waldo, te habrá contado todo esto...

—Anita, ¿es cierto lo que dice?

—Yo no diría que esté saliendo con él —matiza Anita.

Zee se quita los anillos y los pendientes y me los tira. Se mete en su habitación hecha una furia, tira una maleta en el recibidor y empieza a llenarla con sus cosas. Yo me doy la vuelta.

Veo que Anita ha cerrado los ojos y está practicando un tipo de control de la respiración tibetano pensado, supongo, específicamente para situaciones como esta.

Abre los ojos y me dice:

—¿Vas a perdonarla? ¿Le vas a permitir volver?

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Yo también he sido joven. Estoy familiarizado con este tipo de comportamiento y con la infidelidad. Después me arrepentía y le rogaba que me perdonase. ¿Quién no se ha encoñado alguna vez?

—Quieren robarte. O algo peor.

Me encojo de hombros. Anita va a ver qué hace Zee.

Vuelve.

—Dice que eres un cabrón y que se larga. No te va a decir adónde y no volverá. ¿Qué le digo?

—Eres actriz. Dile adiós de mi parte con tu voz más seductora.

—No puedes quedarte aquí solo. ¿Quieres que llame a una enfermera?

—No pienso quedarme solo mucho tiempo.

—¿Qué?

—Antes que eso me corto la garganta.

—No me asustes.

—No pienso vivir solo y sin nadie que me quiera.

—El resto de nosotros lo hacemos.

—Pero no yo, querida. Antes asumiré el martirio.

—Por Dios, Waldo, ¿por qué tienes que ser tan exagerado?

La puerta del apartamento se cierra de un portazo y oigo el ascensor. No pienso acercarme a la ventana para contemplar cómo se marcha esta mujer.

Anita sale, llama al ascensor e imagino que baja y sale a la calle. Espero, con la mirada clavada en la pared.

Está fuera un buen rato, al menos media hora. Creo oír gritos, pero desde esta distancia no puedo estar seguro. Regresa sin aliento.

—Hemos hecho un trato.

—¿Dónde está Zee?

—Aquí.

Ve a Zee de pie, temblando de ira.

Esta mujer me parte el corazón.

Dieciséis

Está sucediendo algo. Durante los siguientes días, Zee y Eddie no paran de entrar y salir del apartamento. Se pasan horas fuera de casa, parece que muy atareados.

No me entusiasma el «trato» de Anita: Zee seguirá aquí conmigo siempre y cuando pueda invitar a amigos a quedarse sin que yo «interfiera». El «amigo» resulta ser Eddie.

Él está entusiasmado con su estimulante futuro y entra y sale como si estuviese en su propia casa.

¿Zee le va a presentar a Eddie a su hija Samreen? Doy por hecho que la flor del mal desaparecerá de escena al menos durante las vacaciones londinenses de Samreen. Esta chica tiene gusto e inteligencia. ¿Verdad que Eddie no le puede caer bien? Pero ya no estoy tan seguro. Todo es muy movedizo. Quizá sea yo el que está jodido. Quizá sea yo el que está perdiendo terreno. Zee ya me ha preguntado si no me sentiría «más cómodo» en algún otro lado. En la tumba, le he respondido.

Al tercer día de esta nueva vida separada en piso compartido, Zee hace un movimiento. Me propone algo.

—¿Qué te parece si pasamos la noche juntos y charlamos? —Me da un beso—. Lo siento, he estado muy ocupada.

Se pone a cocinar temprano, hacia las cinco. Descorchamos una botella de buen vino y conversamos en la cocina.

—Esta noche estaremos solos —me dice.

Como Samreen llega la próxima semana, tenemos que hablar de la planificación. Le explico lo feliz que me sentiré si puedo acompañar a mi adorada hijastra al teatro y al tenis. Estaré encantado con solo poder pasear y charlar con ella.

Antes de que yo cometa el error perfecto, decidimos qué nos apetece ver y nos sentamos para contemplar a una chisporroteante Joan Crawford. Hay pocos personajes cuerdos en las buenas películas. El de Hollywood fue en el

pasado el cine de las locas. Las chifladas monstruosas y desatadas con cejas excepcionales y un cuchillo o una pistola en la mano nos relajan a ambos.

—Estas mujeres saben lo que quieren —digo.

—Son despiadadas.

Después, como estoy consultando de forma alternativa las desgracias del Manchester United y cada uno de los gastos conyugales en mi iPad, le pido a Zee que trate de reducir su ritmo de gastos. Le informo de que su comportamiento en este aspecto ha llegado a la extravagancia. Tiene que parar, porque podríamos tener graves problemas financieros. Yo ahora no gano nada. Es una carrera por ver si acabo en la bancarrota antes de morir.

—El banco me ha enviado una advertencia. Zee, voy a bloquear la cuenta esta noche. El dinero solo lo podré controlar yo. Tendrás que utilizar tus propios ahorros.

Se levanta, roja de ira, y sacude los cojines del sofá para ahuecarlos. Me inquieto, como un perro apaleado cuyo cruel amo blande un bastón. Pero si una mujer no puede ahuecar los cojines en su propia casa, ¿qué puede hacer?

Se controla. Pese al significativo aumento de los gestos de rabia y las miradas fulminantes, me ayuda a acostarme, se sienta a mi lado y me acaricia el brazo y las manos. Se baja el vestido para mostrarme los pechos y me permite succionarle los pezones.

Le doy las gracias.

—¿Puedo verte el coño?

—¿Ahora?

—Sospecho que será la última vez. Lo consideraría un reencuentro y al mismo tiempo una despedida.

Para mi sorpresa, accede. Mientras se quita las bragas, susurro:

—Oh, Zee, ya lo estoy lamentando...

—¿El qué?

—Que no viviré para verte convertida en una anciana de setenta, ochenta, noventa años. Incluso entonces te besaría. Espero que vivas mucho tiempo y puedas valerte por ti misma, amor mío. Cuando yo me haya ido, mi amor te seguirá acompañando y tú lo percibirás. Mi voz te guiará si quieres escucharla.

Con las piernas abiertas, Zee permanece sentada en una silla un poco apartada de la cama. Guarda silencio hasta que por fin dice:

—Esto ha sido muy cariñoso, Waldo.

—Por favor, quédate para cuidarme. Esta noche estoy muy nervioso, Zee.

Se viste, sin asentir ni negarse a mi petición. Me relajo y me adormezco. Es pronto, así que me pregunto si Zee me ha metido una pastilla triturada en la comida.

Puede que sea un viejo chalado, borracho y tal vez idiota, pero cuando después oigo el portazo de la puerta de la entrada caigo en la cuenta de que se ha estado arreglando en el baño. Y va a pasar la noche fuera. El veneno de su perfume permanece suspendido en el aire.

Con la rabia que me queda, salgo como puedo de la cama y me coloco en la silla. Me fallan los brazos, pero siempre he sido una persona resuelta. Saco fuerzas de donde puedo y pongo manos a la obra a la desesperada.

Me lleva su tiempo, y tengo que sostenerme una mano con la otra, pero consigo mandarle un mensaje de texto a Anita.

Espero impaciente. Me responde al cabo de quince minutos y me pregunta si me he caído. ¿Estoy enfermo? ¿Tiene que llamar a una ambulancia? Le explico que no se trata de eso. Estoy en peligro mortal. Están conspirando contra mí.

Ella me responde que piensa en mí como hace a menudo. Que esta noche debo descansar y cuidar de mí mismo. Que no estoy perdiendo la cabeza. ¿Y que por qué iba a estar en peligro?

Esta noche tiene planes. Pasará a verme mañana.

Podría ser demasiado tarde. Me contemplo en el espejo. Tengo la cara desencajada. Me cuelga la boca entreabierta, me tiemblan los labios, como si no supiese qué decir. Veo miedo en mis ojos.

Esto duele, sobre todo a mi edad. He aguantado más humillaciones de las que soy capaz de soportar. Tengo pesadillas con Eddie.

Le pido que me mande algo que me reconforte.

Unos minutos después me envía un *selfie* tomado en el lavabo de un restaurante. Es un primer plano de ella levantándose el cabello. Sabe cómo adoro su nuca. Le respondo que está deslumbrante.

Me manda otro, con un plano más abierto.

En una esquina del espejo reconozco algo. O más bien a alguien, que cruza por detrás de la puerta abierta. Es un hilo del que puedo tirar.

Telefoneo al propietario. El mundo estalla en mi oreja.

—¿Qué tal están?

—¡Maestro, qué alegría oírlo! ¿Cómo está?

—En el purgatorio.

—Espero que no.

—En el otro lado... del cruce.

—Es una lástima que esté pachucho y no pueda venir —me comenta Carlo—. Desde mi ventanita veo a sus queridos amigos pasándoselo en grande. Mi mejor camarero, Pietro, les está sirviendo. Es incapaz de sostener el bloc para tomar la comanda, porque le tiemblan las manos. Siente adoración por Anita, que hoy está especialmente deslumbrante con su cazadora de cuero, las medias negras y los zapatos de tacón.

—¿Va enojada?

—Lleva un collar de perlas encima de sus espléndidos pechos. Maestro, ¿Pietro puede pedirle un autógrafo?

—Por supuesto que no, Carlo. Me sentiría muy ofendido. Mañana le mandaré un DVD firmado de *La rubia equivocada*. Dime, ¿han pedido la especialidad?

—La especialidad recomendada de hoy es una exquisita mozzarella cremosa que a usted le encantaría, con tomates cherry, albahaca y un chorro de aceite. Usted diría que es «sabrosa». ¿Sabía que los ingleses llaman a algunos tipos de mozzarella «búfala» porque viene de ese animal?

—¿En serio?

—Pero solo la ha pedido el señor Gibney.

—Qué buen gusto tiene el señor Gibney. ¿Lo conoces?

—No.

—¿Qué ha pedido Anita?

—Los calamares.

—Buena elección. ¿Y los demás? ¿Qué tal están?

—Anita está encantada con las preciosas flores que le ha traído Zee. ¿Han tenido quizá algún tipo de disputa?

—¿Por qué dices eso?

—Parece que ha habido muchos besitos. Y ahora, Maestro, parecen amigas del alma.

—¡Uf! ¿Zee está comiendo con apetito? Ya sabes cómo me preocupo por ella. ¿O solo ha pedido los calabacines y berenjenas fritas y lo está dejando casi todo?

—Ha empezado con eso. Después se fumará un cigarrillo y decidirá si pide algo más.

—Claro.

El grupo ocupa una mesa junto a la ventana y están con los segundos. Carlo es muy preciso cuando se trata de comida. Gibney ha pedido un filete y Eddie, la lubina.

—¿Te parece que Eddie tiene apetito?

—Siempre devora, mientras no para de hablar, señor. Pero acaba de pasar algo.

—¿Perdón?

—Ha salido fuera. Se pasea de un lado a otro.

—¿Está hablando por teléfono?

—Parece preocupado.

—¿Está solo? ¿El señor Gibney se ha unido a él? ¿O tal vez Anita?

—No, Anita no. Ella sigue dentro. Está embelesada con el señor Gibney.

—¿En qué sentido?

—En el romántico. Como si estuviesen envueltos en las mismas sábanas. Cómo le mira. Sus labios están...

—¿Dónde?

—Muy cerca de la oreja de él, Maestro.

—Qué espanto.

—¿Están tal vez prometidos?

—Es solo cuestión de tiempo.

—Me alegro por ella. ¿Cómo puede estar una mujer como ella tanto tiempo sin marido? Celebraremos aquí el convite de la boda. Ya sabe que disponemos de un salón privado en el que organizamos la fiesta cuando le dieron a usted el premio. —Se produce un silencio—. Maestro, el señor Eddie parece inquieto por algo y Zee está hablando con él.

—¿En serio? ¿Puedes poner la oreja, Carlo?

—Con el debido respeto, Maestro, desde aquí me es imposible oír nada.

—Manda a Pietro. Que se acerque a ellos. Será nuestra cámara de vigilancia.

—De acuerdo, Maestro.

—Pídele que se acerque al señor Eddie y le susurre al oído una cosa. Que no me mencione a mí. Es una bonita sorpresa que le levantará el ánimo. Pero tiene que asegurarse de que nadie más lo oiga. Ya sabes lo mucho que me gusta ir de incógnito. Lo que le tiene que decir es: «Adorable conejito».

—¿«Adorable conejito»?

—«Adorable conejito».

—Lo voy a apuntar.

—No lo hagas. Ya lo recordarás. «Adorable conejito». Por favor, querido Carlo, susúrrame la contraseña. Con la voz de Silvio Berlusconi.

—Señor, Pietro es un simple camarero, no un actor. Pero aun así...

Carlo me lo repite y después la línea queda en silencio. Oigo voces de fondo. Quizá estén ensayando. Espero.

Carlo vuelve a coger el teléfono.

—¿Sigue ahí, Maestro?

—¿Cómo ha reaccionado?

—Con todos mis respetos, Maestro, no tan bien como usted esperaba.

—¿En qué sentido?

—Ha puesto una cara como si se acabase de tragar un alfiler. Se ha puesto a mirar frenéticamente a un lado y a otro de la calle buscando al autor de la frase. Ha ido de un lado a otro, arriba y abajo, como si persiguiese a un asesino armado con una pistola. Se ha dado un puñetazo en la frente.

—¿Y después ha vuelto a sentarse a la mesa?

—Zee lo ha consolado. Ha creído que estaba piripi.

—Por favor, Carlo, asegúrate de tomar una foto de toda la mesa en pleno desmadre. Y mándamela para que pueda deleitarme con la imagen de lo bien que se lo están pasando mis amigos.

—Va a ser difícil. Pero lo haré por usted, Maestro.

—Y, Carlo, como ya te he dicho, no menciones mi nombre. Si supieran lo agobiado que estoy aquí, interferiría en su diversión.

—Por supuesto, Maestro. Ya sé lo mucho que se preocupa por los demás.

Unos minutos después se descarga en mi móvil una fotografía del grupo cenando. Sam Spade no lo habría hecho mejor.

Estoy tan contento y me río tanto que me acabo cagando en la cama. La mierda no para de descargar y amontonarse, lo invade todo a mi alrededor como una despiadada marea, hasta que llega al techo y yo quedo sepultado en un sarcófago de heces.

Diecisiete

El sonido de lluvia intensa y un ruido que me hace abrir los ojos. Humo de cigarrillo. Una luz encendida.

Es noche cerrada. Recupero la conciencia y me incorporo un poco. En mi espejo veo reflejado el espejo de la sala de estar, en el que aparece reflejada ella, de pie, fumando, con un vestido ceñido, tipo tubo, largo hasta los tobillos.

No veo a Eddie, pero sí puedo oírlo, creo. Hago un esfuerzo por cambiar de posición hasta que alcanzo a ver la parte superior de su cabeza. Tiene hundida la cara en los muslos de Zee. Babea entre sus piernas, mientras tira del vestido.

—¿Qué haces por ahí abajo, Eddie?

—Tú estás cachonda y yo tengo que pedir disculpas. Ojalá pudiese satisfacerte esta noche. Puedo intentar darte placer.

—¿No te resulto atractiva?

—Estoy inquieto.

—¿Por qué tienes que estarlo cuando todo va de maravilla y ya hemos hablado de nuestro futuro? Pero a veces pasan estas cosas. —Levanta un poco la cabeza y por un momento parece mirarme directamente—. Aunque a Waldo casi nunca. Es muy sensual. Toda su vida ha tenido el pene siempre dispuesto.

—Zee, no soy una máquina. No puedo aguantar este ritmo.

—Soy una mujer mayor, pero incluso esta noche Waldo ha querido verme el coño —dice ella.

—¿Se lo has enseñado?

—Me lo ha rogado, Eddie. Es mi marido.

—Eso no es una excusa. No me lo puedo creer. Supón que yo le enseñase la polla a mi mujer. ¿Qué diría?

—¿Tu mujer te pediría que le enseñases la polla?

—No necesariamente.

—Ya es demasiado tarde. Ya me lo ha visto.

Eddie refunfuña y ella no dice nada, hasta que pregunta:

—¿Gibney tiene otras mujeres?

—¿Por qué lo preguntas?

—Pareces inseguro, Eddie. ¿Los chicos no habláis de todo? Waldo se pondrá hecho una furia si se entera. Quiere mucho a Anita.

—Eso no tiene nada que ver con Waldo.

—¿Gibney es mentiroso? —pregunta Zee—. Eddie, ya sabes que no me gustan los mentirosos. Tú ya has dejado de lado todo eso, ¿verdad? Pese a todo, Anita me cae bien. Ha intentado ser amable.

—¿En serio?

—Se puso como una furia cuando intenté marcharme. Me soltó lo que Waldo llama «un tremendo rapapolvo». Me dijo que tenía que cumplir con mis obligaciones, no perseguir el arcoíris, y seguir al lado de Waldo hasta que fallezca. Después seré libre de hacer lo que quiera con cualquier timador por el que me sienta atraída...

—¿Me llamó así?

—A mí me llamó de todo...

—¿Y tú qué le dijiste?

—Sabe que aprecio la lealtad. Es el único valor que tenemos en el subcontinente. Lo único que espero es que ese estafador sin estudios no la maree más de la cuenta. —No logro oír la respuesta de Eddie. Zee añade—: Por el amor de Dios, tío, levántate ya. ¿Dónde está mi encendedor? Puedo ser una mujer complicada. No soy una estrella de cine, pero al menos cuento con dos hombres que me adoran.

Supongo que Eddie se incorpora. Le lleva su tiempo. Por fin veo aparecer su cabeza.

—¿En serio? ¿Quién es el otro?

—Waldo, por supuesto.

—Ya te he dicho que él no cuenta. ¿Por qué tenemos que hablar de esto?

—¿Cómo no va a contar? Es creativo, es admirado. A veces, en mitad de la noche, me pregunto: ¿cómo lo logré? ¿Cómo capté la atención de uno de los hombres más fascinantes del mundo? Se han escrito libros sobre él. Aquí hay uno que acaba de aparecer.

—¿Y qué dice?

—Es un texto de un amigo que trabajó con él. Me ha hecho reír. Waldo es brusco, caprichoso, anárquico y provocador. Vaya a donde vaya, lo remueve todo.

El tono de Eddie es de rebotado:

—¿Eso significa mucho para ti?

—Los sitios a los que viajamos, los hoteles, las cenas y la amistad con gente famosa no vienen por mí, querido. ¿De verdad crees que a alguien le importa un pito lo que yo pienso? La mitad del tiempo ni me miran o ni siquiera recuerdan mi nombre. Hay que andarse con ojo con los ingleses. No les gustan los fantasmones. Waldo siempre me ha protegido. —Y añade—: Llegará el momento en que tendré que volver al mundo ordinario.

Eddie se muestra decepcionado.

—No puedo ofrecerte lo que él te da. Esto es lo que estás diciendo.

—Tú también recibes invitaciones, ¿no es así? Siempre vas de un lado a otro.

—Acudo a eventos, sí. Puedo averiguar dónde se celebran. Y tú me acompañarás, ¿verdad?

—Haces que parezca una mascota.

—Hasta ahora has recibido trato de gran dama...

—¿Por él? ¿Es eso lo que insistes en recalcar?

—Tú no te das cuentas, pero la gente hace una genuflexión —dice Eddie—. Me da miedo que lo eches de menos. Yo no voy a saber cómo mantenerte entretenida.

—Mientras no tengamos que pasar las veladas con Gibney, ya nos apañaremos.

—Nadie me ha apoyado tanto como él.

—Un hombre como tú puede aspirar a algo más que a seguir pegado a ese chanchullero. —Deja escapar un suspiro—. Eddie, cállate. No sigas hablando. Tu voz es como un taladro en mi cabeza. ¿A qué viene esta mueca?

—No solo has estado exhibiendo tu vagina, sino que ha sucedido algo que me ha alterado, Zee. Mira cómo tiemblo. He oído algo espeluznante. Me lo ha dicho el camarero del restaurante.

—¿Pietro?

—Se me ha acercado, con una extraña sonrisa. Y me ha susurrado al oído: «Adorable conejito. Conejito, conejito».

Se produce un silencio. Muerdo la colcha para evitar las carcajadas.

—Me he empezado a sentir muy raro, Zee. Empiezo a oír cosas extrañas, igual que dices que te pasa a ti. Los camareros no les sueltan a los clientes «Adorable conejito» al azar. No le he contado a nadie esa historia del colegio.

—A nadie no. Gibney y yo somos alguien.

—Zee, cariño, por favor, tú no se lo contarías a nadie, ¿verdad que no?

—Intento convertirte en una persona más interesante. ¿Por qué iba a contarle a un camarero que tu profesor de música abusó de ti mientras silbaba *Don Giovanni*?

—¿No se lo contaste a Waldo?

La imagino negando con la cabeza y buscando la vía de escape más cercana.

Por fin confiesa:

—Se lo mencioné.

—¿Le contaste todo lo demás? ¿Que le hicimos una visita al profesor y Gibney perdió los papeles y le agredió?

—Quizá se me escapó algún detalle. Waldo es muy persuasivo, Eddie. Sabe cómo manipularme.

—Qué hijoputa, me ha clavado su aguijón.

—Por eso solo tú me puedes ayudar a huir de aquí. Nos está acogotando. Saquémonoslo de encima y seamos libres.

—¿Cómo podemos ser libres después del lío que has montado yéndote de la lengua?

—Que te hayan violado no es algo de lo que tengas que avergonzarte. Hoy en día la gente acude a los programas de televisión para hablar de estas cosas. Podríamos colgar tu historia en la web con una foto. Ya escribiste sobre ella una vez en una revista de psicología.

—Pero me negué a dar mi nombre.

—Ahora deberías hacerlo. Generaría tráfico. Waldo dice que de un problema sale una solución.

—Es enfermizo. No quiero hacer carrera como víctima de una violación. ¿Qué pensarían mis hijos? Me repugna el mero hecho de pensar en ello.

—No fuiste una víctima. Esto es lo que lo hace interesante. Estabas deseando que te violasen. Llevabas pantalones ceñidos.

—Esto es un disparate.

—Me encanta cuando te hierve la sangre. —Se produce un silencio—. No lo olvides, ya has matado antes.

—¿A quién?

—A Bow.

—Pero se lanzó al vacío para no ir a la cárcel.

—Porque tú le animaste a hacerlo, Eddie, tienes que asumirlo. Le ayudaste a tomar la decisión. Fue un buen trabajo, muy bien hecho. Lo mejor que has hecho en tu vida.

—¡Yo no lo hice!

—Lo he añadido a tus méritos, cariño.

Buena parte de la conversación no logro oírla. Doy un sorbo al vodka y hago gárgaras con él. Disfruto imaginando a Eddie con la cabeza entre las manos, preguntándose en qué se ha convertido.

—Eddie, no gimotees ni te revuelvas contra mí, porque resulta que lo estoy poniendo todo de mi parte para solucionar este asunto. Recuerda que soy yo la que he conseguido que no te hundas. ¿No ha dicho Gibbo esta noche que no ve ninguna salida para ti? A menos que...

—A menos que..., a menos que... ¿Qué puedo hacer, Zee? ¿Qué quieres de mí?

—De no ser por mí, Waldo ya te habría puesto de patitas en la calle. Es despiadado. Así que ya puedes darme las gracias.

—Eso intento.

—Si quieres que lo nuestro tenga futuro, debes comportarte como un hombre. Ya sabes lo que es que te echen a la calle de una patada. —Se produce un silencio—. ¿Qué es ese ruido? ¿Es Waldo? ¿Puedes ocuparte de él?

—¿Por qué yo?

—Porque no te va a gustar tener que pagar tus facturas, y debes un montón...

Eddie entra en la habitación, enciende la luz y me mira.

—¿Estás despierto, querido amigo?

—¿Me puedes dar la vuelta?

Mientras lo hace, aparece Zee y se coloca detrás de él.

—Es fácil. Tienes que hacerlo así. —Zee coge una almohada—. Waldo, eres un incordio. Te has portado fatal, sabes que lo has hecho. Estoy harta de tus intromisiones. Deja que te vea la cara.

Me coloca la almohada sobre la cara y presiona.

Eddie le agarra el brazo.

—¡Zee! —dice—. ¡No puede respirar!

—Eddie, por favor, es un acto de compasión. También nosotros pediremos que nos lo hagan algún día. Hazlo paso a paso. Tómate tu tiempo. No sabes la cantidad de veces que me lo ha pedido. Está harto de vivir. Permitamos que la eternidad lo acoja en su seno y nosotros podremos ser libres.

Zee se detiene en la puerta.

—Eddie, cuando termines, ven a mis brazos. Te estaré esperando.

Dieciocho

Zee entra en la habitación, le planta un beso en la mejilla y se marcha.

También Eddie sale. Pero le oigo moviéndose de un lado a otro por la sala de estar. Sus manos no paran quietas.

Me estoy impacientando. Tiene que hacerlo antes de que me duerma. No quiero perderme nada. Si no puedes disfrutar de tu propia muerte, ¿de qué vas a disfrutar?

—Eddie, Eddie...

La llamada lo atrae hasta la puerta de la habitación. Zee ha dejado la almohada en la punta de la cama. Eddie la coge y se acerca a mí.

—Ahora te veo. Conejito, conejito, conejito...

—Esto es desagradable e insultante —protesta.

—¿No has hecho cosas imperdonables a mis espaldas? Te has apoderado de lo que es mío. ¿Cómo le has podido hacer esto a un amigo?

—Pégame si puedes —responde Eddie—. Soy débil. Mi cuerpo nunca me ha pertenecido. Intento complacer a todo el mundo. Adquirí la costumbre de complacer a los demás, es como hacer favores, ya sabes de qué hablo...

Doblo los dedos y le indico que se acerque.

—Eddie, miles de millones de personas han cometido un asesinato y han vivido con ello. Sé que esta noche tienes que hacerlo. Acércate a la luz para que pueda contemplar tu mirada asesina.

Creo que va a romper a llorar. Se tapa la cara con la almohada.

—Aquí huele raro —dice.

—Eddie, no pongo ninguna objeción a que me asesines. Añadiré *glamour* a la última página de mi curriculum. Pero ¿tienes dudas? Deberías. Zee te va a enjaular. A ti te gusta tu vida tal como es ahora.

—¿Por qué va a ser peor vivir con Zee que soportar el infierno de inseguridad en el que me muevo ahora?

—Quedarás aquí atrapado en nuestra vida, no en la tuya. Y lo que crees que deseas no lo tendrás jamás, aunque lo obtengas. A ella le gustan los chicos malos, los que se toman libertades, los que se muestran indiferentes

ante las consecuencias. Tú, en cambio, eres débil. Zee te esclavizará. No disfrutarás de un solo instante de libertad.

Eddie ha perdido todo el vigor. De pronto recupera el coraje y se acerca a mí.

—¿Vas a hacerlo ahora, Eddie?

Para animarlo emito un sonido que quiero que crea que es mi último aliento.

Mientras se acerca, pulso el botón de mi iPad y se enciende la pantalla del televisor. La imagen es enorme; el sonido, procedente de los dos enormes altavoces situados a ambos lados, es como el de un ataque con bombas. Oímos la voz de Johnny Rotten: «*No future! No future!*».

La banda sonora ideal para morir.

—Mira, Eddie, es la última —digo—. Mi nueva película. ¿Vas a mirarla un momento o tienes prisa?

La voz de Johnny se apaga. La pantalla funde en negro. Una voz: «Hola, estoy muerto», proclamo.

Volveré a grabarlo si mañana no estoy muerto y dispongo de un poco de tiempo. Me ha quedado un poco hueco, sobreactuado y welliesiano.

—Soy yo, Waldo, dirigiéndome a vosotros desde más allá de la tumba. Desde el Infierno, espero. Al menos aquí se está caliente. Y esta es mi última historia. Mirad, esta es Zee...

Aparece ella, moviéndose de un lado a otro.

—Este es Eddie. Escuchadle... —Se oyen unos canturreos de Eddie mientras camina arrastrando los pies—. Y aquí estoy yo...

Mi voz, mi barba; un enorme *selfie* y una sonrisa lobuna.

—No puedes negar nada, Eddie —digo—. Hay muchas imágenes. Mira, este es tu amigo Gibney en el exterior de mi apartamento. Aquí está Zee. Estáis cenando. Carlo os sacó esta bonita foto en la que aparecéis todos.

Aparecen fotografías de Zee en un montón de actitudes diferentes. No tarda en oírse su voz y el *Götterdämmerung*, sus orgasmos.

—Eddie, todo está grabado. Mira a las cámaras y haz un saludo de despedida.

—Waldo, esto es una locura. Jamás he pretendido matarte. ¿De dónde has sacado la idea? Solo pretendía recolocarte para que estés más cómodo...

Huye.

—Por cierto —le grito—. Pídele a tu mentor, el señor Gibbo, que contacte conmigo. Tenemos que hablar.

Me duele todo el cuerpo. Un dolor endiablado. No puedo ni descansar. Los oigo discutir en la sala de estar.

—Eddie —grita Zee—, ¡la has cagado, como haces con todo!

Oigo ruido de movimiento seguido de un grito masculino. Uno de los espejos cae al suelo. Imagino que Zee lo está persiguiendo mientras él intenta recoger sus cosas. Ella le acaba de arrear un puñetazo. Espero que sea en la cabeza. Me parece que él la ha agarrado y ella podría estar estrangulándolo, es perfectamente capaz; los gritos de Eddie cada vez suenan más débiles y la respiración de ella más fuerte. Pese a que quiero verlo muerto y me encantaría contemplar su cabeza en una bandeja, no quiero tener su cadáver descomponiéndose en el suelo de mi sala de estar, ni a mi mujer entre rejas.

Reúno todas mis fuerzas y salgo de la cama para intervenir. Antes de lograr sentarme en la silla, resbalo y me caigo. Me retuerzo en el suelo, donde no puedo hacer otra cosa que gemir e intentar gritar, como un anciano Gregor Samsa.

Al final oigo un portazo. Un eco en la oscuridad.

Haber estado a punto de ser asesinado me ha dejado agotado.

Diecinueve

—¿Qué ha pasado, querido Waldo? —pregunta Samreen.

Me vuelvo todo lo que puedo.

—¿A qué te refieres, dulce Sammy...?

La melena negra se le desparrama sobre la gabardina. Incluso con este tiempo, lleva una bufanda de lana mientras empuja la silla por la ciudad, inclinándose para hablarme al oído.

—Mamá se mueve con más lentitud. Es natural cuando uno envejece. Pero te mira y te escucha. Presta atención. Esto es nuevo. Cuando pasea por el parque con los niños deja que sean ellos los que decidan por dónde ir. Con nosotras nunca lo hizo.

—¿Cómo se comportaba?

—Se mostraba frustrada y enojada. No quería estar con nosotras. ¿Sabes que era, digamos, muy severa con sus hijas?

—Algo había oído.

—También con mi padre. Decía: «Ni siquiera me pega». Cuando mamá se enfadaba y nos pegaba, se sentía satisfecha. Otras veces nos sumergía en el agua mientras nos bañábamos hasta casi ahogarnos. Después de eso, comía con apetito. Pero sabía que contigo no podía hacer estos disparates.

—¿Por qué?

—Waldo, tú la rescataste. En cuanto te tuvo a ti, perdió todo el interés por nosotras, gracias a Dios. Pero yo estuve enfadada por eso durante años. Ahora, después de tanto tiempo, me he reconciliado un poco con ella.

—Yo también.

—Dime la verdad, ¿alguna vez se ha comportado de este modo contigo? No me respondes. A nosotras intentaba ahogarnos, ¿sabes?

—Sí.

—¿Y a ti? Sigues sin responderme, Waldo. —Me vuelvo para mirarla, pero ella mira a lo lejos—. Hablaré con ella uno de estos días.

—¿Por qué?

—Temo que se muera antes de que hayamos hablado y yo me quede con un montón de cosas por decirle.

—Espero que puedas decírselas. Me gustan los finales tipo Hollywood.

Zee se ha llevado al cine a sus nietos. A Samreen le gusta pasearme por los lugares que frecuentábamos: Earl's Court, South Kensington, Chelsea. Nos resultan irreconocibles a los dos. Nos detenemos frente al Troubadour y conversamos. Pero no mucho rato. Samreen no lo sabe, pero tengo que ir a un sitio. Le mando un mensaje de texto a Anita y le digo que se prepare. Voy de camino. Ella sabe qué tiene que hacer. No soy una persona vengativa, pero en el caso de Gibbo puedo hacer una excepción.

—Yo también he perdido agilidad —le digo a Samreen—. Y amo a Zee tanto como siempre.

—Ella también te quiere. Solo hay que ver cómo te mira. Y también te teme un poco, como siempre. Veo en ella una melancolía nueva. ¿Qué pasa? ¿Por qué me pediste que viniera a Londres unos días antes?

—Tienes que hablar con Zee de eso.

—No blasfemes cerca de ella; sé inteligente, Waldo. —Y continúa—: Mamá ya no se tiñe el pelo y se sienta con el Corán y sus cuentas para rezar. He visto en su habitación una alfombrilla para orar. Las palabras árabes deben sosegarla. La religión es una guía cuando tu vida es un desbarajuste. Ayer, por la calle, llevaba falda larga y se cubrió la cabeza.

—¿Le preguntaste por qué?

—No. Incluso aquí, en Londres, la gente mira con odio a las mujeres que se cubren con velo. Me pregunto si ayunará. Nosotras de niñas lo hacíamos, por nuestro padre, pero ¿ella lo ha hecho recientemente?

—Yo no lo habría notado; siempre ha estado delgada.

—Mamá dice que estaba alejada de la verdad —me cuenta Sammy—. Estamos rodeados por el materialismo, la enfermedad mental y la perversión. El hiyab la hace sentirse más fuerte. ¿Ha caído bajo la influencia de alguien manipulador?

—A Dios se acude con mucha facilidad, Samreen. Está dormido y es tonto. Como escéptico devoto, yo no soy tan crédulo. Lo único que puedo decir es que tengo la intención de continuar adelante con este matrimonio hasta que me muera.

—El mío está llegando a su fin, papá. ¿Cómo habéis logrado mantener vivo el vuestro durante tanto tiempo?

—A golpe de genialidad.

—¿Sabes cuál es el mayor temor de mi madre? —me pregunta—. Perderte. Que te murieras. Eso la obsesiona. «Sin él, nada tendrá sentido», dice.

Samreen sigue empujando la silla un buen trecho, hasta que llegamos al restaurante de Carlo. Ya ha pasado la hora de comer. Hay una mesa junto a la ventana. Podemos tomar un té.

Zee ha reemplazado a Eddie por Dios; una sabia elección desde mi punto de vista. Pero me pregunto a qué conducirá esta desilusión y el desmoronamiento de sus esperanzas. Confío en que se recuperará. Aunque llevará tiempo. Y yo no dispongo de él.

—Waldo, despierta —me dice Samreen—. Ese hombre te está haciendo señas. Allí, al otro lado de la calle, ¿no es tu amigo?

Me gira la silla. Es Anita con Gibney. Lo ha traído con ella. Me alegro de verlo. Ha llegado el momento de entrar en combate. El momento de arrancarle la cabeza a la serpiente.

Él también está encantado de verme. Intenta cruzar la calle con cierta prisa.

—Waldo, ¿estás seguro de que quieres hablar con ese hombre? Parece un poco enojado. ¿Es el agente de prensa de Anita?

Anita, que entra detrás de él, se acerca para darme un beso mientras Gibney observa la escena, preguntándose cómo actuar. Por un momento parece desconcertado. Estar enfermo tiene sus ventajas: a un hombre en una silla de ruedas no se le puede agarrar por las solapas y lanzarlo bajo los coches que pasan.

Gibney me tiende la mano, pero no puedo estrechársela. Se inclina para hablarme.

—Ah, Waldo, llevo tiempo persiguiéndole. ¿Puede concederme un momento para hablar de lo irracional de su actitud?

—No hay hombre más deseoso de escuchar la verdad sobre sí mismo, señor Gibney. Solo espero que disponga de tiempo para enseñarme su porra.

Samreen me pregunta si no me importa que me deje solo. Se excusa y se va un rato de compras. Volverá para recogerme. Anita acepta hacerse cargo de mí. Intercambian números de teléfono por si me da por hacer algo raro.

Siento un gran rechazo hacia el señor Gibney, pero hay unas cuantas cosas que quiero saber. ¿Ser civilizado no significa saber mantener la calma cuando no hay ningún motivo para contenerse?

Se sientan conmigo, Anita con la mirada asustada de una nuez a punto de ser colocada en el cascanueces. ¿Qué puede hacer excepto pellizcarse los

dedos? Pietro nos trae la carta; aparece Carlo y se acerca a saludarnos. Le pido a Pietro mi té lapsang favorito y una jarrita de agua caliente.

Por fin digo:

—Señor Gibney, se me hace extraño no verle merodeando por mi casa como un hombre dispuesto a robar los cuadros. ¿Le gustaría ver mi Peter Blake o alguna otra de las obras que poseo?

—No me interesa.

—¿Qué tal está su amigo Eddie?

—Seguro que le han llegado algunas noticias. Ha estado enfermo y se ha herido en un hombro y en un ojo. Está alojado en un albergue.

—¿Es lúgubre?

—El sitio no huele muy bien. Comparte habitación con otros seis hombres. Y ahora trabaja en el bar del club.

—¿Qué tal van los nuevos planes? Patricia Howard es su nuevo objetivo, ¿no es así? Va a venir a cenar a casa. Me aseguraré de comentárselo.

—¿Por qué tiene que molestarle que la gente se conozca? —dice Gibney—. Anita me explicó que vive usted aislado y está paranoico, y tiene un carácter deplorable...

—Gibbo —interviene Anita—. Basta. No está paranoico.

Gibney le toma la mano y le da unas palmaditas mientras sigue hablando conmigo:

—Eddie le llamaba Maestro. Le gustaba estar con usted. Decía que era alguien que sabía lo que se llevaba entre manos.

—Un comentario muy amable. ¿Puedo preguntarle una cosa? ¿Por qué Eddie tuvo el mal gusto de jugar con mi mujer? ¿O es que jugaría con cualquier esposa que se le ponga a tiro? He oído decir que actúa de modo indiscriminado.

Gibney resopla.

—No me gusta ser yo quien se lo cuente, pero a su esposa se le caía la baba. ¿No lo notó? ¿En qué se fijaba usted durante todo el día? Él le daba lo que ella quería. Cumplía con el trabajo que ella le había asignado. Fue ella quien lo eligió y quien lo moldeó; le prometió conseguirle un empleo, un apartamento y más cosas. Fue ella la que lo engatusó a él y me temo que debo decirle que a él el sexo con ella no le resultaba agradable.

Miro a Anita.

—Si de verdad es usted un tío duro, señor Gibney, me quedará muy decepcionado si hoy no hace nada canalla. Tengo mis principios y jamás me fiaría de alguien que lleva zapatos puntiagudos. Pero he oído que es usted

quien dirige a Eddie. Su esclavo no consiguió ni la pasta ni a la mujer, pero usted casi le destroza la vida a un hombre desequilibrado con su plan para enriquecerse a través de él. —Y añadido—: ¿Es consciente de que su muchacho también intentó matarme?

Gibney, que es un tipo asustadizo y nervioso, y siempre parece estar haciendo muecas irritantes, se ríe al oírlo.

—¿Cómo va a ser Eddie un asesino en potencia? Su mujer estaba resentida con usted. Y ustedes dos, que son unos liantes, han intentado cargarle a él las culpas. —Se inclina hacia mí—. Zee es agresiva y siempre le describió a usted como un monstruo. He sentido verdadera preocupación por Eddie y la devoción que sentía hacia ustedes. Su mujer lo engatusó con tretas y zalamería.

—¿En qué sentido?

—Usted estaba encantado de que su mujer lo utilizase mientras eso la mantuviera contenta. Pero nada sale gratis, todo el mundo paga por tener sexo. Ella sabía que eso tendría un coste... Pero cuando él pidió recibir algo a cambio de lo que daba, usted empezó a atormentar a ese pobre desgraciado. Lo presionó psicológicamente. Se mofó de sus hijos y de los abusos que había sufrido. Ustedes dos sabían lo que le había sucedido en el pasado, ¿verdad que sí?

—Me enteré del papel que usted desempeñó en la muerte de Bow.

—De modo que eso también es culpa mía, ¿no?

—Me alegra comprobar lo intachable que es usted, señor Gibney.

—Esa noche —me cuenta— a Eddie lo encontraron desvanecido en plena calle cuando al final logró escapar. Ella le atacó con un Globo de Oro...

—No, con un Bafta. Son muy sólidos.

—Le arreó con toda su alma porque él no hizo lo que ella le pedía. Eddie huyó del apartamento hacia el aeropuerto, donde pretendía tomar un avión para irse a donde no pudieran encontrarlo. Se metió una sobredosis considerable y tuvieron que ingresarlo en el hospital. Su hija ha sufrido una especie de crisis nerviosa. Los dos necesitan asistencia. Estoy muy decepcionado con ustedes, Waldo. Y me voy a permitir decirle que... —toma la mano de Anita, se la alza y se la besa— yo al menos la tengo a ella.

Ya he tenido suficiente. Se le va a acabar tanta felicidad, señor mío.

Enciendo mi pequeña cámara y la sostengo con una mano. Me inclino hacia delante sobre la mesa y con un movimiento de la otra mano vuelco la jarrita de agua y se la echo a Gibbo sobre el regazo, los muslos, una mano y la polla. Estoy débil, pero resulta ser una acción muy bien ejecutada. El agua

hirviendo hace su trabajo. Respiro hondo y contemplo con regocijo su reacción. Se levanta de un salto, aullando, dolorido y furioso. Mientras pega brinco, tratando de abanicarse con las manos los genitales, yo me aparto de la mesa sin dejar de grabarlo con la cámara. Tengo que inmortalizar el momento.

—A partir de ahora se lo pensará dos veces antes de cruzarse en mi camino —le digo a Anita.

Antes de que Gibbo pueda atacarme, Anita lo agarra por los brazos y se lo lleva a toda prisa al lavabo para echarle agua fría en las partes del cuerpo que le arden.

Veo a Samreen que regresa con paso acelerado mientras Carlo y Pietro se me acercan.

—¿Qué ha pasado, Waldo? —me pregunta ella—. ¿Todavía no te has terminado el té?

—Sí —respondo entre el barullo que se ha organizado—. Y ya he hecho lo que he venido a hacer. Ha sido un día estupendo. A veces es maravilloso estar vivo.

Veinte

Celebramos una fiesta. Los niños, Samreen y algunos amigos. Carlo y Pietro vienen desde el restaurante para traer pasteles.

Anita me coge la mano y me dice que no me preocupe. Ha puesto fin a su relación con Gibbo. Hay locuras que merecen la pena. Pero esta fue una diversión que dejó de ser divertida. De todos modos, ella no se queja. Ha ganado una amiga: Francesca, la hija de Eddie.

—La voy a llevar a una galería y después a ver una película. De este modo me siento útil —continúa—. Es una cantante muy correcta. Y también toca la batería y el piano...

En la mesa, rodeado de la gente a la que quiero, apenas me mantengo despierto. Todo está cubierto por las sombras; el mundo ha quedado en silencio, como dicen que sucede justo antes de un tsunami. Las risas, el parloteo, el repiqueteo de las copas y los cubiertos emergen y se desdibujan una y otra vez. Estoy bastante ausente, pero quiero creer que mi rostro expresa mi relativa satisfacción a pesar de todo.

He visto mi muerte en los ojos de todos ellos. La muerte sin duda se enseñoorea en el rostro de uno. Están impresionados por mi aspecto. Estoy chupado, demacrado; mis ojos son demasiado grandes para la dimensión de mi cara, tuerzo los labios y la gente teme que vaya a vomitarles encima.

Todos son tan cariñosos conmigo que es obvio que me aproximo al final. Después de tanto tiempo, resulta que ahora la muerte me impresiona bastante menos que antaño. Pienso en mis primeros años: en mi padre y mi madre, y los perdono como espero que los demás me perdonen a mí. Pienso en las mujeres a las que he amado y en las que me han amado. Imagino a Zee, a Samreen y a Anita toqueteando mis cosas cuando me haya ido, llevando mi ropa a una tienda de segunda mano con fines benéficos, cribando mis papeles y fotografías; espero que miren el material que he rodado los últimos meses. Me pregunto cuánto tiempo aguantará Zee aquí sin mí, o si se irá a Estados Unidos con Samreen.

—Necesito echarme —le digo a Zee.

Soy polvo y mi historia termina aquí.

—Yo te llevo.

Los amigos no se quedan mucho rato más. Los niños se despiden y las mujeres ayudan a acostarme.

Zee me acaricia la cabeza tal como me gusta. Responde a mis preguntas, pero durante un rato se ha quedado callada, como aturdida. Quería que yo desapareciese. Ahora se cumplirá su deseo.

La vejez es una segunda infancia: me acaricia y me besa, soy su marido y su bebé. Pronuncia mi nombre. Yo voy a la deriva.

Es un modo tan digno de irse como cualquier otro. Lo he dicho todo, excepto su nombre.

—Zee... Zee... Te olvidaste de mí durante un tiempo. Pero ahora has vuelto a recordarme. Eso es todo lo que quiero. Lo único que siempre me ha importado has sido tú.

Siento el aliento de su amor sobre la cara. Morirse no está tan mal. Deberíais intentarlo alguna vez.

Notas

[¹] En español en el original. (*N. del T.*) <<